

ISAAC ASIMOV
LO MEJOR DE LA CIENCIA FICCION
DEL SIGLO XIX
(I)

**SUPER
FICCION**



Lectulandia

ISAAC ASIMOV, quizás el más importante escritor de ciencia ficción de todos los tiempos, presenta una magistral antología de relatos del nacimiento de la ciencia ficción: el siglo XIX.

Lectulandia

Isaac Asimov

**Lo mejor de la ciencia ficción del siglo
XIX (I)**

Super Ficción - 78

ePUB r1.3

karpanta 09.06.13

Título original: *The Best Science Fiction of the 19th Century*

Isaac Asimov, 1981

Traducción: Domingo Santos, Francisco Blanco

Diseño/Retoque de portada: Salinas Blanch

Editor digital: karpanta

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Introducción: El primer siglo de la ciencia ficción

Todo entusiasmo aspira a la respetabilidad, y una forma de conseguirla es demostrar que es viejo, incluso antiguo. El respeto se adhiere a todo lo que luce canas, y muchas veces cualquier viejo estúpido es tratado con reverencia simplemente debido a su pelo blanco y a su talento para la supervivencia.

Puede que ésa haya sido la causa de que algunos proclamen que existen datos suficientes como para afirmar que la ciencia ficción es una literatura antigua. Para conseguir eso, lo único necesario es ampliar la definición.

Supongamos que consideramos la ciencia ficción como la rama de la literatura que trata de lo imaginativo y lo no familiar. En tal caso prácticamente cualquier fantasía, cualquier leyenda, cualquier relato de viajes, podría ser ciencia ficción. Cuando nació el lenguaje, debieron de contarse una gran cantidad de mentiras en torno al fuego, relativas a las grandes hazañas de los cazadores de la tribu; también eso podría ser considerado ciencia ficción.

Sin embargo, si deseamos mantenernos dentro de la literatura formal y ceñirnos a esas porciones de ella que son más o menos familiares a nuestra cultura, deberíamos empezar con la *Odisea* de Homero, escrita aproximadamente en el 800 a. C. Si estamos dispuestos a considerar a los cíclopes, a las brujas y a los monstruos como pertenecientes al registro de personajes de la ciencia ficción, entonces la *Odisea* es no sólo la primera, sino la obra de más éxito de toda la ciencia ficción jamás escrita. Después de todo, ¿qué otras obras de ciencia ficción escritas hasta ahora pueden tener la seguridad de ser aclamadas como un clásico eterno después de veintisiete siglos?

Por otra parte, si queremos ser más restrictivos deberíamos definir la ciencia ficción como la rama de la literatura que trata de los aspectos de lo imaginativo y no familiar que se han empezado a aceptar como «cienciaficcionistas».

En ese caso, el primer relato de ciencia ficción que conocemos podría ser la *Historia vera* de Luciano de Samosata, escrita hacia el 150 de nuestra era, es decir casi mil años después de la *Odisea*. El protagonista de la *Historia vera* es arrastrado hasta la Luna por una tromba marina. Todo tipo de imaginativos monstruos son descritos como habitantes de la Luna, y seguramente nada puede ser más cienciaficcionístico que un viaje a ese satélite que da vueltas en torno nuestro.

Sin embargo, todavía no es suficiente. Después de todo, Luciano estaba escribiendo simplemente un relato de viajes. Llamó a la exótica tierra en la que aterrizó su héroe «Luna», pero igual podría haberla llamado «África», o darle el nombre de alguna isla imaginaria en medio del mar.

Supongamos, pues, que deseamos definir la ciencia ficción como la rama de la literatura que trata de las cosas imaginativas y no familiares pero que intenta, pese a todo, ser realista y reflejar el universo tal cual es. En ese caso, deberemos buscar

mucho después de Luciano.

El astrónomo alemán Johann Kepler escribió un relato titulado *Somnium*, publicado póstumamente en 1634, casi quince siglos después de la *Historia vera*. Aquí también tenemos a un protagonista que se descubre a sí mismo en la Luna (esta vez llevado por los espíritus). De nuevo nos encontramos con un mundo poblado por extrañas y monstruosas formas de vida.

Sin embargo, la diferencia crucial radica aquí en que Kepler da a la Luna un día de dos semanas y una noche también de dos semanas, lo cual es astronómicamente un hecho. Ésa fue la primera intrusión de la auténtica observación en lo que de otro modo hubiera sido una simple obra de fantasía.

Pero tampoco eso es suficiente. El avance y el retroceso de la luz solar en la Luna no constituyen factores humanos. No requieren ni ciencia ni tecnología para ser comprendidos; simplemente, una observación ocular inteligente.

La auténtica ciencia ficción trata de la ciencia humana, con el constante avance del conocimiento y la constante habilidad de los seres humanos para conseguir comprender mejor el universo e incluso alterar algunas partes de él, mediante su ingenio, para su propio confort y seguridad. Y si es así, la ciencia ficción se convierte entonces en un fenómeno enteramente moderno, y no puede reclamar la respetabilidad de una avanzada edad.

¿Por qué ocurre así? ¿Acaso los seres humanos no han aprendido cosas nuevas y alterado su entorno desde los tiempos más remotos? ¿Quién sabe cuándo fueron usados los trajes por primera vez, o cuándo la primera rama o el primer fémur fueron utilizados como maza? En cuanto al descubrimiento del fuego, es anterior al *Homo sapiens*, puesto que fue una invención del *Homo erectus*, de cerebro más pequeño.

No obstante, a lo largo de casi toda la historia humana tales adelantos se realizaron tan lentamente y se esparcieron a partir de su punto o puntos de origen tan gradualmente que los seres humanos, a nivel individual, no fueron particularmente conscientes del cambio en el transcurso de sus propias vidas. Como máximo, llegaron a asumir que algún dios o algún legendario antepasado habían inventado la tecnología que utilizaban, y eso era todo. Las cosas les llegaban ya completas.

Sin embargo, una de las características de la tecnología es el ser acumulativa. Cuanto más avanza, más de prisa avanza y más posible hace nuevas y mejores vías de experimentación y observación del universo. En el siglo XVII la tecnología, gracias a los telescopios, microscopios, relojes, etc., dio el gigantesco salto hacia la moderna ciencia. Y cuanto más avanza la ciencia, más fácilmente puede guiar a la tecnología a nuevos y más rápidos adelantos.

A la larga, este fenómeno de grandes saltos aceleró el progreso de la tecnología de tal manera que el cambio empezó a hacerse claramente visible en el lapso de una vida humana.

Los individuos son conscientes de que el mundo está cambiando, y que son el pensamiento y el ingenio humanos quienes constituyen el agente del cambio.

Llegados a este punto, se hizo posible escribir acerca de un mundo que estaba cambiando e intentar pronosticar, o anticipar, o simplemente presentar de forma plausible, cambios adicionales que aún no habían tenido lugar pero que podían tener lugar, y describir cómo tales cambios podían afectar a los seres humanos.

Podemos definir pues la ciencia ficción como la rama de la literatura que trata de las respuestas humanas a los cambios al nivel de la ciencia y la tecnología..., entendiendo que los cambios implicados deben ser racionales y acordes con lo que se sabe de la ciencia, la tecnología y los seres humanos.

Así pues, la auténtica ciencia ficción, según su moderna definición (o al menos, según *mi* moderna definición), no pudo haber sido escrita antes del siglo XIX, debido a que sólo tras el inicio de la revolución industrial en las últimas décadas del siglo XVIII la aceleración del cambio tecnológico fue lo suficientemente grande como para que éste fuera observado en la duración de una vida..., en las áreas del globo afectadas por dicha revolución.

De hecho, se ha puesto de moda considerar *Frankenstein*, de Mary Shelley, obra publicada en 1818, casi dos siglos después del *Somnium*, como el primer relato de auténtica ciencia ficción.

Eso no quiere decir que la ciencia ficción tenga que bajar avergonzada la cabeza porque sólo tiene dos siglos de antigüedad. Al contrario, debería enorgullecerse de constituir la respuesta literaria a la coronación del triunfo de la humanidad, simbolizado por la ciencia y la tecnología modernas. Debería anunciar públicamente y en voz muy alta el hecho de que trata de la gran verdad de los tiempos contemporáneos: el rápido cambio.

La ciencia ficción es joven porque es la literatura de *hoy* y, más que eso, de *mañana*.

Naturalmente, puesto que la ciencia ficción tiende a ir por delante de la ciencia y la tecnología en las que está basada, la tendencia es concentrarse en la ciencia ficción contemporánea, y los grandes escritores del primer siglo de vida de la ciencia ficción suelen ser olvidados.

El gran escritor de ciencia ficción del siglo XIX que todo el mundo conoce es Jules Verne. En realidad, fue el primer escritor de ciencia ficción *profesional*, el primero en vivir bien de una carrera literaria que estuvo dedicada primordialmente a la ciencia ficción. Su primer gran éxito fue *Cinco semanas en globo*, obra publicada en 1863, medio siglo después que *Frankenstein*.

Pero si bien Verne fue con mucho el más grande escritor de ciencia ficción del siglo XIX, no fue el único. Los adelantos de la revolución industrial prendieron la imaginación de europeos y americanos, y muchos de ellos escribieron con

entusiasmo, y a veces con temor, de los anticipados cambios aún por venir, y lo hicieron con variables grados de penetración.

En esta antología, Martín, Charles y yo hemos reunido las obras de un cierto número de esos escritores de ciencia ficción del siglo XIX; en primer lugar, porque son interesantes documentos sociales, presentando de una forma efectiva los puntos de vista de hombres y mujeres imaginativos enfrentados a un mundo que empezaba a convertir los vientos del cambio en un torbellino; en segundo lugar, porque sus relatos son precursores de la ciencia ficción del siglo XX, y, en tercer lugar, porque son interesantes en sí mismos.

Retrocedan pues con nosotros al primer siglo de la ciencia ficción.

El hombre de la arena

por E. T. A. Hoffmann

E. T. A. Hoffmann (1776-1822) fue un letrado, artista, músico, crítico y escritor de gran talento. Romántico y pionero en la ficción psicológica, su música influenció a Wagner, sus críticas recibieron el reconocimiento de Bach y Beethoven, y sus escritos fueron adaptados en varias óperas, al tiempo que inspiraban a Poe, Gogol y Dostoievski.

De gran inteligencia, nació en Königsberg, Alemania, y creció y se educó con unos familiares tras el divorcio de sus padres. Su infancia no fue particularmente feliz, pero dio forma a una inestimable amistad que duraría toda su vida con su compañero de estudios, Theodor Hippel. Mientras Hoffmann progresaba estudiando la tradicional carrera legal de la familia, se le permitió que dedicara tiempo también a la música y al arte.

Cuando fue admitido en la universidad local en 1792, trabajó intensamente y bien. Sin embargo, trabó relación amorosa con una mujer casada de la que recibía lecciones de piano.

De modo que, tras su graduación en 1795, sus familiares lo enviaron a otra ciudad para proseguir sus estudios. Completó exámenes superiores (*Referendar* y *Assessor*) en 1798 y 1800, pero por aquel entonces, quizás a causa de su aventura romántica, la música se había convertido en el principal foco de su vida. De todos modos, aceptó un nombramiento del gobierno para Posen, destacando allí durante dos años. Luego, una serie de caricaturas militares hechas por Hoffmann causaron un escándalo y, como solución de compromiso, recibió un ascenso a *Regierungsrat* (consejero gubernamental) y el traslado inmediato a un oscuro pueblo polaco. Odió Plock pero, libre de distracciones externas, estudió teoría de la música, compuso y publicó críticas de música y literatura.

En 1804 Hippel había ganado una gran influencia, y consiguió que Hoffmann fuera trasladado a Varsovia. Allí, Hoffmann se vio inmerso en la sociedad musical que fundó. Sin embargo, Napoleón capturó la ciudad, obligando finalmente a Hoffmann a trasladarse a Berlín. Hoffmann no encontró trabajo como abogado, de modo que puso un anuncio ofreciéndose como director musical. El teatro de Mamburg lo contrató en 1808, pero le pagaba menos de lo que necesitaba y, bajo grandes presiones financieras, empezó a colaborar con reseñas musicales y relatos en la *Allgemeinemusikalische Zeitung*. En 1810 fue publicada su primera colección de historias, y empezó a trabajar en su ópera *Ondina* (basada en un cuento de hadas de Fouqué).

En 1814 Hippel le consiguió a Hoffmann un puesto en el Tribunal Supremo. Dos

años después, la vida de Hoffmann parecía asegurada: presidente del tribunal, un famoso autor de gran demanda y un compositor operístico de éxito. Sin embargo, bebía excesivamente, sufrió serias enfermedades y gastaba más de lo que ganaba.

Finalmente, en 1818, el rey Guillermo cometió el desastroso error de nombrar a Hoffmann presidente de un comité para investigar «actividades demagógicas». Hoffmann, que básicamente era justo y apolítico, bloqueó todos los intentos de una caza de brujas, y procedió a satirizar a uno de los amigos del rey por sugerir tales tácticas.

Esta vez ni siquiera la influencia de Hippel hubiera podido hacer nada, de no ser por el hecho de que una misteriosa enfermedad (posiblemente *tabes dorsalis*) había empezado a paralizar a Hoffmann. Recibió una reprimenda oficial, pero pudo seguir escribiendo hasta que la enfermedad terminó con él.

Muchas de las historias de Hoffmann están impregnadas de elementos fantásticos y de ciencia ficción, tales como robots humanoides. Es un escritor sutil que a menudo utiliza formas experimentales e imágenes sinestésicas. Y como demuestra *Der Sandmann*, su fuerza reside en un poderoso estilo narrativo, vividas caracterizaciones patológicas y convincentes presentaciones realistas de elementos grotescos y sobrenaturales.

NATHANAEL A LOTHAIR

Sé muy bien que os sentiréis intranquilos porque hace muchísimo tiempo que no escribo.

Mi madre debe de estar muy enfadada, y sin duda Clara pensará que llevo una vida desenfrenada y que olvido a mi dulce ángel, cuya imagen llevo profundamente grabada en mi memoria. Pero se equivoca. Pienso en todos vosotros cada día, y contemplo el encantador rostro de Clara, con su inocente sonrisa y sus ojos claros, igual que cuando regresaba a casa... Sin embargo, ¡cómo voy a escribiros en mi estado actual!... ¡Me ha ocurrido algo espantoso! Oscuros presentimientos de un hado fatal se ciernen sobre mí como negros nubarrones impenetrables a la luz del sol... Necesito contarte lo que me ha sucedido; sin embargo, sólo de pensarlo se me hiela la sangre... ¡Ah, mi querido Lothair!

¡Qué puedo decirte para que comprendas, siquiera de un modo aproximativo, que lo que me ocurrió hace algunos días ha trastornado por completo mi vida! Si estuvieras aquí, tú mismo podrías verlo; no obstante, estoy seguro de que me consideras un supersticioso visionario... En resumidas cuentas, el espantoso acontecimiento que me sucedió, y cuya tremenda impresión en vano me esfuerzo en olvidar, no es otra cosa sino que hace días, precisamente el 30 de octubre, a las doce

del mediodía, un vendedor de barómetros entró en mi casa para ofrecerme su mercancía. No le compré nada, y le amenacé con tirarle escaleras abajo, cosa que no hice gracias a que él se retiró prudentemente.

Acertarás al suponer que en algunos acontecimientos decisivos de mi vida tuvo influencia este suceso, pues fueron funestas mis relaciones con la persona de aquel malvado traficante.

La cosa fue así: Pero no, antes quiero referirte algunos detalles de mi primera infancia, a fin de que comprendas todo y te hagas idea de lo que sucedió. Me parece verte riendo y oigo a Clara decir:

«¡Pero, qué niñerías!». ¡Ríete, sí..., ríete de mí todo lo que quieras..., te lo suplico...!

Pero, por Dios, los pelos se me ponen de punta cuando te pido que rías, pues verdaderamente estoy loco y desesperado como Franz Moor ante Daniel^[1]. Pero ¡vamos al asunto!

En aquel tiempo, mi hermana y yo no solíamos ver a nuestro padre más que a las horas de comer, pues los negocios parecían absorber toda su actividad; poco después de cenar, todas las noches íbamos con nuestra madre a sentarnos alrededor de la mesa redonda de la habitación donde trabajaba mi padre. Mi padre encendía su pipa y llenaba hasta el borde un inmenso vaso de cerveza, y nos refería una infinidad de maravillosas historias; durante la narración se apagaba la pipa y yo me alegraba mucho de ello, porque estaba encargado de encenderla cuando eso sucedía. A menudo, si no estaba de muy buen humor, nos daba libros muy bonitos con estampas preciosas, y él se recostaba en un sillón de encina, lanzando con febril actividad bocanadas de humo, de forma que desaparecía de nuestra vista como envuelto tras una espesa niebla.

Aquellas noches, mi madre se ponía triste y, cuando el reloj daba las nueve, nos decía:

«¡Niños, a la cama, que viene el hombre de la arena!». Apenas pronunciaba estas palabras, oía yo en la escalera el ruido de unos pasos pesados: debía de ser el hombre de la arena.

Cierta noche, aquel rumor fantástico me atemorizó más que de costumbre y pregunté a mi madre: «Mamá, ¿quién es ese hombre de la arena, que siempre nos obliga a salir de la habitación de papá?».

«No hay hombre alguno de la arena, querido hijo —repuso mamá—: cuando digo que viene el hombre de la arena, únicamente quiero decir que tenéis sueño y que cerréis los ojos como si os hubieran echado arena». La respuesta de mi madre no me satisfizo, y en mi espíritu infantil arraigóse la convicción de que se nos ocultaba la existencia del personaje para que no tuviéramos miedo, pues siempre le oía subir la escalera.

Dominado por la curiosidad, y deseoso de saber alguna cosa más precisa sobre el hombre de la arena y sus relaciones con los míos, pregunté finalmente a la anciana que cuidaba de mi hermanita quién era aquel ser misterioso: «¡Ah, Thanelchen! —me contestó—. ¿No le conoces? Es un hombre muy malo, que viene en busca de los niños cuando se niegan a acostarse y les arroja puñados de arena a los ojos, los encierra en un saco y se los lleva a la luna para que sirvan de alimento a sus hijitos; éstos tienen, al igual que los mochuelos, picos ganchudos, y con ellos devoran los ojos de los niños que no son obedientes».

Desde que oí eso, la imagen del hombre cruel de la arena se fijó en mi mente bajo un aspecto horrible, y apenas oía por la noche el ruido que hacía al subir me estremecía de espanto. «¡El hombre de la arena! ¡El hombre de la arena!», exclamaba yo, corriendo a refugiarme en la alcoba; y durante toda la noche me atormentaba la terrible aparición. Ya mayor, yo comprendía muy bien que el cuento de la anciana sobre el hombre de la arena y sus hijos en la luna podía no ser verdad; sin embargo, ese personaje seguía siendo para mí un fantasma terrible, y me espantaba cuando le oía subir la escalera, abrir bruscamente la puerta del gabinete de mi padre y cerrarla después. Algunas veces pasaban varios días sin que viniera, pero luego sucedíanse sus visitas. Eso duró algunos años y nunca pude acostumbrarme a la idea del odioso espectro, cuyas relaciones con mi padre me preocupaban cada día más. No me atrevía a preguntarle a mi padre quién era, aunque siempre traté de averiguar el misterio, de ver al fabuloso hombre de la arena, y a medida que pasaban los años era mayor mi deseo. El hombre de la arena me conducía a la esfera de lo maravilloso, de lo fantástico, idea que tan fácilmente germina en el cerebro de los niños.

Nada me agradaba tanto como oír o leer cuentos de espíritus, de hechiceros y de duendes; pero a todo eso se anteponeía el hombre de la arena, cuya imagen dibujaba yo con yeso o carbón en las mesas, en los armarios y en las paredes, representándolo bajo las figuras más extrañas y horribles.

Cuando tuve diez años, mi madre me retiró de la habitación de los niños y me instaló en un cuartito que comunicaba con un corredor, cerca del gabinete de mi padre. Todavía entonces sabíamos que debíamos acostarnos cuando, al dar las nueve, oyésemos los pasos del desconocido. Desde mi habitación le oía entrar en la de mi padre, y poco después me parecía percibir un olor extraño. Con la curiosidad se despertó en mí el valor suficiente para trabar conocimiento con el hombre de la arena; muchas veces me deslizaba con la mayor ligereza desde mi cuarto al corredor cuando mi madre se había alejado, pero sin lograr descubrir nada, pues el hombre misterioso siempre había entrado cuando yo llegaba al sitio donde hubiera podido verle al pasar. Finalmente, llevado por un impulso irresistible, resolví esconderme en el gabinete de mi padre y esperar la llegada del hombre de la arena. Cierta día, por el silencio de mi padre y la tristeza de mi madre presentí que el hombre misterioso vendría; con el

pretexto de estar muy cansado salí de la habitación un poco antes de las nueve y me oculté en un rincón. Poco después, la puerta de la casa se abrió rechinando y se cerró; un paso lento resonó en el vestíbulo dirigiéndose hacia la escalera: mi madre pasó junto a mí con mi hermana. Entonces abrí suavemente..., suavemente la puerta del gabinete de mi padre. Estaba sentado como de costumbre, silencioso e inmóvil, de espaldas a la puerta, y no me vio. Un momento después me oculté en un armario destinado a colgar ropa, que sólo se cubría con una cortinilla. Los pasos se aproximaban..., cada vez más cerca... La campanilla resonó con estrépito.

El corazón me palpitaba de temor y ansiedad... Junto a la puerta se oyen los pasos... y la puerta se abre bruscamente. No sin hacer un esfuerzo, me atrevo a entreabrir la cortina con precaución. El hombre de la arena está delante de mi padre y la luz de los candelabros se proyecta en su rostro... Aquel ser terrible que tanto me espanta es el viejo abogado Coppelius, que come algunas veces en casa. La figura más abominable no me hubiera causado tanto horror como la suya.

Figúrate un hombre alto, ancho de hombros, con una cabeza disforme, rostro apergaminado y amarillento, cejas grises muy pobladas, bajo las cuales brillaban los ojos de gato, y nariz larga que se encorvaba sobre el labio superior. La boca, algo torcida, se contraía a menudo con una sonrisa irónica; dos manchas de color rojizo coloreaban entonces los pómulos y, a través de los dientes apretados, se escapaba una especie de silbido.

Coppelius vestía siempre levita de color gris, cortada a la antigua, chaleco y calzón del mismo estilo, medias negras y zapatos de hebillas. Su peluca, muy pequeña, apenas cubría la parte superior de la cabeza, de modo que los tirabuzones no llegaban ni con mucho a las orejas, muy grandes y coloradas, y en la nuca quedaba descubierta la hebilla de plata que sujetaba su corbata raída. En fin, toda su persona era espantosa y repugnante; pero sus largos dedos huesudos y velludos nos desagradaban más que todo, hasta el punto de que no podíamos comer nada de lo que él tocaba. El lo había notado, y cuando nuestra madre nos ponía furtivamente algún pedazo de pastel o una fruta confitada, se complacía en tocarlo bajo cualquier pretexto: de modo que, llenos los ojos de lágrimas, rechazábamos con disgusto las golosinas que tanto nos gustaban. Lo mismo hacía cuando nuestro padre, en los días de fiesta, nos daba un vasito de vino con azúcar. Pasaba la mano por encima o acercaba el vaso a sus cárdenos labios, y se reía con expresión verdaderamente diabólica al observar nuestra repugnancia y oír los sollozos que manifestaban nuestro disgusto. Siempre nos llamaba «sus animalitos», y nos estaba prohibido quejarnos o abrir la boca para decir la menor cosa. Nuestra madre parecía temer tanto como nosotros al espantoso Coppelius, pues cuando aparecía, la alegría habitual de su inocente ser se convertía en tristeza profunda.

Mi padre se comportaba en su presencia como si estuviera ante un ser superior,

cuyos defectos hubiera que soportar. Se expresaba entonces con mucha prudencia, y se servían manjares delicados y vinos raros.

Cuando al fin vi a Coppelius me imaginé que ese odioso personaje no podía ser otro sino el hombre de la arena, pero en vez de ser el de los cuentos infantiles, aquel espantajo que tenía niños en un nido en la luna, veía en él algo de satánico e infernal, que sin duda atraería sobre nosotros alguna terrible desgracia.

Yo estaba como encantado. Por miedo a ser sorprendido reprimí un movimiento de espanto y me acurruqué lo mejor que pude en el fondo del armario, dejando sólo el espacio suficiente para ver la escena. Mi padre recibió a Coppelius con el mayor respeto. «¡Vamos, manos a la obra!», gritó éste con voz ronca, despojándose de la levita. Mi padre le imitó y ambos se pusieron unas blusas de color oscuro que sacaron de un hueco practicado en la pared, en el cual vi un hornillo. Coppelius se acercó y casi en el mismo instante vi brotar bajo sus dedos una llama azulada que iluminó la habitación con diabólico reflejo. En el suelo estaban esparcidos extraños instrumentos. ¡Ah, Dios mío!... Cuando mi padre se inclinó sobre el crisol en fusión, su semblante adquirió de pronto una expresión extraña.

Sus nobles facciones crispadas por el dolor íntimo tenían algo diabólico y odioso. Se parecía a Coppelius. Este último sondeaba con unas pinzas la materia en fusión, sacaba unos lingotes de metal brillante y los batía sobre el yunque. A cada momento me parecía que veía saltar cabezas humanas, pero sin ojos.

«¡Ojos, ojos!», gritó Coppelius con voz ronca.

No pude oír más, mi emoción fue tan fuerte que, perdido el conocimiento, caí en tierra.

Coppelius, precipitándose sobre mí, me agarró, rechinando los dientes, y me suspendió sobre la llama del crisol, que comenzaba a quemarme el cabello.

«¡Ah! —gritó—. ¡He aquí los ojos, y ojos de un niño!».

Al decir esto sacó del hornillo carbones encendidos y fue a ponerlos sobre mis párpados.

Mi padre, suplicante, gritaba: «¡Maestro, maestro! ¡Dejadle a mi Nathanael los ojos..., dejádselos!».

Coppelius se rió sardónicamente y dijo: «Bueno, que conserve el chico los ojos; bastante trabajo tiene con lloriquear en este mundo. ¡Pero, por lo menos, quiero ver el mecanismo de sus manos y de sus pies!», y diciendo esto hizo crujir de tal modo las coyunturas de mis miembros que me parecía estar ya todo dislocado. «Hay algo que no funciona, ¡tan bien como estaba todo! ¡El viejo lo entendió!», murmuraba Coppelius. Después todo quedó oscuro y silencioso, y ya no sentí nada. Al recobrar me de aquel segundo desvanecimiento, sentí el suave aliento de mi madre junto a mi rostro, y le pregunté balbuciente: «¿Está aquí todavía el hombre de la arena?». «No, ángel mío —me contestó—, se ha marchado y ya nunca más te hará

daño». Así dijo la madre, besando y acariciando al hijo que acababa de recuperar.

¡No voy a cansarte más, querido Lothair! Creo que te he referido todo con pormenores suficientes, y que no queda nada por contar. Fui descubierto en mi escondite y maltratado por Coppelius. El miedo y el terror hicieron que una fiebre ardiente se apoderase de mí, y estuve varias semanas enfermo. «¿Está ahí el hombre de la arena?», ésa fue la primera pregunta que hice al curarme, cuando estuve sano.

Pero todavía tengo que contarte algo más espantoso; tú sabes que no es miopía lo que me hace ver todo en este mundo como descolorido, sino que un velo de tristeza cubre mi vida amenazada por un destino fatal, que posiblemente sólo podré desvelar con la muerte.

No volvimos a ver a Coppelius y se decía que había abandonado la ciudad. Había transcurrido un año y, conforme a la antigua costumbre, nos sentábamos cada noche en torno a la mesa redonda. Mi padre mostrábase muy alegre y contaba cosas muy entretenidas de los viajes que había hecho en su juventud. Cierta noche, al dar las nueve, oímos la puerta rechinar sobre sus enmohecidos goznes y en la escalera resonaron pesados pasos.

«Es Coppelius», dijo mi madre palideciendo.

«¡Sí!, es Coppelius», repuso mi padre con voz débil y temblorosa. A mi madre se le saltaron las lágrimas: «Pero ¿por qué tiene que ser así?», exclamó.

«Es la última vez —repuso mi padre—, es la última vez que vendrá, te lo prometo. ¡Vete, acuesta a los niños!... ¡Vete a acostar! Buenas noches».

Tuve la sensación de que una piedra pesada y fría me oprimía el pecho, dificultando mi respiración... Mi madre me cogió del brazo y, como yo permaneciese en el mismo sitio, dijo: «¡Ven, Nathanael, ven!». Me dejé conducir y entré en la habitación. «¡Estáte tranquilo y acuéstate!... ¡Duerme..., duerme!», me gritó mi madre; pero mi estado de terror y agitación me impidió conciliar el sueño. El odioso Coppelius se me aparecía y de sus ojos salían chispas, mientras reía sardónicamente. En vano traté de librarme de su imagen.

Serian las doce de la noche cuando se oyó un ruido semejante al que produce una detonación de arma de fuego. La casa entera retembló y las puertas y las vidrieras, y alguien pasó corriendo por delante de mi cuarto, y después cerróse con estrépito la puerta de la calle. «¡Es Coppelius!», exclamé espantado, saltando de la cama. En la habitación de mi padre resuenan gritos desgarradores y veo salir de ella una nube de humo negro e infecto, mientras la criada grita: «¡Mi amo! ¡Ah, mi amo!».

Delante de la chimenea se halla tendido el cadáver de mi padre, ennegrecido y mutilado de una manera espantosa; mi madre y mi hermana, inclinadas sobre él, profieren gritos desgarradores:

«¡Coppelius, Coppelius —exclamé yo—, has matado a mi padre!».

Y caí al suelo sin conocimiento.

Dos días después, cuando se depositó el cadáver de mi padre en el ataúd, sus facciones habían recobrado, a pesar de la muerte, la calma y la serenidad de otro tiempo. Fue muy consolador para mi alma que sus relaciones con el diabólico Coppelius no hubieran sido causa de su eterna condenación.

La explosión había despertado a todos los vecinos, el suceso dio lugar a muchos rumores, y la superioridad decretó exigir responsabilidades a Coppelius, pero éste había desaparecido sin dejar rastro alguno.

Y ahora, querido Lothair, cuando sepas que el vendedor de barómetros que me visitó no era otro sino ese maldito Coppelius, espero que no dirás que me atormento el espíritu para buscar en los incidentes más comunes presagios de desgracia. Aunque iba vestido de otro modo, he reconocido bien las facciones y la estatura de Coppelius, y no es posible que sufra un error. No ha cambiado mucho su nombre. Se hace pasar por especialista en maquinaria piemontés y ha tomado el nombre de Giuseppe Coppola.

Estoy decidido a vengar la muerte de mi padre, pase lo que pase.

No le digas nada de la aparición de este horrible monstruo a mi madre... Saluda a mi querida Clara. Le escribiré cuando esté más tranquilo. Que te vaya bien, etcétera, etcétera.

CLARA A NATHANAEL

Aunque no me hayas escrito desde hace mucho tiempo, creo que no has desechado mi recuerdo de tu pensamiento y de tu corazón, pues el otro día, al escribir a mi hermano Lothair, pusiste en el sobre mi nombre y las señas de mi casa. Muy contenta abrí la carta y me di cuenta del error cuando leía las dos primeras palabras: «¡Ah, mi querido Lothair!».

Hubiera querido no leer una palabra más y darle la carta a mi hermano. Pero tú muchas veces me has dicho en broma que debería tener un carácter tranquilo, sosegado, como aquella mujer que estando a punto de derrumbarse su casa, y echando a correr precipitadamente, todavía tuvo tiempo de arreglar un pliegue del visillo del balcón, así es que reconozco que el principio de la historia me ha impresionado mucho. Apenas podía respirar, todo se desvanecía ante mi vista... ¡Ah, mi querido Nathanael, qué horribles cosas te han sucedido en la vida! Separarme de ti, no volverte a ver más, ¡sólo ese pensamiento me atraviesa el pecho como un puñal ardiente!... Seguí leyendo y leyendo... Tu descripción del horrible Coppelius es espantosa. Ahora me entero del terrible accidente que ocasionó la muerte de tu padre.

Mi hermano Lothair, al que entregué la carta, en vano trató de tranquilizarme. El maldito vendedor de barómetros, Giuseppe Coppola, me persiguió todo el día como un espectro amenazador, y me avergüenzo de confesar que turbó mi sueño tranquilo y

sosegado con toda clase de extrañas visiones y pesadillas. Aunque al día siguiente consideré las cosas de otro modo. No te enojés, amado mío, si Lothair te dice que, no obstante tus presentimientos de que Coppelius te va a hacer algo malo, me encuentro otra vez con el ánimo alegre y sereno.

Precisamente iba a decirte que todo lo terrorífico y las cosas espantosas de que hablas tienen lugar en tu imaginación, y que la realidad no interviene en nada. Coppelius podrá ser el más aborrecible de los hombres y, además, como odiaba a los niños, por eso sentíais repulsión ante su vista. Has hecho la personificación del hombre de la arena tal como podría hacerla un espíritu infantil impresionado por cuentos de nodriza. Las entrevistas nocturnas de Coppelius con tu padre no tenían seguramente otro objeto que el de practicar operaciones de alquimia; tu madre se afligía porque ese trabajo debía de ocasionar gastos muy grandes sin producir nunca nada y, por otra parte, tu padre, absorbido por la engañosa pasión investigadora, descuidaba los asuntos de su casa y la atención a su familia.

Tu padre ha encontrado la muerte debido a su propia imprudencia, y Coppelius no tiene culpa alguna. ¿Quieres saber lo que pregunté ayer al boticario vecino? Si era posible encontrar la muerte instantánea, a causa de una explosión, haciendo experimentos químicos. Me dijo: «Sí, ciertamente», y me describió detalladamente muchas sustancias que no puedo repetirte, porque no he podido retener sus nombres.

Sé que vas a compadecer a tu pobre Clara y vas a decir: «Este carácter razonable no cree en lo fantástico, que envuelve a los hombres con brazos invisibles; sólo considera el mundo bajo su aspecto más natural, igual que el niño pequeño sólo ve la superficie de la fruta dorada y reluciente, sin adivinar la ponzoña que esconde».

¡Ah, mi querido Nathanael! ¿No crees que también en los caracteres alegres, ingenuos, inocentes, puede existir un presentimiento de que hay un oscuro poder capaz de corrompernos?... Perdóname, a mí que soy una joven sencilla, que me atreva a insinuarte lo que pienso acerca de estos combates en el interior de uno mismo. Al final no encuentro las palabras adecuadas, y si te ríes no será por las tonterías que diga, sino porque no me las arreglo para decirlas bien.

¿Existirá alguna fuerza oculta, dotada de tal ascendiente sobre nuestra naturaleza que pueda arrastrarnos por una senda de desgracias y desastres? Si existe, está en nosotros mismos, y por eso creemos en ella y la aceptamos para llevar a cabo todas las acciones misteriosas. Si recorremos con firme paso la senda de la vida, la fuerza oculta tratará inútilmente de atraernos a sus brazos. Es cierto, según dice Lothair, que el oscuro poder físico hace que en algunos momentos nuestra imaginación finja fantasmas engañosos, cuyo aspecto nos parece realmente amenazador, pero esos fantasmas no son otra cosa sino pensamientos que nos influyen de tal modo que nos arrojan al Infierno o nos llevan al Cielo. Ya sabes, querido Nathanael, que mi hermano Lothair y yo hemos hablado de esos poderes ocultos; y ahora que he escrito

lo principal, creo que puedo meditar sobre ello. No entiendo las últimas palabras de Lothair, aunque supongo lo que quiere decir, y por eso me parece que está en lo cierto. Te suplico que deseches de tu memoria la odiosa figura del abogado Coppelius y del vendedor de barómetros Giuseppe Coppola. Convéncete de que no pueden hacerte nada; sólo el pensar en su poder enemigo puede hacerte daño. Si tu carta no llevase en cada línea el sello de una gran exaltación, me divertiría mucho diciéndote todo lo que se me ha ocurrido de extraño respecto al hombre de la arena y a Coppola, el vendedor de barómetros. ¡Estáte tranquilo..., muy tranquilo!

En caso de que el odioso Coppola se te aparezca otra vez, me he propuesto de nuevo ser tu ángel guardián. Nada conozco más eficaz que una alegre carcajada cuando se quieren desechar los monstruos fantásticos. No le temo, ni a él ni a sus garras; además, ni como abogado ni como hombre de la arena podrá estropear me los ojos.

Siempre tuya, mi amado Nathanael, etcétera, etcétera.

NATHANAEL A LOTHAIR

Me ha contrariado mucho que, debido a mi necia distracción, Clara haya leído la carta que te escribí. Me ha escrito una profunda y filosófica carta en la que me demuestra que Coppelius y Coppola sólo existen en mi interior, y que son un fantasma de mi propio yo, que desaparecerán en el acto en cuanto lo reconozca.

En realidad, resulta difícil creer que una persona tan ingenua y sencilla como Clara pueda hacer unas distinciones tan sutiles y escolásticas. Sin duda esas agudezas son obra tuya. En fin, vamos a dejarlo, reconozco que el traficante en barómetros y el abogado Coppelius son dos individuos diferentes. Ahora tomo lecciones de un célebre físico que, como el distinguido naturalista, se llama Spallanzani^[2]; es de origen italiano, y conoce desde hace mucho tiempo a Giuseppe Coppola, que tiene acento piamontés; mientras que Coppelius era alemán, un alemán no muy digno.

Y ahora, por más que tu hermana y tú creáis que tengo la cabeza vacía, os diré que no puedo borrar de mi mente la impresión que me causa el maldito rostro de Coppelius. Me alegro de que se haya marchado de la ciudad, según me dice Spallanzani. Este profesor es un personaje muy estafalario: imagínate a un hombre como una bola, con los pómulos muy salientes, la nariz afilada, los labios abultados y ojos brillantes y penetrantes. Te harás una idea si miras el dibujo de Cagliostro^[3] que ha hecho Chodowiecki^[4] en un calendario de bolsillo^[5]... Así es Spallanzani. Recientemente fui a su casa a ver algunos experimentos; al pasar por el vestíbulo observé que la cortina verde de una puerta vidriera no estaba corrida como de costumbre; me acerqué maquinalmente, impulsado por la curiosidad. Vi a una mujer esbelta y bien proporcionada, muy bien vestida, sentada en el centro de la habitación,

apoyados sus brazos sobre una mesita, con las manos juntas; como estaba de cara a la puerta mis ojos se encontraron con los suyos y, presa de asombro, a la vez que de temor, observé que sus pupilas carecían de mirada, mejor dicho, que aquella mujer dormía con los ojos abiertos. Me sentí desconcertado. Me deslicé por la sala donde un inmenso auditorio esperaba las lecciones del profesor. Luego me enteré de que la mujer es Olimpia, la hija de Spallanzani, que la tiene secuestrada en su casa y no quiere que nadie se acerque a ella...

Quizá la explicación sea que ella es necia o algo por el estilo... ¿Dirás que por qué te escribo todo esto? Hubiera sido mejor que te lo hubiera contado de palabra. Has de saber que dentro de quince días estaré con vosotros. Y volveré a ver a mi querida Clara, mi dulce ángel, que después de aquella carta fatal calmará mis inquietudes. Por eso no le escribo hoy. Mil saludos, etcétera, etcétera.

No puede inventarse, ¡oh amable lector!, nada más raro y maravilloso que lo que te he contado de mi pobre amigo, el joven estudiante Nathanael. Acaso, benévolo lector, has experimentado en tu pecho o has vivido o has imaginado algo que deseas expresar. La sangre te hierve en las venas como si fuera fuego y tus mejillas se enrojecen. Tu mirada parece extraviarse como si vieras figuras en el espacio vacío, que los demás no perciben, y tu voz se convierte en profundo suspiro. Los amigos te preguntan: «¿Qué te sucede, querido amigo? ¿Te pasa algo?...». Y tú quisieras expresar cómo son esas imágenes que ves en tu interior con colores brillantes y sombras oscuras, y no puedes encontrar palabras. Y desearías expresar con una sola palabra, que fuera como una descarga eléctrica, todo lo maravilloso, horrible, fantástico, espantoso. Pero esa palabra te parece incolora, helada, muerta. Buscas y buscas, balbuceas y titubeas, y las secas preguntas de tus amigos te agitan como un huracán, y remueven tu ser, hasta que te aplacas. Si como un pintor audaz te hubieras atrevido a pintar con algunas pinceladas la silueta de la imagen que has visto, posiblemente con poco trabajo destacarían los colores cada vez más brillantes y una serie de diversas figuras llamarían la atención de tus amigos, que se entremezclarían con esas creaciones de tu imaginación.

He de decirte, amable lector, que hasta ahora nadie me ha preguntado por la historia del joven Nathanael; bien sabes que yo pertenezco a ese maravilloso linaje de autores que si tienen algo que decir tienen también la sensación de que el mundo entero les pregunta:

«¿Qué sucedió? ¡Sigue contándonos, por favor!».

Por lo tanto, tengo verdadero interés en seguir contándote cosas acerca de la fatídica existencia de Nathanael. Mi alma estaba dominada por todo lo raro y maravilloso que había oído, pero precisamente porque, ¡oh, lector mío!, deseaba que tú también tuvieras esa sensación de lo fantástico, me devanaba la cabeza para empezar la historia de Nathanael de una manera original y emocionante: «¡Erase una

vez...!»). Ese bello principio de cuento me parecía sosísimo.

«En la pequeña ciudad provinciana de G. vivía...», un poco mejor, por lo menos preparaba para el clímax... O *in media res*: «¡Voto al diablo!, exclamó furioso e iracundo, echando rayos por los ojos, el estudiante Nathanael cuando Giuseppe Coppola, el vendedor de barómetros...». Realmente, eso era lo que yo había escrito, cuando creí notar algo ridículo en la mirada del estudiante Nathanael: la historia, sin embargo, no tiene nada de ridícula. Tuve la sensación de que no reflejaba lo más mínimo el colorido de las imágenes que veía en mi interior.

¡Amable lector!, toma las tres cartas que Lothair me dejó por el esbozo de un cuadro que trataré de completar durante el relato, añadiendo nuevos colores. Quizá logre retratar algunas figuras, de modo que puedas tener la sensación, sólo al ver el retrato, sin conocer el original, de que has visto a la persona con tus propios ojos. Quizás, ¡oh, lector mío!, pienses que no hay nada más absurdo y fantástico que creer que el poeta puede reflejar la verdadera vida en su espejo bruñado, que sólo da un oscuro reflejo.

Para decirlo todo con exactitud, lo primero que hay que saber y que debe añadirse a las cartas anteriores, es que al morir el padre de Nathanael, Clara y Lothair, dos niños parientes lejanos, fueron recogidos en su casa por la madre de Nathanael. Clara y Nathanael se profesaron siempre una mutua simpatía, a la que nadie tuvo nada que objetar; ya eran novios cuando Nathanael tuvo que irse para seguir sus estudios en G...; acabamos de ver, por su última carta, que asistía al curso del famoso profesor de física, Spallanzani.

Ahora ya me siento más aliviado y puedo continuar la historia; sin embargo, en este momento la imagen de Clara está tan viva ante mis ojos que (siempre me sucede lo mismo) no puedo dejar de mirarla mientras me sonrío.

Clara no era hermosa en la acepción vulgar de la palabra. Los arquitectos hubieran elogiado sus exactas proporciones, los pintores habrían visto en los contornos de su busto la imagen de la castidad, y se habrían enamorado al mismo tiempo de su magnífica mata de pelo como la de una Magdalena, apropiándose del colorido, digno de un Battoni^[6].

Uno de ellos, fanático de la belleza, habría comparado los ojos de Clara con un lago azul de Ruysdael^[7], en cuya límpida superficie se reflejan con tanta pureza los bosques, los prados, las flores y todos los poéticos aspectos del más rico paisaje.

Los poetas y los pintores decían: «¡Qué lago..., qué espejo!»). Si cuando miramos a esta joven en su mirada parecen oírse melodías y sonidos celestiales que nos sobrecogen y nos animan a la vez, ¿acaso no cantamos nosotros también, y alguna vez hasta creemos leer en la fina sonrisa que expresan los labios de Clara, que es como un cántico, no obstante algunas disonancias?

A estos encantos naturales de la joven añádase una imaginación viva y brillante,

un corazón sensible y generoso que no excluía lo positivo ni lo razonable. Los espíritus románticos no le agradaban del todo; discutía poco con los que son aficionados a divagar, pero su mirada maliciosa decíales con mucha elocuencia: «Amigos míos, inútilmente os esforzáis en conducirme a vuestro mundo imaginario». Muchos acusaban a Clara de insensible y prosaica, pero los espíritus privilegiados admiraban bajo aquella fría apariencia a la amable, delicada y razonable niña. Nadie amaba a Clara como Nathanael, a pesar de su ferviente pasión por lo maravilloso, y la joven le correspondía con tierno amor; las primeras nubes de tristeza pasaron por su vida cuando se separó de ella.

Cuando el joven regresó, ¡con qué contento la estrechó entre sus brazos al ir a su encuentro en casa de su madre! Sucedió entonces lo que Clara había previsto; que desde aquel día desechó de su memoria, sin esfuerzo alguno, a Coppelius y Coppola.

Sin embargo, Nathanael tenía razón cuando escribió a su amigo Lothair que la presencia del maldito vendedor Giuseppe Coppola le había sido fatal. Todos notaron desde el primer día que estaba totalmente cambiado. Su carácter comenzó a ensombrecerse y se hizo taciturno, tanto que la vida le parecía como un sueño fantástico y, cuando hablaba, decía que todo ser humano, creyendo ser libre, era juguete trágico de oscuros poderes, y era en vano que se opusiese a lo que había decretado el destino. Todavía más: llegó a afirmar que consideraba una locura creer que nos comportábamos conforme a nuestro gusto y albedrío en el arte y en la ciencia, pues en realidad el entusiasmo que nos llevaba al trabajo creador provenía, no de nuestro interior, sino de la influencia de un principio superior que estaba fuera de nosotros.

Sus meditaciones místicas, de las cuales no era posible sustraerlo, ocasionaban gran disgusto a la pobre Clara, sin que toda la sabiduría de sus razonamientos pudiera calmarle.

Cierto día en que Nathanael se quejaba de ver sin cesar al monstruoso Coppelius y decía que ese horrible demonio iba a destruir su felicidad y su futuro. Clara repuso con tristeza:

—Sí, Nathanael, creo en efecto que ese hombre extravagante es tu genio del mal, que es un poder diabólico y que realmente se ha introducido en tu vida, pero a nadie debes culpar sino a ti mismo, porque su fuerza reside en tu credulidad.

Enojóse mucho Nathanael al ver que Clara atribuía la existencia de los demonios a la fuerza de su fantasía y en su despecho consideró a Clara como uno de esos seres inferiores que no saben penetrar en los misterios de la naturaleza invisible. No obstante lo cual, todos los días, cuando Clara ayudaba a servir el desayuno, le leía tratados de filosofía oculta. Ella, entonces, le decía:

—Creo, en verdad, querido Nathanael, que tú eres el principio del mal que ejerce una mala influencia sobre mi café, porque me es preciso descuidar los quehaceres de

la casa, perdiendo el tiempo para oírte discurrir. El agua hierve, el café se vierte en la ceniza y ¡adiós desayuno!

Nathanael, furioso al ver que no le comprendían, cerraba los libros e iba a encerrarse en su habitación. En otros tiempos solía referir narraciones graciosas y animadas que luego escribía, y Clara le oía con el mayor placer; ahora, en cambio, sus poemas eran secos, incomprensibles, deformes, de modo que aunque Clara no lo decía, él se daba cuenta de que le fastidiaban mortalmente esas cosas, y en todos sus gestos resultaba patente el aburrimiento que trataba de dominar. Las poesías de Nathanael en realidad eran aburridísimas. Cada vez era mayor su disgusto por el carácter frío y prosaico de Clara, y Clara, a su vez, no podía evitar su enojo por los pesados, abstrusos y tenebrosos sofismas de Nathanael, por lo que cesó la buena armonía entre ambos, y poco a poco fueron distanciándose.

La imagen del odioso Coppelius se iba alejando cada vez más, según confesaba Nathanael, y hasta le costaba trabajo a veces evocar a ese espantajo fatídico en sus creaciones. Finalmente, le atormentaba el presentimiento de que Coppelius destruiría su amor, todo lo cual fue objeto de un poema. Describía en él la felicidad de ambos. Clara y él unidos, aunque un negro poder les amenazaba, destruyendo su alegría. Cuando por fin se encontraban ante el altar, hacía su aparición el espantoso Coppelius, que tocaba los bellos ojos de Clara, y éstos saltaban sobre el pecho de Nathanael como chispas sangrientas, encendidas y ardientes. Luego Coppelius lo cogía y lo arrojaba en medio de las llamas de un horno, que ardían con la velocidad de una tormenta, donde se consumía al instante.

En medio del tumulto que parecía el de un huracán que bramaba sobre la espuma de las olas, semejantes a blancos y negros gigantes que combatían furiosamente entre sí, en medio de ese tronar furioso, oía la voz de Clara que decía:

—¿Acaso no me ves, querido? Coppelius te ha engañado, no eran mis ojos los que quemaban tu pecho, sino gotas ardientes de tu propia sangre. Mira, yo tengo ojos...

¡Mírame!

Nathanael pensaba: «Es Clara, y yo soy eternamente suyo...». Entonces parecía como si su pensamiento dominase el fuego del horno donde se encontraba, y el tumulto desaparecía, alejándose en un negro abismo. Nathanael miraba los ojos de Clara, pero entonces la muerte le contemplaba amigablemente desde las profundidades de los ojos de su amada.

Mientras el joven escribía estas cosas estaba muy tranquilo y razonable, sentía que cada línea le salía mejor y, entregado a los esfuerzos de la rima, no descansaba hasta que la musicalidad no le parecía perfecta. Cuando al fin hubo terminado y se leyó a sí mismo, en voz alta, su propio poema, quedó horrorizado, y lleno de espanto se dijo: «¿De quién es esa horrible voz?». No obstante tuvo la sensación de que ese

poema estaba muy logrado y que podría inflamar el ánimo de Clara leyéndoselo, al tiempo que le hacía ver las espantosas imágenes que le angustiaban y presagiaban la destrucción de su amor.

Un día, los dos enamorados estaban sentados en el jardín. Clara se hallaba muy alegre porque desde hacía tres días Nathanael, dedicado a escribir su poema, no la había enojado con sus manías y presentimientos fatídicos. También el joven hablaba animadamente y muy alegre sobre asuntos divertidos, de modo que Clara le dijo:

—Otra vez estás conmigo; gracias a Dios, nos hemos librado de ese odioso Coppelius.

Entonces Nathanael se acordó de que llevaba en el bolsillo un poema y que tenía intención de leerlo. Sacó las hojas del bolsillo y comenzó su lectura. Clara, imaginándose que sería algo aburrido, como de costumbre, y resignándose, comenzó tranquilamente a hacer punto. Pero del mismo modo que los nubarrones cada vez más negros de una tormenta van en aumento, llegó un momento en que, abandonando la labor, miró fijamente a su amado. Terminada la lectura, el joven arrojó lejos de sí el manuscrito y, con los ojos llenos de lágrimas y las mejillas encendidas, inclinóse hacia Clara, cogió sus manos convulsivamente y exclamó con acento desesperado:

—¡Ah, Clara, Clara!

Clara le estrechó contra su pecho y le dijo suavemente, muy seria:

—Nathanael, querido Nathanael. ¡Arroja al fuego esa maldita y absurda obra!

El muchacho, desilusionado, exclamó, apartándose de Clara:

—Eres un autómata, inanimado y maldito.

Y sin decir más alejóse corriendo, mientras Clara, profundamente desconcertada, derramaba amargas lágrimas.

—Nunca me ha amado, pues no me comprende —sollozaba en alta voz.

Lothair apareció en el jardín y Clara tuvo que referirle lo que había sucedido; como amaba a su hermana con toda su alma, sentía sus quejas en lo más íntimo, de forma que el disgusto que sentía en su pecho a causa del visionario Nathanael se transformó en cólera terrible. Corrió en pos del joven y le reprochó con duras palabras su loca conducta respecto a su querida hermana. Nathanael respondió con violencia. El iluso y extravagante loco se enfrentó con el desgraciado y vulgar ser humano. Decidieron batirse a la mañana siguiente, detrás del jardín, conforme a las reglas al uso.

Llegaron mudos y sombríos. Como Clara hubiese oído la disputa y viese que el padrino, al atardecer, trajese los floretes, imaginó lo que iba a suceder. A la hora designada, las armas estaban sobre el césped que, muy pronto, iba a teñirse de sangre. Lothair y Nathanael se habían despojado ya de sus levitas y con los ojos brillantes iban a abalanzarse el uno sobre el otro, cuando Clara apareció en el jardín. Sollozando exclamó:

—¡Monstruos, salvajes, matadme a mí, antes de que uno de vosotros caiga, pues no quiero sobrevivir si mi amado mata a mi hermano, o mi hermano a mi amado!

Lothair dejó el arma y miró al suelo silenciosamente. Nathanael sintió en su interior la tristeza y el amor desbordante que había sentido en los bellos días de su primera juventud.

El arma homicida cayó de sus manos, y se arrojó a los pies de Clara:

—¡Perdóname, adorada Clara! ¡Perdóname, hermano mío, querido Lothair!

Lothair se emocionó al ver el profundo dolor de su hermano, y derramando los tres abundantes lágrimas abrazáronse reconciliados y juraron no separarse jamás.

Desde aquel día Nathanael se sintió aliviado de la pesada carga que le había oprimido hasta entonces, y le pareció como si se hubiese salvado del oscuro poder que amenazaba con aniquilarle. Permaneció allí tres días más antes de marcharse a G., adonde debía volver para cursar el último año de sus estudios universitarios, y se acordó de que al cabo de ese tiempo se establecería para siempre en su país natal, con su prometida.

A la madre de Nathanael se le ocultó todo lo referente a Coppelius, pues era bien sabido que le producía horror su nombre, ya que también a ella le recordaba la muerte de su esposo.

Al llegar a G., Nathanael se sorprendió mucho al ver que su casa había sido pasto de las llamas, que sólo dejaron en pie dos o tres lienzos de pared ennegrecidos y calcinados.

Según le dijeron, el fuego comenzó en la botica, y varios amigos de Nathanael que vivían cerca de la casa incendiada pudieron salvar algunos de los objetos, instrumentos de física y papeles, todo lo cual llevaron a otra habitación alquilada a nombre del estudiante.

Nathanael no podía suponer que estuviera situada frente a la del profesor Spallanzani.

Desde la ventana se podía ver muy bien el interior del gabinete donde, con frecuencia, cuando las cortinas estaban descorridas, se veía a Olimpia muda e inmóvil, y aunque se destacaba claramente su silueta, los rasgos de su rostro sólo se vislumbraban borrosamente.

Nathanael se extrañó de que Olimpia permaneciese en la misma actitud horas enteras sin ocuparse de nada, junto a la mesita, aunque era evidente que de vez en cuando le miraba fijamente; hubo de confesarse que en su vida había visto una mujer tan hermosa. Sin embargo, su amor a Clara le llenaba el corazón, preservándole de las seducciones de la austera Olimpia, y por eso el joven dirigía sólo de tarde en tarde algunas miradas distraídas a la estancia habitada por aquella hermosa estatua.

Cierto día, en ocasión de estar escribiendo a Clara, llamaron suavemente a su puerta; al abrirla, vio la desagradable figura de Coppola. Un estremecimiento

nervioso agitó a Nathanael. Recordando los argumentos de Clara y los datos que le diera el profesor Spallanzani acerca de aquel individuo, avergonzóse de su primer movimiento de espanto y con toda la tranquilidad que le fue posible dijo al inoportuno visitante:

—No necesito barómetros, querido amigo. ¡Marchaos, por favor!

Pero Coppola, entrando en la habitación, dijo en un tono ronco, mientras su boca se entreabría con una odiosa sonrisa y le refulgían los ojillos entre sus largas pestañas grises:

—¡Eh, no sólo tengo barómetros, no sólo barómetros! ¡También tengo ojos, bellos ojos!

Nathanael, espantado, exclamó:

—¡Maldito loco!, ¿cómo es posible que tengas ojos?... ¿Ojos?

Al instante, Coppola puso a un lado sus barómetros y fue sacando de sus bolsillos gafas que dejó sobre la mesa:

—¡Gafas, gafas para ponérselas sobre la nariz!... ¡Esos son los ojos..., los bellos ojos!

Y al decir esto, Coppola continuó sacando gafas, de modo que la mesa se llenó, y empezaron a brillar y refulgir desde ella. Miles de ojos miraban fijamente a Nathanael. No podía dejar de mirar a la mesa, y Coppola continuaba sacando gafas y cada vez eran más fantásticas y terribles las penetrantes miradas que traspasaban con sus rayos ardientes y rojizos el pecho de Nathanael. Sobrecogido por un espantoso malestar gritó:

—¡Para ya, detente, hombre maldito!

Y sacudiéndole por el brazo detuvo a Coppola, que se preparaba a seguir sacando gafas del bolsillo, aunque la mesa estaba enteramente cubierta de ellas. Coppola, sonriendo a duras penas, se desprendió de él, al tiempo que decía:

—¡Ah!, no las queréis..., pues aquí tenéis unos buenos anteojos.

Y después de recoger todas las gafas, empezó a sacar anteojos de larga vista. En cuanto todas las gafas estuvieron guardadas, Nathanael quedó tranquilo como por encanto, y acordándose de Clara, recordó que el fantasma sólo estaba en su imaginación, ya que Coppola era sólo un gran mecánico y óptico, y en modo alguno el doble de Coppelius.

Además, las gafas que el vendedor había puesto en la mesa no tenían nada de raro, ni tampoco nada de extraordinario los anteojos, de modo que, algo confuso por haberse entregado a la violencia, Nathanael quiso repararlo comprando alguna cosa a Coppola.

Eligió un pequeño antejo, cuya montura le llamó la atención por su exquisito trabajo, y para probarlo miró a través de la ventana. Nunca en su vida había tenido un antejo con el que pudiera verse con tanta claridad y pureza. Instintivamente, miró

hacia la estancia de Spallanzani; Olimpia estaba sentada como de costumbre ante la mesita, con los brazos apoyados y las manos cruzadas. Por vez primera Nathanael veía detenidamente el hermoso semblante de Olimpia. Únicamente los ojos le parecieron fijos, como muertos.

Pero, a medida que miraba más y más a través del antejo, le pareció como si los ojos de Olimpia irradiasen pálidos rayos de luna. Tuvo la sensación de que por vez primera nacía en ella la capacidad de ver; y cada vez más intensa brillaba su mirada. El joven se quedó como galvanizado mirando a la ventana, observando a la bella y celeste Olimpia, pero le hizo volver en sí el ruido que hacía Coppola, al tiempo que repetía:

—*Tre zecchini* (tres cequíes).

Nathanael, que se había olvidado por completo del óptico, se apresuró a pagarle:

—¿No os parecen unos buenos anteojos, eh? —preguntó Coppola con su odiosa voz ronca y la sonrisa maliciosa.

—Sí, sí... —repuso Nathanael, disgustado—. ¡Adiós, querido amigo!

Coppola abandonó la habitación, no sin antes lanzar algunas miradas de reojo. Apenas bajó las escaleras, dejó escapar una horrible carcajada. «Se ríe de mí —pensó Nathanael— porque me ha hecho pagar el antejo a un precio mucho más caro de lo que vale».

En ese momento le pareció oír un profundo gemido en la habitación, que le estremeció.

Sintió tal miedo que se le cortó la respiración. Pronto dióse cuenta de que era él mismo quien había suspirado. «Clara tenía razón al considerarme un visionario —se dijo—; pero lo que más me atormenta ahora y me parece absurdo..., incluso más que absurdo, es la idea de que he pagado los anteojos demasiado caros, y eso me inquieta. Y no sé cuál es el motivo...».

Dejando todo, se puso a escribir a Clara, pero apenas había cogido la pluma miró por la ventana para cerciorarse de que Olimpia estaba allí, sentada. Al instante sintió el impulso irresistible de coger el antejo de Coppola, y permaneció contemplando la fascinante figura de Olimpia hasta que su compañero Siegmund fue a buscarle para asistir a la clase del profesor Spallanzani.

Desde aquel día los visillos de la habitación de Olimpia estuvieron siempre perfectamente echados, y el enamorado estudiante perdió el tiempo haciendo de centinela durante dos días, antejo en mano. Al tercer día se cerraron las ventanas. Desesperado y poseído de una especie de delirio, salió corriendo de la ciudad.

La figura de Olimpia se multiplicaba a su alrededor como por encanto: la veía flotar por el aire, brillar a través de los setos floridos y reproducirse en los cristalinos arroyuelos.

Nathanael no se acordaba ya de Clara, sólo pensaba en Olimpia, y gemía y

sollozaba: «¡Oh, estrella de mi vida, no me dejes solo en la tierra, en la negra oscuridad de una noche sin esperanza!».

Cuando volvió a su casa observó que reinaba un gran bullicio en la de Spallanzani; las puertas se abrían, limpiábanse las ventanas y numerosos obreros iban de un lado a otro llevando muebles, mientras que algunos colocaban tapices con extraordinaria actividad.

Nathanael se quedó asombrado cuando en plena calle apareció Siegmund y le dijo, riendo: «¿Qué me dices de nuestro viejo amigo Spallanzani?». El joven le aseguró que no sabía nada del profesor y que estaba asombrado de que aquella casa silenciosa y sombría estuviera en plena actividad. Siegmund le dijo que Spallanzani daría al día siguiente una gran fiesta, con concierto y baile, a la que asistiría lo más notable de la universidad. Se rumoreaba que Spallanzani iba a presentar en sociedad a su hija Olimpia, a la que hasta ahora había mantenido escondida, fuera de la vista de los hombres.

Nathanael encontró una invitación al llegar a su casa y se encaminó a la vivienda del profesor a la hora convenida, con el corazón palpitante, cuando ya rodaban otros carruajes y las luces brillaban en los adornados salones. La sociedad allí reunida era numerosa y brillante. Olimpia, engalanada con un gusto exquisito, era admirada por su belleza y sus perfectas proporciones. Sólo se notaba algo extraño, un ligero arqueamiento del talle, posiblemente debido a que su talle de avispa estaba en exceso encorsetado. Andaba con una especie de rigidez que desagradaba y que atribuían a su timidez natural, acentuada al encontrarse ahora en sociedad. El concierto comenzó. Olimpia tocaba el piano con gran habilidad e incluso cantó un aria con voz sonora y brillante que parecía el vibrante sonido de una campana. Nathanael estaba extasiado, pero como llegara un poco tarde le tocó sentarse en la última fila, y apenas podía ver el semblante de Olimpia, deslumbrado por las luces de los candelabros. Instintivamente, sacó el antejo de Coppola y se puso a mirar a la bella Olimpia. Le pareció que ella le miraba con miradas anhelantes, que una melodía acompañaba cada mirada amorosa y le traspasaba ardientemente. Las artísticas inflexiones de su voz le parecieron al joven cánticos celestiales de un corazón enamorado, y cuando resonó el largo trino por todo el salón, a su cadencia creyó que un brazo amoroso le ceñía y, extasiado, no pudo evitar esta exclamación: «¡Olimpia!».

Las personas más próximas se volvieron y muchas se echaron a reír. El organista de la catedral puso un semblante muy serio y dijo simplemente: «Bueno, bueno». El concierto llegaba a su fin. El baile comenzó. «Bailar con ella..., bailar con ella...». Todos los deseos de Nathanael tendían hacia ese objetivo. Pero ¿cómo atreverse a invitar a la reina de la fiesta?

En fin..., no supo bien cómo, pero poco después de empezar el baile se encontró junto a Olimpia, a la que nadie había sacado aún, y osando apenas balbucir alguna

palabra tomó su mano. Un sudor frío inundó su frente cuando con la extremidad de sus dedos rozó los de Olimpia, pues la mano de la joven estaba helada como la de un muerto. Nathanael detuvo en ella su mirada y observó que sus ojos tenían la misma fijeza lánguida, y tuvo la sensación de que el pulso empezaba a latir en su muñeca y la sangre corría por sus venas.

También él sentía en su interior una amorosa voluptuosidad, así es que enlazó con su brazo el talle de la bella Olimpia y atravesó las filas de los invitados.

Creó haber bailado al compás, aunque sentía que la rigidez rítmica con que Olimpia bailaba a veces le obligaba a detenerse, y entonces se daba cuenta de que no seguía bien los compases de la música. No quiso bailar con nadie más, y si alguno se hubiera acercado a Olimpia para solicitar un baile, de buena gana le habría matado. Solamente sucedió eso dos veces: para asombro suyo, Olimpia estuvo sentada durante todo el baile, así es que pudo sacarla cuantas veces quiso.

Si Nathanael hubiera tenido ojos para ver otra cosa que no fuera Olimpia, sin duda se habría encontrado con más de una pelea, pues era evidente que por los rincones los jóvenes se reían de él, y hasta un sinfín de miradas curiosas se dirigían a la bella Olimpia. ¿Podía saberse por qué? Excitado por la danza y el vino, Nathanael había perdido la timidez.

Sentándose junto a Olimpia, tomó su mano entre las suyas y le habló de su amor con todo el fuego de la pasión que sentía, aunque ni Olimpia ni él mismo comprendían bien lo que trataba de expresar. Mas ésta, mirándole fijamente, sólo suspiraba: «¡Ah..., ah..., ah...!».

Nathanael exclamó: «¡Oh, mujer celestial, que me iluminas desde el cielo del amor! ¡Oh, criatura que domina todo mi ser!», y cosas por el estilo, pero Olimpia únicamente respondía: «¡Ah, ah!».

Durante esta singular conversación, el profesor Spallanzani pasó varias veces por delante de los felices enamorados y los miró sonriendo de una manera extraña. Poco a poco Nathanael se dio cuenta con terror de que el brillo de las luces disminuía en la sala vacía.

Hacía mucho que la música y el baile habían cesado.

—¡Separarnos, separarnos ahora! —gritó desesperado y furioso.

Besó la mano de Olimpia e, inclinándose hacia su boca, sus labios ardientes se encontraron con los labios helados de la muchacha. Apenas hubo tocado su fría mano, se sintió dominado por el terror y le pasó por la mente la leyenda de la novia muerta^[8], pero Olimpia le oprimía contra su pecho y el beso pareció vivificar sus labios...

El profesor Spallanzani atravesó lentamente la sala vacía; sus pasos resonaban huecos y su figura, que proyectaba una larga sombra, tenía un aspecto fantasmagórico y horrible.

—¿Me amas? —musitó Nathanael.

Pero Olimpia se limitó a suspirar, poniéndose de pie.

—¡Si, amada mía, criatura encantadora y celestial —decía Nathanael—, tú me aclaras todo y me explicas la existencia!

—¡Ah! ¡Ah! —replicó Olimpia en el mismo tono.

Nathanael la siguió y fueron con el profesor.

—Ya veo que lo ha pasado muy bien con mi hija —dijo éste, sonriendo—. Bueno, mi querido Nathanael, tendremos mucho gusto en que venga a conversar con mi hija, y su visita siempre será bienvenida.

Al joven le pareció que se le abrían las puertas del Cielo.

El baile de Spallanzani fue tema de conversación durante mucho tiempo. A pesar de que el profesor les había obsequiado espléndidamente, no pudo evitar la crítica y, especialmente, recayeron los comentarios sobre la callada y rígida Olimpia, que pese a su hermoso aspecto exterior demostraba ser una estúpida, lo cual justificaba que Spallanzani se hubiera abstenido tanto tiempo de presentarla en público. Nathanael se encolerizaba al oír esas cosas, pero callaba, pues creía poderles demostrar a esos tontos que su propia estupidez les impedía darse cuenta del maravilloso y profundo carácter de Olimpia.

—Dime, por favor, amigo mío —le dijo un día Siegmund—: ¿cómo es posible que un hombre razonable como tú se pueda enamorar de una muñeca?

Nathanael, encolerizado, fue a responder, pero reflexionó y repuso:

—Dime, Siegmund, ¿cómo es posible que un hombre con tan buenos ojos como tú no haya visto los encantos y los tesoros ocultos en la persona de Olimpia? Mejor es que no hayas visto todo eso porque serias mi rival, y uno de los dos tendría que morir.

Siegmund comprendió en qué estado se encontraba Nathanael y desvió la conversación, diciendo que en amor era muy difícil juzgar.

—Es muy extraño, pero todos nosotros juzgamos del mismo modo a Olimpia. No te enfades, hermano, si te digo que nos parece rígida y como inanimada. Su cuerpo es proporcionado, es cierto, como su semblante... Pero podría decirse que sus ojos no tienen expresión ni ven. Su paso tiene una extraña medida y cada movimiento parece deberse a un mecanismo; canta y toca al compás, pero siempre lo mismo y con igual acompañamiento, como si fuera una máquina. Nos ha inquietado mucho, y no queremos tratarnos con ella; se comporta como un ser viviente, aunque en realidad sus relaciones con la vida son muy extrañas.

Nathanael se disgustó mucho al oír las palabras de Siegmund, pero hizo un esfuerzo por contenerse y, al fin, dijo muy serio:

—Todos vosotros sois unos jóvenes prosaicos y por eso Olimpia os inquieta. ¡Sólo a los caracteres poéticos se les revela lo que es semejante! Solamente me mira a mí, y sus pensamientos son para mí, y yo sólo vivo en el amor de Olimpia. Es posible

que no logréis entablar con ella una conversación vulgar, propia de los caracteres superficiales. Habla poco, es cierto, pero las escasas palabras que dice son para mí como verdaderos jeroglíficos del mundo del amor, y me abren el camino del conocimiento de la vida del espíritu para la consideración del más allá. Vosotros no comprendéis nada, y es en vano.

—¡Que Dios te proteja, hermano! —dijo Siegmund bondadosamente y casi con tristeza—; pero creo que vas por el mal camino. Puedes contar conmigo cuando... ¡No quiero decir nada más!

Nathanael pareció conmoverse al oír estas palabras y le estrechó cordialmente la mano antes de separarse.

En cuanto a Clara, Nathanael la había olvidado por completo, como si jamás hubiera existido, y para nada se acordaba tampoco de Lothair ni de su madre. Sólo vivía para Olimpia, y pasaba los días enteros junto a ella, y le hablaba de su amor, de la ardiente simpatía que sentía, y fantaseaba acerca de las afinidades electivas psíquicas⁹, y Olimpia escuchaba con suma atención. El joven iba sacando de su escritorio todo lo que había escrito, poesías, fantasías, visiones, novelas, cuentos, y cada día aumentaba el número de sus composiciones con toda clase de sonetos, estancias, canciones, que leía a Olimpia, quien jamás se cansaba de escucharle. Nunca había tenido una oyente tan magnífica. No tejía, no cosía, no miraba por la ventana, no daba de comer a ningún pájaro, no jugaba con ningún perrillo ni con ningún gatito, no hacía pajaritas ni tenía algo en la mano, ni disimulaba un bostezo fingiendo toser, en una palabra, permanecía horas enteras con la vista fija en los ojos del amado, sin moverse, y su mirada era cada vez más ardiente y más viva. Sólo cuando Nathanael, al terminar, se levantaba y se llevaba su mano a los labios^[9] para depositar en ella un beso, decía: «¡Ah! ¡Ah!...», y luego: «¡Buenas noches, amor mío!...».

«¡Qué encantadora eres! —exclamaba Nathanael en su cuarto—. ¡Sólo tú me comprendes!». Se estremecía de placer al pensar qué resonancia tenían sus palabras en el ánimo de Olimpia, pues le parecía que ella hablaba en su interior y sus palabras se manifestaban en lo que él escribía. Así debía de ser, pues Olimpia nunca habló más de las palabras mencionadas.

Algunas veces, en momentos de lucidez, por ejemplo al levantarse por la mañana, reflexionaba sobre la pasividad y el laconismo de Olimpia. Entonces se decía: «¿Qué son las palabras? La mirada de sus ojos dice más que toda la elocuencia de los hombres. ¿Puede acaso una hija del Cielo descender al círculo mezquino y obligarse a vulgares relaciones?».

El profesor Spallanzani parecía mirar con mucho agrado las relaciones de su hija con Nathanael, y prodigaba al estudiante las mayores atenciones y cordial benevolencia. Así es que cuando Nathanael se atrevió a insinuar un matrimonio con

Olimpia, el profesor, con una gran sonrisa, dijo que dejaba enteramente la elección al juicio de su hija... Animado por estas palabras, con el corazón anhelante, al día siguiente se decidió a suplicar a Olimpia que le manifestase con palabras lo que ya le había expresado con ardientes miradas: que deseaba ser suya. Buscó en una cajita el anillo de oro, recuerdo de su madre, para ponerlo en el dedo de su amada como anillo nupcial. Lo primero que encontró en la cajita fueron las cartas de Lothair y de Clara, las cuales apartó con impaciencia, y cuando encontró el objeto corrió a casa del profesor. Al llegar al último tramo de la escalera, oyó un estrépito espantoso en la habitación de Spallanzani, producido por repetidos golpes en el suelo y las paredes, y luego choques metálicos, percibiéndose en medio de aquella barahúnda dos voces que proferían tremendas imprecaciones: «¿Quieres soltar, miserable, infame? ¿Te atreves a robarme mi sangre y mi vida?». «¡Yo hice los ojos!». «¡Y yo los resortes del mecanismo!». «¡Vete al diablo!». «¡Llévese tu alma Satanás, aborto del Infierno!».

He aquí lo que decían aquellas dos voces formidables, que eran las de Spallanzani y de Coppelius. Nathanael, fuera de sí, descargó un puntapié en la puerta y se precipitó en la habitación, en medio de los combatientes. El profesor y el italiano Coppola se disputaban con furia una mujer; el uno tiraba de ella por los brazos, y el otro por las piernas. Nathanael retrocedió horrorizado al reconocer la figura de Olimpia: luego, con furia salvaje, quiso arrancar a su amada de manos de los rabiosos combatientes, pero en el mismo instante, Coppola, dotado de fuerza hercúlea, obligó a su adversario a soltar la presa gracias a una vigorosa sacudida. Luego, levantando a la mujer con sus nervudos brazos, descargó tan rudo golpe en la cabeza del profesor que el pobre hombre, completamente aturdido, fue a caer al suelo a tres pasos de distancia, rompiendo con su caída una mesa llena de frascos, redomas, alambiques e instrumentos. Coppola se cargó a Olimpia al hombro y desapareció, profiriendo una carcajada diabólica; hasta el fin de la escalera oyóse el choque de las piernas de Olimpia contra los peldaños, el cual producía un ruido semejante al de unas castañuelas.

Al ver la cabeza de Olimpia en el suelo, Nathanael reconoció con espanto una figura de cera, y pudo ver que los ojos, que eran de esmalte, se habían roto. El desgraciado Spallanzani yacía en medio de numerosos fragmentos de vidrio, que le habían ocasionado sangrientas heridas en los brazos, el rostro y el pecho. Recuperándose, dijo:

—¡Corre detrás de él! ¡Corre! ¿A qué esperas?... Coppelius, me has robado mi mejor autómatas..., en el que he trabajado más de veinte años... He puesto en este trabajo mi vida entera. Yo he hecho la maquinaria, el habla, el paso..., los ojos..., pero te he robado los ojos..., maldito..., condenado... ¡Ve en su busca! ¡Tráeme a Olimpia..., aquí tienes los ojos!

Nathanael vio a sus pies, efectivamente dos ojos sangrientos que le miraban con

fijeza.

Spallanzani los recogió y se los arrojó al estudiante, tocándole con ellos en el pecho.

Apenas sintió su contacto, Nathanael, presa de un acceso de locura, comenzó a gritar, diciendo las cosas más incoherentes:

—¡Aja..., aja..., aja! ¡Rueda de fuego..., rueda de fuego!... ¡Gira, rueda de fuego!

¡Divertido..., divertido! ¡Muñeca de madera, muñeca de madera, da vueltas!

Y precipitándose sobre el profesor, trató de estrangularle. Y lo habría hecho si en aquel instante, al oír el ruido, los vecinos no hubieran acudido y se hubieran apoderado de su persona; fue preciso atarle fuertemente para evitar una desgracia. Siegmund, aunque era muy fuerte, apenas podía sujetar al loco furioso, que gritaba con voz espantosa: «Muñeca de madera, ¡da vueltas!», y se pegaba puñetazos.

Finalmente, varios hombres pudieron hacerse con él, le sujetaron y le ataron. Todavía se oían sus palabras como si fueran los rugidos de un animal, y de ese modo fue conducido a un manicomio.

Amable lector, antes de seguir refiriéndote lo que le sucedió al infeliz Nathanael, voy a decirte, pues me imagino que te interesarás por el diestro mecánico y fabricante de autómatas Spallanzani, que se restableció al poco tiempo y fue curado de sus heridas. Mas, apenas se halló en estado de resistir el traslado a otro punto, tuvo que abandonar la universidad, pues todos los estudiantes que tenían conocimiento de la burla de que Nathanael acababa de ser víctima habían jurado vengarse terriblemente del italiano, por haber abusado, sirviéndose de un maniquí, de la confianza de personas tan honorables, ya que nadie (excepto algunos estudiantes muy listos) había podido sospechar nada. ¿Podía acaso resultar sospechoso que Olimpia, según decía un elegante que acudía a los tés, ofendiendo todas las conveniencias, hubiera bostezado? El profesor de poesía y retórica tomó una dosis de rapé, estornudó y dijo gravemente: «Honorables damas y caballeros..., ¿no se dan cuenta de cuál es el quid de la cuestión? ¡Todo es una alegoría..., una absoluta metáfora!... ¡Ya me entienden! *Sapienti sat*».

Pero muchos señores respetables no se conformaron con eso; la historia del autómatas había echado raíces y ahora desconfiaban hasta de las figuras vivas. Y para convencerse enteramente de que no amaban a ninguna muñeca de madera, muchos amantes exigían a la amada que no bailase ni cantase a compás, y que se interrumpiese al leer, que tejiera, que jugase con el perrito, etc., y sobre todo que no se limitase a oír, sino que también hablase y que en su hablar se evidenciase el pensamiento y la sensibilidad. Los lazos amorosos se estrecharían más, pues de otro modo se desataban fácilmente. «Esto no puede seguir así», decían todos. En los tés, ahora se bostezaba para evitar sospechas.

Como hemos dicho, Spallanzani tuvo que huir para evitar un proceso criminal, por haber engañado a la sociedad con un autómatas. Coppola también desapareció.

Cuando Nathanael recobró la razón, al abrir los ojos experimentó un sentimiento de bienestar y le invadió un placer celestial.

Estaba en su cuarto, en su casa paterna. Clara, inclinada sobre él, y al lado su madre y Lothair.

—¡Por fin, por fin, querido Nathanael! Ya estás salvado de una cruel enfermedad. ¡Otra vez eres mío! —dijo Clara con toda su alma, abrazando a su amado mientras derramaba cristalinas lágrimas.

—¡Clara! ¡Clara! —murmuró el joven.

Siegmund, que no había querido abandonar a su amigo enfermo, entró en la habitación y le estrechó la mano. Toda huella de locura había desaparecido. Pronto se restableció con los excelentes cuidados de su madre, de su amada y de su amigo. La felicidad volvió a reinar de nuevo en la casa, pues un viejo tío que parecía ser pobre, porque era muy avaro, acababa de morir y había dejado a la madre una casa cerca de la ciudad, con una buena herencia.

Toda la familia se proponía ir allí, la madre, Nathanael con Clara, con la que pensaba casarse, y Lothair.

Nathanael estaba más amable que nunca. Tenía un carácter infantil, y ahora se daba cuenta del maravilloso y puro carácter de Clara. Nadie se acordaba ya de lo pasado. Sólo cuando Siegmund se despedía de Nathanael, éste dijo:

—¡Por Dios, hermano mío, iba por mal camino, pero gracias a este ángel voy por el bueno!

Así pues, llegó el día en que los cuatro, muy felices, se dirigieron a la casa. Era al mediodía, y atravesaban las calles de la ciudad.

Habían hecho ya las compras necesarias. Al pasar junto a la torre de la iglesia, cuya larga sombra se proyectaba sobre el mercado. Clara dijo:

—Nathanael, ¿quieres que subamos al campanario para contemplar una vez más las montañas y los lejanos bosques?

¡Dicho y hecho! Subieron solos, pues la madre había vuelto a casa para dejar las compras, y Lothair, no queriendo cansarse subiendo una escalera de muchos peldaños, prefirió esperar al pie de la torre. Los dos amantes, apoyados en la balaustrada del campanario, contemplaban absortos los grandes árboles, los bosques y las siluetas azules de las montañas que parecían una gigantesca ciudad.

—¿Ves aquel arbusto que se agita allá abajo? —decía Clara—. Diríase que viene hacia nosotros.

Nathanael, mecánicamente, buscó en el bolsillo el antejo de Coppola y miró hacia el arbusto. Clara se puso delante del cristal.

Entonces el joven sintió que su pulso latía rápidamente y que su sangre le hervía

en las venas; pálido como la muerte miró a Clara y sus ojos tenían siniestra expresión. Saltó como un tigre, profiriendo un grito ronco y feroz:

—¡Muñeca de madera, da vueltas, muñeca de madera, da vueltas!

Después, cogiendo a la joven con fuerza convulsiva, quiso arrojarla desde la plataforma.

La pobre Clara, presa de espanto, se agarraba a la barandilla con la energía de la desesperación, mientras que Lothair, oyendo por fortuna los gritos y sospechando alguna desgracia, franqueaba presuroso la tortuosa escalera de la torre.

Rabioso y asustado golpeó la puerta, que al fin saltó. «¡Socorro, salvadme!», se oía una débil voz... «Ya está sin vida, la ha matado ese loco», exclamó Lothair. También la puerta de la galería estaba cerrada. La desesperación le dio fuerzas descomunales e hizo saltar la puerta. Encontró a su hermana sujeta con una mano a la barandilla, aterrorizada. La agarró con gran rapidez y asestó un golpe en la cabeza a Nathanael, que soltó su presa y rodó por el suelo. Lothair bajó la escalera con su hermana desmayada en brazos... Estaba salvada...

Mientras tanto, Nathanael corría como un loco de un lado a otro gritando: «¡Gira, rueda de fuego, gira, rueda de fuego!». Al oír los terribles gritos, la gente se fue aproximando. En medio de los curiosos destacaba como un gigante el abogado Coppelius, que acababa de entrar en la ciudad y se había dirigido directamente a la plaza del mercado. Como algunos hombres quisieran subir para rescatar al loco, Coppelius dijo riendo: «¡Bah!, dejadle; ya bajará por sus propios medios». Luego alzó la vista y Nathanael, que se hallaba inclinado sobre la balaustrada, le divisó al punto, le reconoció y, gritando de un modo salvaje: «¡Ah, bellos ojos..., bellos ojos!», saltó al vacío.

Mientras Nathanael yacía sobre el empedrado de la calle con la cabeza destrozada, Coppelius aprovechó la confusión para desaparecer.

Algunos años después, en un país lejano, Clara se hallaba a la puerta de una casita de campo; a su lado, un hombre de aspecto apacible la enlazaba por el talle; dos graciosos niños jugaban a sus pies. Clara había encontrado, al fin, la felicidad que correspondía a su alegre y dulce carácter, felicidad que el trastornado Nathanael nunca hubiera sido capaz de ofrecerle.

El mortal inmortal

por Mary Wollstonecraft Shelley

Irónicamente, el «padre» de la ciencia ficción puede que haya sido en realidad una mujer de veinte años. Porque puede afirmarse con bastante seguridad que el *Frankenstein, or The Modern Prometheus* (1818) de Mary Shelley (1797-1851) fue la primera novela moderna de ciencia ficción. Representa la fusión inicial de la historia científica con el relato de viajes extraños, la novela utópica y la aventura gótica. Y su tema central —el hombre creando vida artificial en un intento de mejorar la obra de Dios, pero cometiendo una torpeza en su trabajo— ha sido calificado como el quintaesencial mito de la era industrial.

Hija de una pareja de librepensadores, Mary Shelley nació en Londres, Inglaterra. Su madre, Mary Wollstonecraft Godwin, era una conocida autora y feminista, cuya desgraciada muerte a consecuencia de fiebre puerperal determinó ampliamente el tono trágico de la vida de Mary Shelley. La infección puerperal era el resultado de la omisión por parte de los doctores de lavarse las manos y lavar los instrumentos antes de atender al parto, pero su etiología era desconocida por aquel entonces, y la muerte de la madre se atribuía al hijo. Ése fue el destino de Mary Shelley. Su padre, William Godwin, la trató con violencia psicológica y negligencia emocional. Y a lo largo de toda su vida, Mary arrastró consigo la innecesaria carga de la culpabilidad.

Frialdad, crueldad e intolerancia convirtieron su infancia en algo muy infeliz. Un contemporáneo la describió como «una niña de ojos tristes que permanecía sentada sin moverse durante horas sin apenas atreverse a respirar». Incluso sus recuerdos preferidos de la infancia se referían a pasatiempos solitarios tales como leer, escribir y fantasear.

A la edad de diecisiete años, en primavera, regresó de una estancia de dos años en Escocia para descubrir al apuesto y joven poeta Percy Shelley como huésped en su casa. Le pareció gentil y lleno de talento, y deseó desesperadamente llamar su atención. Al cabo de tres meses se habían convertido en amantes y emprendían viaje por Europa.

Durante el verano de 1816, mientras ella, Percy Shelley, Byron y el doctor Polidori pasaban una temporada cerca de Ginebra, tomaron la costumbre de leerse mutuamente historias de fantasmas. Un día, como resultado de un reto de Byron, todos decidieron escribir novelas de horror. Sin embargo, a Mary Shelley no se le ocurrió nada hasta que oyó por casualidad a Byron y a su amante hablar acerca de Erasmus Darwin y sus ideas sobre la vida. Aquella noche la idea de *Frankenstein* le llegó en una pesadilla. Cuando fue publicada, la novela obtuvo grandes aclamaciones, y en 1823 se habían representado ya seis versiones de ella.

Pero por aquel entonces la vida de Mary Shelley había cambiado dramáticamente. Tres de sus cuatro hijos habían muerto prematuramente. La primera esposa de Percy se había suicidado en el invierno de 1816, y aunque Mary se convirtió poco tiempo después en la señora Shelley, su esposo murió en el mar en 1822.

Mary Shelley era famosa, atractiva e inteligente. Durante todo el resto de su vida recibió proposiciones de matrimonio de varios preeminentes pretendientes (incluido Washington Irving). Sin embargo, prefirió seguir fiel a la memoria de Percy Shelley, y siguió siendo su viuda. Viviendo casi en la pobreza durante la mayor parte de su vida, prosiguió una carrera literaria que a su término incluía otra novela de ciencia ficción, *The Last Man* (1826), un relato corto de fantasía, *Transformation* (1831), y un excelente relato corto de ciencia ficción acerca de la inmortalidad, *The Mortal Immortal* (1834), que es el que incluimos aquí.

Día 16 de julio de 1833. Éste es un aniversario memorable para mí; ¡hoy cumpla trescientos veintitrés años! ¿El Judío Errante?... Seguro que no. Más de dieciocho siglos han pasado por encima de su cabeza. En comparación con él, soy un Inmortal muy joven.

¿Soy, entonces, inmortal? Ésa es una pregunta que me he formulado a mí mismo, día y noche, desde hace trescientos tres años, y aún no conozco la respuesta. He detectado una cana entre mi pelo castaño, hoy precisamente...; eso significa con toda seguridad deterioro.

Pero puede haber permanecido escondida ahí durante trescientos años...; a algunas personas se les vuelve completamente blanco el cabello antes de los veinte años de edad.

Contaré mi historia, y que el lector juzgue por mí. Al menos, así conseguiré pasar algunas horas de una larga eternidad que se me hace tan tediosa. ¡Eternamente! ¿Es eso posible? ¡Vivir eternamente! He oído de encantamientos en los cuales las víctimas son sumidas en un profundo sueño, para despertar, tras un centenar de años, tan frescas como siempre; he oído hablar de los Siete Durmientes... De modo que ser inmortal no debería ser tan opresivo para mí; pero ¡ay!, el peso del interminable tiempo..., ¡el tedioso pasar de la procesión de las horas! ¡Qué feliz fue el legendario Nourjahad! Mas en cuanto a mí...

Todo el mundo ha oído hablar de Cornelius Agrippa. Su recuerdo es tan inmortal como su arte me ha hecho a mí. Todo el mundo ha oído hablar también de su discípulo, que, descuidadamente, dejó en libertad al espíritu maligno durante la ausencia de su maestro y fue destruido por él. La noticia, verdadera o falsa, de este accidente le ocasionó muchos problemas al renombrado filósofo.

Todos sus discípulos le abandonaron, sus sirvientes desaparecieron... Se encontró

sin nadie que fuera añadiendo carbón a sus permanentes fuegos mientras él dormía, o vigilara los cambios de color de sus medicinas mientras él estudiaba. Experimento tras experimento fracasaron, porque un par de manos eran insuficientes para completarlos; los espíritus tenebrosos se rieron de él por no ser capaz de retener a un solo mortal a su servicio.

Yo era muy joven por aquel entonces —y muy pobre—, y estaba muy enamorado. Había sido durante casi un año pupilo de Cornelius, aunque estaba ausente cuando aquel accidente tuvo lugar. A mi regreso, mis amigos me imploraron que no regresara a la morada del alquimista. Temblé cuando escuché el terrible relato que me hicieron; no necesité una segunda advertencia. Y cuando Cornelius vino y me ofreció una bolsa de oro si me quedaba bajo su techo, sentí como si el propio Satán me estuviera tentando. Mis dientes castañetearon, todo mi pelo se erizó, y eché a correr tan rápido como mis temblorosas rodillas me lo permitieron.

Mis vacilantes pies se dirigieron hacia el lugar al que durante dos años se habían sentido atraídos cada atardecer..., un agradable arroyo espumeante de cristalina agua, junto al cual paseaba una muchacha de pelo oscuro, cuyos radiantes ojos estaban fijos en el camino que yo acostumbraba a recorrer cada noche. No puedo recordar un momento en que no haya estado enamorado de Bertha; habíamos sido vecinos y compañeros de juegos desde la infancia.

Sus padres, al igual que los míos, eran humildes pero respetables, y nuestra mutua atracción había sido una fuente de placer para ellos.

En una aciaga hora, sin embargo, una fiebre maligna se llevó a la vez a su padre y a su madre, y Bertha quedó huérfana. Hubiera hallado un hogar bajo el techo de mis padres pero, desgraciadamente, la vieja dama del castillo cercano, rica, sin hijos y solitaria, declaró su intención de adoptarla. A partir de entonces Bertha se vio ataviada con sedas y viviendo en un palacio de mármol, y parecía como si hubiera sido altamente favorecida por la fortuna. No obstante, pese a su nueva situación y sus nuevas relaciones, Bertha permaneció fiel al amigo de sus días humildes. A menudo visitaba la casa de mi padre, y aun cuando tenía prohibido ir más allá, con frecuencia se dirigía paseando hacia el bosquecillo cercano y se encontraba conmigo junto a aquella umbría fuente.

Solía decir que no sentía ninguna obligación hacia su nueva protectora que pudiera igualar a la devoción que la unía a nosotros.

Sin embargo, yo seguía siendo demasiado pobre para poder casarme, y ella empezó a sentirse incomodada por el tormento que sentía en relación a mí. Tenía un espíritu noble pero impaciente, y cada vez se mostraba más irritada por los obstáculos que impedían nuestra unión. Ahora nos reuníamos tras una ausencia por mi parte, y ella se había sentido sumamente acosada mientras yo estaba lejos.

Se quejó amargamente, y casi me reprochó el ser pobre. Yo repliqué rápidamente:

—¡Soy pobre pero honrado! Si no lo fuera, muy pronto podría ser rico.

Esta exclamación acarreó un millar de preguntas. Temí impresionarla demasiado revelándole la verdad, pero ella supo sacármela; y luego, lanzándome una mirada de desdén, dijo:

—¡Pretendes amarme, y temes enfrentarte al demonio por mí!

Protesté que solamente había temido ofenderla a ella..., mientras que ella no hacía más que hablar de la magnitud de la recompensa que yo iba a recibir. Así animado —y avergonzado por ella—, y empujado por mi amor y por la esperanza y riéndome de mis anteriores miedos, regresé a pasos rápidos y con el corazón ligero a aceptar la oferta del alquimista, e instantáneamente me vi instalado en mi puesto.

Transcurrió un año. Me vi poseedor de una suma de dinero que no era insignificante precisamente. El hábito había hecho desvanecerse mis temores. Pese a toda mi atenta vigilancia, jamás había detectado la huella de un pie hendido; ni el estudioso silencio ni nuestra morada fueron perturbados jamás por aullidos demoníacos.

Yo seguí manteniendo mis entrevistas clandestinas con Bertha, y la esperanza nació en mí... La esperanza, pero no la alegría perfecta, porque Bertha creía que amor y seguridad eran enemigos, y se complacía en dividirlos en mi pecho. Aunque de buen corazón, era en cierto modo de costumbres coquetas; y yo me sentía tan celoso como un turco. Me despreciaba de mil maneras, sin querer aceptar nunca que estaba equivocada. Me volvía loco de irritación, y luego me obligaba a pedirle perdón. A veces me reprochaba que yo no era suficientemente sumiso, y luego me contaba alguna historia de un rival, que gozaba de los favores de su protectora. Estaba rodeada constantemente por jóvenes vestidos de seda..., ricos y alegres.

¿Qué posibilidades tenía el pobremente vestido ayudante de Cornelius comparado con ellos?

En una ocasión, el filósofo exigió tanto de mi tiempo que no pude ir al encuentro de Bertha como era mi costumbre. Estaba dedicado a algún trabajo importante, y me vi obligado a quedarme, día y noche, alimentando sus hornos y vigilando sus preparaciones químicas. Mi amada me aguardó en vano junto a la fuente. Su espíritu altivo llameó ante este abandono; y cuando finalmente pude salir, robándole unos pocos minutos al tiempo que se me había concedido para dormir, y confié en ser consolado por ella, me recibió con desdén, me despidió despectivamente y afirmó que ningún hombre que no pudiera estar por ella en dos lugares a la vez poseería jamás su mano. ¡Se desquitaría de aquello! Y realmente lo hizo.

En mi sucio retiro oí que había estado cazando, escoltada por Albert Hoffer. Albert Hoffer era uno de los favorecidos por su protectora, y los tres pasaron cabalgando junto a mi ahumada ventana.

Me parece que mencionaron mi nombre; fue seguido por una carcajada de burla,

mientras los oscuros ojos de ella miraban desdeñosos hacia mi morada.

Los celos, con todo su veneno y toda su miseria, penetraron en mi pecho. Derramé un torrente de lágrimas, pensando que nunca podría proclamarla mía; y luego maldecí un millar de veces su inconstancia. Pero mientras tanto, seguí avivando los fuegos del alquimista, seguí vigilando los cambios de sus incomprensibles medicinas.

Cornelius había estado vigilando también durante tres días y tres noches, sin cerrar los ojos. Los progresos de sus alambiques eran más lentos de lo que esperaba; pese a su ansiedad, el sueño pesaba sobre sus ojos. Una y otra vez arrojaba la somnolencia lejos de sí, con una energía más que humana; una y otra vez obligaba a sus sentidos a permanecer alertas. Contemplaba sus crisoles anhelosamente.

Aún no están a punto —murmuraba—. ¿Deberá pasar otra noche antes de que el trabajo esté realizado? Winzy, tú sabes estar atento, eres constante... Además, la noche pasada dormiste. Observa esa redoma de cristal. El líquido que contiene es de un color rosa suave; en el momento en que empiece a cambiar de aspecto, despiértame... Hasta entonces podré cerrar un momento los ojos.

Primero debe volverse blanco, y luego emitir destellos dorados; pero no aguardes hasta entonces; cuando el color rosa empiece a palidecer, despiértame.

Apenas oí las últimas palabras, murmuradas casi en medio del sueño. Sin embargo, dijo aún:

—Y Winzy, muchacho, no toques la redoma... No te la llesves a los labios; es un filtro..., un filtro para curar el amor. No querrás dejar de amar a tu Bertha... ¡Cuidado, no bebas!

Y se durmió. Su venerable cabeza se hundió en su pecho, y yo apenas oí su regular respiración. Durante unos minutos observé las redomas...; la apariencia rosada del líquido permanecía inamovible.

Luego mis pensamientos empezaron a divagar... Visitaron la fuente, y se recrearon en un millar de agradables escenas que ya nunca volverían... ¡Nunca! Serpientes y víboras anidaron en mi cabeza mientras la palabra «¡Nunca!» se semiformaba en mis labios. ¡Mujer falsa! ¡Falsa y cruel! Nunca me sonreiría a mí como aquella tarde le había sonreído a Albert. ¡Mujer despreciable y ruin! No me quedaría sin vengarme... Haría que viera a Albert expirar a sus pies; ella no era digna de morir a mis manos. Había sonreído desdeñosa y triunfante... Conocía mi miseria y su poder. Pero ¿qué poder tenía?... El poder de excitar mi odio, todo mi desprecio, mi... ¡Todo menos mi indiferencia! Si pudiera lograr eso..., si pudiera mirarla con ojos indiferentes, transferir mi rechazado amor a otro más real y merecido... ¡Eso sería una auténtica victoria!

Un resplandor llameó ante mis ojos. Había olvidado la medicina del adepto. La contemplé maravillado: destellos de admirable belleza, más brillantes que los que

emite el diamante cuando los rayos del sol penetran en él, resplandecían en la superficie del líquido; un olor de entre los más fragantes y agradables inundó mis sentidos. La redoma parecía un globo de viviente radiación, precioso a los ojos, invitando a ser probado. El primer pensamiento, inspirado instintivamente por mis más bajos sentidos, fue: «lo haré..., debo beber».

Alcé la redoma hacia mis labios. «Eso me curará del amor..., ¡de la tortura!». Llevaba bebida ya la mitad del más delicioso licor que jamás hubiera probado, paladar de hombre alguno cuando el filósofo se agitó. Me sobresalté y dejé caer la redoma... El fluido se extendió llameando por el suelo, mientras sentía que Cornelius aferraba mi garganta y chillaba:

¡Infeliz! ¡Has destruido la labor de mi vida!

Cornelius no se había dado cuenta de que yo había bebido una parte de su droga. Tenía la impresión, y yo me apresuré a confirmarla, de que yo había alzado la redoma por curiosidad y que, asustado por su brillo y el llamear de su intensa luz, la había dejado caer.

Nunca le dejé entrever lo contrario. El fuego de la medicina se apagó, la fragancia murió... y él se calmó, como debe hacer un filósofo ante las más duras pruebas, y me envió a descansar.

No intentaré describir los sueños de gloria y felicidad que bañaron mi alma en el paraíso durante las restantes horas de aquella memorable noche. Las palabras serían pálidas y triviales para describir mi alegría, o la exaltación que me poseía cuando me desperté.

Flotaba en el aire..., mis pensamientos estaban en los cielos. La tierra parecía ser el mismo cielo, y mi herencia era una completa felicidad. «Eso representa el sentirme curado del amor —pensé—. Veré a Bertha hoy, y ella descubrirá a su amante frío y despreocupado; demasiado feliz para mostrarse desdeñoso, ¡pero cuan absolutamente indiferente hacia ella!».

Pasaron las horas. El filósofo, seguro de haber triunfado una vez, y creyendo que lo conseguiría de nuevo, empezó a preparar una vez más la misma medicina. Se encerró con sus libros y potingues, y yo tuve el día libre. Me vestí con todo cuidado; me miré en un escudo viejo pero pulido, que me sirvió de espejo; me pareció que mi buen aspecto había mejorado extraordinariamente. Me precipité más allá de los límites de la ciudad, la alegría en el alma, las bellezas del cielo y de la tierra rodeándome. Dirigí mis pasos hacia el castillo. Podía mirar sus altivas torres con el corazón ligero, porque estaba curado del amor.

Mi Bertha me vio desde lejos, mientras subía por la avenida. No sé qué súbito impulso animó su pecho, pero al verme saltó como un corzo bajando las escalinatas de mármol y echó a correr hacia mí. Pero yo había sido visto también por otra persona. La bruja de alta cuna, que se llamaba a sí misma su protectora y que en

realidad era su tirana, también me había divisado. Renqueó, jadeante, hacia la terraza. Un paje, tan feo como ella, echó a correr tras su ama, abanicándola mientras la arpía se apresuraba y detenía a mi hermosa muchacha con un:

—¿Dónde va mi imprudente señorita? ¿Dónde tan aprisa? ¡Vuelve a tu jaula..., ahí delante hay halcones!

Bertha se apretó las manos, los ojos clavados aún en mi figura que se aproximaba. Vi su lucha consigo misma. Cómo odié a la vieja bruja que refrenaba los gentiles impulsos del blando corazón de mi Bertha. Hasta entonces, el respeto a su rango social había hecho que evitara a la dama del castillo; ahora desdeñé una tan trivial consideración. Estaba curado del amor, y elevado más allá de todos los temores humanos; me apresuré hacia delante, y pronto alcancé la terraza. ¡Qué encantadora estaba Bertha! Sus ojos llameaban; sus mejillas resplandecían con impaciencia y rabia; estaba un millar de veces más graciosa y atractiva que nunca. Ya no la amaba..., ¡oh, no! La adoraba..., la reverenciaba..., ¡la idolatraba!

Aquella mañana había sido perseguida, con más vehemencia de lo habitual, para que consintiera en un matrimonio inmediato con mi rival. Se le reprocharon los ánimos y las esperanzas que había dado, se la amenazó con ser arrojada de casa vergonzosamente y en desgracia. Su orgulloso espíritu se alzó en armas ante la amenaza; pero cuando recordó el desprecio que había exhibido ante mí, y cómo, quizás, había perdido con ello al que consideraba como a su único amigo, lloró de remordimiento y rabia. Y en aquel momento aparecí yo.

—¡Oh, Winzy! —exclamó—. Llévame a casa de tu madre; hazme abandonar rápidamente los detestables lujos y la ruindad de esta noble morada...; devuélveme a la pobreza y a la felicidad.

La abracé fuertemente, sintiéndome transportado. La vieja dama estaba sin habla por la furia, y sólo prorrumpió en invectivas cuando ya nos hallábamos lejos en nuestra calle, camino de mi casa natal. Mi madre recibió a la hermosa fugitiva, escapada de una jaula dorada a la naturaleza y a la libertad, con ternura y alegría; mi padre, que la amaba, la recibió de todo corazón. Fue un día de regocijo, que no necesitó de la adición de la poción celestial del alquimista para llenarme de dicha.

Poco después de aquel día memorable me convertí en el esposo de Bertha. Dejé de ser el ayudante de Cornelius, pero continué siendo su amigo. Siempre me sentí agradecido hacia él por haberme procurado, inconscientemente, aquel delicioso trago de un elixir divino que, en vez de curarme del amor (¡triste cura!, solitario remedio carente de alegría para maldiciones que parecen bendiciones al recuerdo), me había inspirado valor y resolución, trayéndome el premio de un tesoro inestimable en la persona de mi Bertha.

A menudo he recordado con maravilla ese período de trance parecido a la embriaguez.

La pócima de Cornelius no había cumplido con la tarea para la cual afirmaba él que había sido preparada, pero sus efectos habían sido más poderosos y felices de lo que las palabras pueden expresar. Se fueron desvaneciendo gradualmente, pero permanecieron largo tiempo... y colorearon mi vida con matices de esplendor. A menudo Bertha se maravillaba de mi radiante corazón y de mi constante alegría porque, antes, yo había sido de carácter más bien serio, incluso triste. Me amaba aún más por mi temperamento jovial, y nuestros días estaban teñidos de alegría.

Cinco años más tarde fui llamado inesperadamente a la cabecera del agonizante Cornelius. Había enviado a por mí apresuradamente, conjurándome a que acudiera al instante a su presencia. Lo encontré tendido en su jergón, mortalmente débil. Toda la vida que le quedaba animaba sus penetrantes ojos, que estaban fijos en una redoma de cristal, llena de un líquido rosado.

—¡He aquí la vanidad de los anhelos humanos! —dijo, con una voz rota que parecía surgir de sus entrañas—. Mis esperanzas estaban a punto de verse coronadas por segunda vez, y por segunda vez se ven destruidas. Mira esa pócima... Recuerda que hace cinco años la preparé también, con idéntico éxito. Entonces, como ahora, mis sedientos labios esperaban saborear el elixir inmortal... ¡Tú me lo arrebataste! Y ahora ya es demasiado tarde.

Hablaba con dificultad, y se dejó caer sobre la almohada. No pude evitar el decir:

—¿Cómo, reverenciado maestro, puede una cura para el amor restaurar vuestra vida?

Una débil sonrisa revoloteó en su rostro, mientras yo escuchaba intensamente su apenas inteligible respuesta.

—Una cura para el amor y para todas las cosas... El elixir de la inmortalidad. ¡Ah! ¡Si ahora pudiera beberlo, viviría eternamente!

Mientras hablaba, un relampagueo dorado brotó del fluido y una fragancia que yo recordaba muy bien se extendió por los aires.

Cornelius se alzó, débil como estaba; las fuerzas parecieron volver a él milagrosamente.

Tendió su mano hacia delante... Entonces, una fuerte explosión me sobresaltó, un rayo de fuego brotó del elixir... ¡y la redoma de cristal que lo contenía quedó reducida a átomos!

Volví mis ojos hacia el filósofo. Se había derrumbado hacia atrás. Sus ojos eran vidriosos, sus rasgos estaban rígidos...

¡Había muerto!

¡Pero yo vivía, e iba a vivir eternamente! Así había dicho el infortunado alquimista, y durante unos días creí en sus palabras.

Recordé la gloriosa intoxicación que había seguido a mi subrepticio beber. Reflexioné sobre el cambio que había sentido en mi cuerpo, en mi alma. La ligera

elasticidad del primero, el luminoso vigor de la segunda. Me observé en un espejo, y no pude percibir ningún cambio en mis rasgos tras los cinco años transcurridos. Recordé el radiante color y el agradable aroma de aquel delicioso brebaje, el valioso don que era capaz de conferir...

Entonces, ¡era inmortal!

Pocos días más tarde me reía de mi credulidad. El viejo proverbio de que «nadie es profeta en su tierra» era cierto con respecto a mí y a mi difunto maestro. Lo apreciaba como hombre, lo respetaba como sabio, pero me burlaba de la idea de que pudiera mandar sobre los poderes de las tinieblas, y me reía de los supersticiosos temores con los que era mirado por el vulgo. Era un filósofo juicioso, pero no tenía tratos con ningún espíritu excepto aquellos revestidos de carne y huesos. Su ciencia era simplemente humana; y la ciencia humana, me persuadí muy pronto, nunca podrá conquistar las leyes de la naturaleza hasta tal punto que logre aprisionar eternamente el alma dentro de un habitáculo carnal. Cornelius había obtenido una bebida que refrescaba y aligeraba el alma; algo más embriagador que el vino, mucho más dulce y fragante que cualquier fruta. Probablemente poseía fuertes poderes medicinales, impartiendo ligereza al corazón y vigor a los miembros; pero sus efectos terminaban desapareciendo; ya no debían de existir siquiera en mi organismo. Era un hombre afortunado que había bebido un sorbo de salud y de alegría de espíritu, y quizá también de larga vida, de manos de mi maestro; pero mi buena suerte terminaba ahí: la longevidad era algo muy distinto de la inmortalidad.

Continué con esta creencia durante varios años. A veces un pensamiento cruzaba furtivamente por mi cabeza... ¿Estaba realmente equivocado el alquimista? Sin embargo, mi creencia habitual era que seguiría la suerte de todos los hijos de Adán a su debido tiempo. Un poco más tarde quizá, pero siempre a una edad natural.

No obstante, era innegable que mantenía un sorprendente aspecto juvenil. Me reía de mi propia vanidad consultando muy a menudo el espejo. Pero lo consultaba en vano; mi frente estaba libre de arrugas, mis mejillas, mis ojos..., toda mi persona continuaba tan lozana como en mi vigésimo cumpleaños.

Me sentía turbado. Miraba la marchita belleza de Bertha... Yo parecía más bien su hijo.

Poco a poco, nuestros vecinos comenzaron a hacer similares observaciones, y al final descubrí que empezaban a llamarme «el discípulo embrujado». La propia Berta empezó a mostrarse inquieta. Se volvió celosa e irritable, y al poco tiempo empezó a hacerme preguntas. No teníamos hijos; éramos totalmente el uno para el otro. Y pese a que, al ir haciéndose más vieja, su espíritu vivaz se volvió un poco propenso al mal genio y su belleza disminuyó un tanto, yo la seguía amando con todo mi corazón como a la muchachita a la que había idolatrado, la esposa que siempre había anhelado y que había conseguido con un tan perfecto amor.

Finalmente, nuestra situación se hizo intolerable: Bertha tenía cincuenta años..., yo veinte. Yo había adoptado en cierta medida, y no sin algo de vergüenza, las costumbres de una edad más avanzada. Ya no me mezclaba en el baile entre los jóvenes, pero mi corazón saltaba con ellos mientras contenía mis pies. Y empecé a tener una cierta mala fama entre los viejos de nuestro pueblo. Las cosas fueron deteriorándose. Éramos evitados por todos.

Se dijo de nosotros —de mí al menos— que habíamos hecho un trato inicuo con alguno de los supuestos amigos de mi anterior maestro. La pobre Bertha era objeto de piedad, pero evitada. Yo era mirado con horror y aborrecimiento.

¿Qué podíamos hacer? Permanecer sentados junto a nuestro fuego... La pobreza se había instalado con nosotros, ya que nadie quería los productos de mi granja; y a menudo me veía obligado a viajar veinte millas, hasta algún lugar donde no fuera conocido, para vender mis cosechas. Sí, es cierto, habíamos ahorrado algo para los malos días..., y esos días habían llegado.

Permanecíamos sentados solos junto al fuego, el joven de viejo corazón y su envejecida esposa. De nuevo Bertha insistió en conocer la verdad; recapituló todo lo que había oído decir de mí, y añadió sus propias observaciones. Me conjuró a que le revelara el hechizo; describió cómo me quedarían mejor unas sienes plateadas que el color castaño de mi pelo; disertó acerca de la reverencia y el respeto que proporcionaba la edad... y lo preferible que eran a las distraídas miradas que se les dirigía a los niños. ¿Acaso imaginaba que los despreciables dones de la juventud y buena apariencia superaban la desgracia, el odio y el desprecio? No, al final sería quemado como traficante en artes negras, mientras que ella, a quien ni siquiera me había dignado comunicarle la menor porción de mi buena fortuna, sería lapidada como mi cómplice. Finalmente, insinuó que debía compartir mi secreto con ella y concederle los beneficios de los que yo gozaba, o se vería obligada a denunciarme..., y entonces estalló en llanto.

Así acorralado, me pareció que lo mejor era decirle la verdad.

Se la revelé tan tiernamente como me fue posible, y hablé tan sólo de una muy larga vida, no de inmortalidad..., concepto que, de hecho, coincidía mejor con mis propias ideas.

Cuando terminé, me levanté y dije:

—Y ahora, mi querida Bertha, ¿denunciarás al amante de tu juventud? No lo harás, lo sé.

Pero es demasiado duro, mi pobre esposa, que tengas que sufrir a causa de mi aciaga suerte y de las detestables artes de Cornelius. Me marcharé. Tienes buena salud, y amigos con los que ir en mi ausencia. Sí, me iré: joven como parezco, y fuerte como soy, puedo trabajar y ganarme el pan entre desconocidos, sin que nadie sepa ni sospeche nada de mí. Te amé en tu juventud. Dios es testigo de que no te

abandonaré en tu vejez, pero tu seguridad y tu felicidad requieren que ahora haga esto.

Tomé mi gorra y me dirigí hacia la puerta; en un momento los brazos de Bertha rodeaban mi cuello, y sus labios se apretaban contra los míos.

—No, esposo mío, mi Winzy —dijo—. No te irás solo... Llévame contigo; nos marcharemos de este lugar y, como tú dices, entre desconocidos estaremos seguros sin que nadie sospeche de nosotros. No soy tan vieja todavía como para avergonzarte, mi Winzy; y me atrevería a decir que el encantamiento desaparecerá pronto y, con la bendición de Dios, empezarás a parecer más viejo, como corresponde. No debes abandonarme.

Le devolví de todo corazón su generoso abrazo.

—No lo haré, Bertha mía; pero por tu bien no debería pensar así. Seré tu fiel y dedicado esposo mientras estés conmigo, y cumpliré con mi deber contigo hasta el final.

Al día siguiente nos preparamos en secreto para nuestra emigración. Nos vimos obligados a hacer grandes sacrificios pecuniarios, era inevitable. De todos modos, conseguimos al fin reunir una suma suficiente como para al menos mantenernos mientras Bertha viviera. Y sin decirle adiós a nadie, abandonamos nuestra región natal para buscar refugio en un remoto lugar del oeste de Francia.

Resultó cruel arrancar a la pobre Bertha de su pueblo natal, de todos los amigos de su juventud, para llevarla a un nuevo país, un nuevo lenguaje, unas nuevas costumbres. El extraño secreto de mi destino hizo que yo ni siquiera me diera cuenta de ese cambio; pero la compadecí profundamente, y me alegró el darme cuenta de que ella hallaba alguna compensación a su infortunio en una serie de pequeñas y ridículas circunstancias. Lejos de toda murmuración, buscó disminuir la aparente disparidad de nuestras edades a través de un millar de artes femeninas: rojo de labios, trajes juveniles y la adopción de una serie de actitudes desacordes con su edad. No podía irritarme por eso. ¿No llevaba yo mismo una máscara? ¿Para qué pelearme con ella, sólo porque tenía menos éxito que yo? Me apené profundamente cuando recordé que esa remilgada y celosa vieja de sonrisa tonta era mi Bertha, aquella muchachita de pelo y ojos oscuros, con una sonrisa de encantadora picardía y un andar de corzo, a la que tan tiernamente había amado y a la que había conseguido con un tal arrebato. Hubiera debido reverenciar sus grises cabellos y sus arrugadas mejillas.

Hubiera debido hacerlo; pero no lo hice, y ahora deploro esa debilidad humana.

Sus celos estaban siempre presentes. Su principal ocupación era intentar descubrir que, pese a las apariencias externas, yo también estaba envejeciendo. Creo verdaderamente que aquella pobre alma me amaba de corazón, pero nunca hubo mujer tan atormentada sobre cómo desplegar en mí toda su atención. Hubiera querido discernir arrugas en mi rostro y decrepitud en mi andar, mientras que yo desplegaba

un vigor cada vez mayor, con una juventud por debajo de los veinte años. Nunca me atreví a dirigirme a otra mujer. En una ocasión, creyendo que la belleza del pueblo me miraba con buenos ojos, me compró una peluca gris. Su constante conversación entre sus amistades era que yo, aunque parecía tan joven, estaba hecho una ruina; y afirmaba que el peor síntoma era mi aparente salud. Mi juventud era una enfermedad, decía, y yo debía estar preparado en cualquier momento, si no para una repentina y horrible muerte, sí al menos para despertarme cualquier mañana con la cabeza completamente blanca y encorvado, con todas las señales de la senectud. Yo la dejaba hablar... y a menudo incluso me unía a ella en sus conjeturas. Sus advertencias hacían coro con mis interminables especulaciones relativas a mi estado, y me tomaba un enorme y doloroso interés en escuchar todo aquello que su rápido ingenio y excitada imaginación podían decir al respecto.

¿Para qué extenderse en todos estos pequeños detalles? Vivimos así durante largos años.

Bertha se quedó postrada en cama y paralítica; la cuidé como una madre cuidaría a un hijo.

Se volvió cada vez más irritable, y aún seguía insistiendo en lo mismo, en cuánto tiempo la sobreviviría. Seguí cumpliendo escrupulosamente, pese a todo, con mis deberes hacia ella, lo cual fue una fuente de consuelo para mí. Había sido mía en su juventud, era mía en su vejez; y al final, cuando arrojé la primera paletada de tierra sobre su cadáver, me eché a llorar, sintiendo que había perdido todo lo que realmente me ataba a la humanidad.

Desde entonces, ¡cuántas han sido mis preocupaciones y pesares, cuan pocas y vacías mis alegrías! Detengo aquí mi historia, no la proseguiré más. Un marinero sin timón ni compás, lanzado a un mar tormentoso, un viajero perdido en un páramo interminable, sin indicador ni mojón que lo guíe a ninguna parte..., eso he sido yo; más perdido, más desesperanzado que nadie. Una nave acercándose, un destello de un faro lejano, podrían salvarme; pero no tengo más guía que la esperanza de la muerte.

¡La muerte! ¡Misteriosa, hosca amiga de la frágil humanidad!

¿Por qué, único entre todos los mortales, me has arrojado a mí fuera de tu acogedor manto? ¡Oh, la paz de la tumba! ¡El profundo silencio del sepulcro revestido de hierro!

¡Los pensamientos dejarían por fin de martillar en mi cerebro, y mi corazón ya no latiría más con emociones que sólo saben adoptar nuevas formas de tristeza!

¿Soy inmortal? Vuelvo a mi primera pregunta. En primer lugar, ¿no es más probable que el brebaje del alquimista estuviera cargado con longevidad más que con vida eterna? Tal es mi esperanza. Y además, debo recordar que sólo bebí la *mitad* de la poción preparada para él. ¿Acaso no era necesaria la totalidad para completar el encantamiento? Haber bebido la mitad del elixir de la inmortalidad es convertirse en

semiinmortal...; mi eternidad está pues truncada.

Pero, de nuevo, ¿cuál es el número de años de media eternidad? A menudo intento imaginar si lo que rige el infinito puede ser dividido. A veces creo descubrir la vejez avanzar sobre mí. He descubierto una cana. ¡Estúpido! ¿Debo lamentarme? Sí, el miedo a la vejez y a la muerte repta a menudo fríamente hasta mi corazón, y cuanto más vivo más temo a la muerte, aunque aborrezca la vida. Ése es el enigma del hombre, nacido para perecer, cuando lucha, como hago yo, contra las leyes establecidas de su naturaleza.

Pero seguramente moriré a causa de esta anomalía de los sentimientos; la medicina del alquimista no debe de proteger contra el fuego, la espada y las asfixiantes aguas. He contemplado las azules profundidades de muchos lagos apacibles, y el tumultuoso discurrir de numerosos ríos caudalosos, y me he dicho: la paz habita en estas aguas. Sin embargo, he guiado mis pasos lejos de ellos, para vivir otro día más. Me he preguntado a mí mismo si el suicidio es un crimen en alguien para quien constituye la única posibilidad de abrir la puerta al otro mundo. Lo he hecho todo, excepto presentarme voluntario como soldado o duelista, pues no deseo destruir a mis semejantes. Pero no, ellos no son mis semejantes. El inextinguible poder de la vida en mi cuerpo y su efímera existencia nos alejan tanto como lo están los dos polos de la Tierra. No podría alzar una mano contra el más débil ni el más poderoso de entre ellos.

Así he seguido viviendo año tras año... Solo, y cansado de mí mismo. Deseoso de morir, pero no muriendo nunca. Un mortal inmortal. Ni la ambición ni la avaricia pueden entrar en mi mente, y el ardiente amor que roe mi corazón jamás me será devuelto; nunca encontraré a un igual con quien compartirlo. La vida sólo está aquí para atormentarme.

Hoy he concebido una forma por la que quizá todo pueda terminar sin matarme a mí mismo, sin convertir a otro hombre en un Caín... Una expedición en la que ningún ser mortal pueda nunca sobrevivir, aun revestido con la juventud y la fortaleza que anidan en mí. Así podré poner mi inmortalidad a prueba y descansar para siempre... o regresar, como la maravilla y el benefactor de la especie humana.

Antes de marchar, una miserable vanidad ha hecho que escriba estas páginas. No quiero morir sin dejar ningún nombre detrás. Han pasado tres siglos desde que bebí el brebaje fatal; no transcurrirá otro año antes de que, enfrentándome a gigantescos peligros, luchando con los poderes del hielo en su propio campo, acosado por el hambre, la fatiga y las tormentas, rinda este cuerpo, una prisión demasiado tenaz para un alma que suspira por la libertad, a los elementos destructivos del aire y el agua. O, si sobrevivo, mi nombre será recordado como uno de los más famosos entre los hijos de los hombres. Y una vez terminada mi tarea, deberé adoptar medios más drásticos. Esparciendo y aniquilando los átomos que componen mi ser, dejaré en libertad la vida

que hay aprisionada en él, tan cruelmente impedida de remontarse por encima de esta sombría tierra, a una esfera más compatible con su esencia inmortal.

Descenso al interior del Maelström

por Edgar Allan Poe

Edgar Allan Poe (1809-1849) fue el escritor fundamental del género en el siglo XIX.

Popularizó historias de ciencia ficción y terror psicológico en Inglaterra, América y Francia. Inventó las historias de deducción e influenció a Arthur Conan Doyle, Jules Verne y Guy de Maupassant. Irónicamente, sin embargo, su vida estuvo llena de pobreza, fracaso y tragedia. Poco antes del nacimiento de Poe en Boston, su padre huyó: tres años después, su madre murió de consunción en Richmond, Virginia. Afortunadamente, la señora de John Allan, un comerciante sin hijos, se sintió atraída por el niño y lo acogió en su casa. Poe era listo y afectuoso, de modo que al principio trajo una gran alegría a su nueva familia. Pero no mostró ningún interés por el negocio de John Allan, y el señor Allan desaprobó enérgicamente las inclinaciones literarias del joven. Finalmente, Poe fue enviado a la Universidad de Virginia, donde intentó aumentar sus insuficientes fondos con el juego y lo perdió todo. Caído en desgracia, realizó dos intentos abortados de seguir una carrera militar, y entonces decidió ganarse la vida escribiendo. Participó en el concurso de relatos del *Saturday Visitor* de Baltimore de 1833, ganando el primer premio con *Ms. Found in a Bottle*. Este éxito le llevó a dirigir el *Southern Literary Messenger*. Poe incrementó enormemente la circulación de éste y otros periódicos sucesivos en los que trabajó, pero era invariablemente despedido a causa de sus tenaces puntos de vista, su arrogancia y su inclinación hacia la autodestrucción a través del alcohol y las drogas.

Tras casarse con su prima se trasladó a Nueva York, donde vivió varios años en una abyecta pobreza. Vio cómo su joven esposa se marchitaba ante sus ojos, y a menudo comían tan sólo gracias a las limosnas de su madre política. Grandes obras suyas tales como *The Raven*, *The Purloined Letter* y *Annabel Lee* le dieron poco dinero, fueron impresas a cambio de unos pocos ejemplares o fueron rechazadas. Y la moderada fama que consiguió no supo manejarla bien.

Considerando su corta vida y sus muchas dificultades personales y financieras, Poe fue sin embargo enormemente prolífico, habiendo escrito una novela corta de ciencia ficción, *The Narrative of Arthur Gordon Pym of Nantuckett* (1837), y los suficientes relatos cortos y poemas como para llenar varios volúmenes. Sus historias están normalmente escritas en un tono apasionado, a menudo alucinante por naturaleza propia, y llenas de obsesivas fobias.

Sin embargo, es también capaz de escribir de una forma casi documental, como en *The Great Balloon Hoax*, o en un estilo casi razonado, como en la obra que incluimos aquí, *A Descent into the Maelström*. Este último constituye uno de sus mejores relatos, y puede ser considerado como la primera historia «problema» de

ciencia ficción. Sin embargo, en lo que parece ser algo típico de Poe, Harold Beaver sugiere, en sus minuciosas anotaciones a *The Science Fiction of Edgar Allan Poe* (1876), que la solución es un fraude intencionado.

Finalmente, en 1849, parecía que Poe al fin iba a enderezar su vida. Hizo planes para casarse con el amor de su infancia (ahora una viuda rica), y recibió una oferta sustanciosa para editar algunos poemas. Pero desapareció en una borrachera, fue encontrado días más tarde en una cuneta en Baltimore y murió poco después.

Los caminos de Dios en la Naturaleza, así como en la Providencia, no son como los nuestros, y los modelos que diseñamos no son en modo alguno equiparables a la amplitud, la profundidad y la inescrutabilidad de sus obras, que llevan en sí una sima más honda que el pozo de Demócrito.

JOSEPH GLANVILLE

Habíamos alcanzado ya la cumbre del peñasco más alto. Por espacio de algunos minutos el viejo pareció sentirse demasiado agotado para hablar.

—No hace mucho tiempo —dijo al cabo de un largo rato— le hubiera guiado a usted por este sendero con tanta facilidad como el más joven de mis hijos; pero hace unos tres años me ocurrió algo como no había sucedido antes a mortal alguno, o al menos nadie ha sobrevivido para contarlo, y las seis horas de pánico mortal que pasé en dicha ocasión han destrozado mi cuerpo y mi alma. Le parecerá que soy muy viejo, pero no es así. Un solo día bastó para que mi cabello, de un negro azabache, se tornara blanco, para debilitar mis miembros y alterar mis nervios hasta tal punto que cualquier esfuerzo me deja tembloroso y me asusta una sombra. ¿Sabe usted que apenas puedo mirar desde este pequeño risco sin sentir vértigo?

El «pequeño risco» al borde del cual se había tendido con tanta negligencia para descansar, de manera que la parte más pesada de su cuerpo sobresalía, y sólo le preservaba de una caída el punto de apoyo que tenía su codo sobre la escurridiza arista final, aquel «pequeño risco», una mole de roca negra y brillante, se elevaba abruptamente unos ciento cincuenta o doscientos metros por encima de un montón de peñascos. Por nada del mundo hubiese querido yo arriesgarme a una docena de

metros de aquel borde. En realidad, estaba tan excitado por la peligrosa situación de mi compañero que me dejé caer cuan largo soy sobre el suelo, agarrándome a unos arbustos, sin atreverme siquiera a levantar los ojos al cielo, mientras luchaba en vano por librarme de la obsesión de que la furia del viento hacía peligrar la base misma de la montaña. Necesité largo tiempo para poder razonar y encontrar el suficiente valor para mirar hacia la lejanía.

—Debe usted desechar esas fantasías —dijo mi guía—. Si le he traído aquí es para que vea lo mejor posible la escena del suceso que antes mencioné y para contarle la historia entera teniendo el auténtico paraje bajo sus ojos.

—Nos hallamos ahora sobre la costa misma de Noruega —prosiguió con aquella minuciosidad que le caracterizaba—, a sesenta y ocho grados de latitud, en la gran provincia de Nordland y en el triste distrito de Lofoden. La montaña sobre la cual nos hallamos es Helseggen, la Nubosa. Ahora, levántese usted un poco, así, y mire más allá de esa faja de vapores que hay debajo de nosotros, en el mar.

Miré con vértigo, y vi una inmensa extensión de océano, cuyas aguas color tinta me recordaron la descripción que el geógrafo nubio hace del *Mare tenebrarum*. La imaginación humana no puede concebir un panorama más deplorablemente desolado. A derecha e izquierda, hasta donde podía alcanzar la mirada, se extendían, como las murallas del mundo, las líneas de un horrible acantilado negro en forma de escollera saliente, cuyo carácter lúgubre venía reforzado por la resaca que llegaba hasta su cresta blanca y lívida aullando y rugiendo siempre. Enfrente mismo del promontorio sobre el cual estábamos situados, y a unas cinco o seis millas mar adentro, veíase una isla pequeña que parecía desierta o, mejor dicho, se percibía su posición a través del impetuoso oleaje que la envolvía. A unas dos millas de la costa se alzaba otro islote de lo más pedregoso y yermo, rodeado de grupos interrumpidos de rocas negras.

El aspecto del océano, en el espacio comprendido entre la orilla y la isla más distante, tenía algo extraordinario de veras. En aquel mismo momento soplabá del lado de tierra un ventarrón tan fuerte que un bergantín, en alta mar, estaba al paio con la vela mayor doblemente arrizada, y su casco se sumergía por completo una y otra vez hasta desaparecer de la vista, aunque no había nada a su alrededor que se pareciese a una marejada regular, sino tan sólo, y a despecho del viento, un chapoteo de agua, corto, rápido y agitado. Veíase poca espuma excepto en la proximidad inmediata de las rocas.

—A la isla que ve usted allá lejos la llaman los noruegos Vurrgh —prosiguió el viejo—. La que está a mitad de camino es Moskoe. La que se halla a una milla al norte es Ambaaren. Allí están Islesen, Hotholm, Keildheim, Suarven y Buckholm. Más lejos, entre Moskoe y Vurrgh, están Otterholm, Flimen, Sandflesen y Estocolmo. Esos son los nombres de dichos lugares; pero no puedo comprender por qué he creído necesario nombrárselos todos. ¿Oye usted algo? ¿Ve algún cambio en el agua?

Estábamos desde hacía unos diez minutos en lo alto del Helseggen, adonde habíamos subido desde el interior; de modo que no habíamos podido contemplar el mar hasta que se nos apareció de pronto desde la cumbre. Mientras el viejo hablaba percibí un ruido fuerte que iba aumentando gradualmente, como el mugido de una gran manada de búfalos por una pradera americana; y en el mismo momento vi eso que los marineros llaman mar *picada* transformarse de súbito en una corriente que derivaba hacia el este. Mientras la contemplaba, aquella corriente adquirió una velocidad monstruosa. A cada segundo aumentaban su rapidez, su desordenado ímpetu. En cinco minutos el mar entero, hasta Vurrgh, estuvo azotado por una furia indomable; pero era entre Moskoe y la costa donde predominaba el estruendo. Allí, el vasto lecho de las olas, cosido y surcado por mil corrientes contrarias, estallaba, repentino, en convulsiones frenéticas, ladeando, hirviendo, silbando, girando en gigantescos e innumerables remolinos, y rizándose y precipitándose todo hacia el este con una rapidez que no se manifiesta nunca en el agua, salvo en las cataratas.

En pocos minutos la escena sufrió otro cambio radical. La superficie general se hizo algo más lisa, y los remolinos desaparecieron uno tras otro, mientras surgieron unas prodigiosas fajas de espuma allí donde antes no se veía ninguna. Finalmente, aquellas fajas se extendieron a una gran distancia y, combinándose entre ellas, adoptaron el movimiento giratorio de los remolinos lentos y parecieron formar el germen de otro más vasto. De repente —muy de repente— adquirió éste una clara y definida existencia en un círculo de más de una milla de diámetro. El borde del remolino estaba marcado por una ancha faja de espuma brillante; pero ni una parcela de esta última se deslizaba en la boca del terrible embudo, cuyo interior, hasta donde alcanzaba la vista, estaba formado por un muro de agua pulido, brillante, de un negro azabache, inclinado hacia el horizonte en un ángulo de unos cuarenta y cinco grados, girando vertiginoso a influjos de un movimiento oscilante, hirviente, y proyectando por los aires una voz aterradora, mitad chillido, mitad rugido, tal como las poderosas cataratas del Niágara no han elevado nunca hacia el cielo.

La montaña temblaba en su base misma, y se bamboleaba la roca. Me tiré al suelo de bruces y, en un exceso de agitación nerviosa, me agarré a la escasa hierba.

—Esto no puede ser más que el gran remolino llamado Maelström —dije, por último, al viejo.

—En efecto, así lo llaman algunas veces —dijo él—. Los noruegos lo llamamos el Moskoe-ström, por la isla de Moskoe, que está situada a mitad de camino.

Las descripciones corrientes de este remolino no me habían preparado para lo que veía. La de Jonas Ramus, que es quizá más detallada que ninguna, no da la menor idea de la magnificencia y del horror del cuadro, ni de la violenta y perturbadora sensación de *novedad* que confunde al espectador. No sé con seguridad desde qué punto de vista ni a qué hora lo ha contemplado el mencionado escritor; pero no puede

ser en modo alguno ni desde la cumbre del Helseggen, ni durante una borrasca. Hay, empero, algunos pasajes de su descripción que pueden citarse, aunque su efecto resulte sumamente débil comparado con la impresión que produce el espectáculo. Dice Ramus:

«Entre Lofoden y Moskoe la profundidad del agua oscila de las treinta y seis a las cuarenta brazas; pero en el otro lado, hacia Ver (Vurrgh), esa profundidad disminuye hasta el punto de que un navío no podría hallar paso sin correr el riesgo de destrozarse contra las rocas, lo cual puede ocurrir hasta con el tiempo más tranquilo. Cuando sube la marea, la corriente se precipita en el espacio comprendido entre Lofoden y Moskoe con una turbulenta rapidez; el rugido de su impetuoso refluo supera incluso al de las más fuertes y terribles cataratas. Se deja oír el ruido a varias leguas, y son los remolinos u hoyas tan extensos y profundos que si un barco entra en su zona de atracción, es absorbido inevitablemente y arrastrado al fondo, quedando allí hecho pedazos contra las rocas; y cuando la corriente se calma, los restos son arrojados de nuevo a la superficie. Sin embargo, los intervalos de tranquilidad sólo tienen lugar entre el refluo y la pleamar, con tiempo de calma, y no duran más de un cuarto de hora, pasado el cual reaparece su violencia. Cuando la corriente es más tumultuosa y aumenta su furia a causa de una borrasca, es peligroso acercarse a una milla noruega de ella. Barcas, yates y navíos han sido arrastrados a su interior por haberse acercado demasiado. Sucede con frecuencia que algunas ballenas llegan demasiado cerca de la corriente y son dominadas por su violencia, y es imposible describir sus aullidos y bramidos en sus inútiles esfuerzos para libertarse por sí mismas. En cierta ocasión, un oso, al intentar cruzar a nado desde Lofoden a Moskoe, fue atrapado por la corriente y arrastrado al fondo, mientras rugía tan terriblemente que se le oía desde la orilla. Grandes troncos de pinos y de abetos después de haber sido absorbidos por la corriente, reaparecen rotos y desgarrados hasta tal punto que parece como si les hubieran crecido cerdas. Esto demuestra a las claras que el fondo está formado por rocas puntiagudas, entre las cuales han rodado de un lado para otro. Dicha corriente está regulada por el flujo y el refluo del mar, que tiene lugar con regularidad cada seis horas. En el año 1645, en la madrugada del domingo de Sexagésima, se alborotó con tal estruendo e impetuosidad que se desprendían las piedras de las casas próximas a la costa».

Por lo que concierne a la profundidad del agua, no comprendo cómo se ha podido comprobar en la proximidad inmediata del remolino. Las «cuarenta brazas» deben de referirse sólo a las partes del estrecho que se hallan cercanas a la orilla, ya sea de Moskoe o de Lofoden. La profundidad en el centro del Moskoe-ström debe de ser inconmensurablemente mayor, y la mejor prueba de ello consiste en echar un vistazo de soslayo hacia el abismo del remolino cuando se halla uno sobre la elevada cima del Helseggen. Mirando desde lo alto de este pico hacia abajo, al mugiente

Flegetonte, no podía dejar de sonreír ante la sencillez con que el honrado Jonas Ramus relataba, como una cosa difícil de creer, las anécdotas de las ballenas y de los osos, pues me parecía en realidad algo evidente que el mayor barco de línea existente, al llegar a la zona de atracción mortal, debía de resistir allí tan poco como una pluma ante un huracán, siendo engullido con gran rapidez por el remolino.

Las explicaciones que se habían dado del fenómeno —algunas de las cuales recuerdo que me parecían bastante plausibles al leerlas con atención— presentaban ahora un aspecto muy distinto y nada satisfactorio. La idea generalmente admitida es que, como los tres pequeños remolinos de las islas Feroe, éste «no tiene otra causa que el choque de las olas alzándose y volviendo a caer, en el flujo y en el reflujo, contra unos escollos y bajíos que confinan las aguas y las lanzan así, como una catarata; y por eso, cuanto más se eleva la marea más profunda es la caída, y el resultado natural de todo ello supone un remolino o vórtice, cuya prodigiosa succión es lo bastante conocida por experimentos menores». Éstas son las palabras de la *Enciclopedia Británica*. Kircher y otros imaginan que en el centro del canal del Maelström hay un abismo que atraviesa el globo y desemboca en alguna región muy distante: el golfo de Botnia ha sido designado alguna vez de un modo categórico. Esta opinión, poco razonable en sí misma, era la que admitía con más facilidad mi imaginación mientras yo contemplaba aquello; y al indicársela al guía, me sorprendió no poco oírle decir que, aun cuando fuese aquella la idea generalmente admitida por los noruegos a este respecto, no era la suya. En cuanto a la primera opinión, se confesó incapaz de comprenderla pues, por concluirme que sea sobre el papel, se hace de todo punto ininteligible y hasta absurda en medio del trueno del abismo.

—Ahora que ha visto usted bien el remolino —dijo el viejo—, y si quiere que nos deslicemos detrás de esa peña, a sotavento, amortiguando así el rugir del agua, le contaré una historia que le convencerá de que conozco algo del Moskoe-ström.

Me coloqué como él deseaba, y comenzó:

—Mis hermanos y yo poseíamos en otro tiempo un queche aparejado como una goleta, de unas setenta toneladas, con el cual solíamos pescar entre las islas más allá de Moskoe, cerca de Vurrgh. En todos los violentos remolinos de ese mar hay buena pesca, si se aprovechan las oportunidades y se tiene el valor de intentarlo; pero, de entre todas las gentes de la costa de Lofoden, únicamente nosotros tres hacíamos de modo regular la travesía a las islas. Los lugares de pesca habituales se hallan mucho más lejos hacia el sur. Allí se pesca a todas horas sin mucho peligro y, por tanto, son preferidos esos lugares. Pero los sitios escogidos aquí, entre las rocas, dan no ya el pescado de más fina calidad, sino en mucha mayor abundancia, hasta el punto de que a menudo cogíamos nosotros en un solo día lo que los menos atrevidos no hubieran podido coger juntos en una semana. En suma, convertíamos aquello en una especulación desesperada; el riesgo de la vida hacía las veces del trabajo, y el

denuedo equivalía al capital.

»Resguardábamos el queche en una caleta a unas cinco millas en la costa por encima de ésta, y era nuestra costumbre, con buen tiempo, aprovechar la tregua de cinco minutos para avanzar por el canal principal del Moskoe-ström, muy lejos de la hoya, echando luego el ancla en algún sitio cerca de Otterholm o de Sandflesen, donde los remolinos no son tan violentos como en otras partes. Allí solíamos permanecer hasta levar anclas y volver a casa, en esa hora en que el agua se calmaba. No nos aventurábamos nunca en esa expedición sin un viento constante para la ida y el regreso, un viento del que estuviésemos seguros para nuestro retorno, y rara vez nos equivocamos sobre ese punto. Dos veces en seis años nos vimos obligados a pasar toda la noche anclados a causa de una calma chicha, cosa rara allí, y en otra ocasión permanecimos en tierra cerca de una semana, muertos de hambre, a causa de un ventarrón que empezó a soplar poco después de nuestra llegada, haciendo el canal demasiado borrascoso para atravesarlo. En esa ocasión hubiéramos sido arrastrados mar adentro a pesar de todo (pues los remolinos nos hacían dar vueltas y vueltas con tal violencia que al final se nos enredó el ancla y la fuimos rastreando), si no nos hubiera impelido una de esas innumerables corrientes que se forman hoy aquí y mañana allá, y que nos llevó a sotavento de Flimen, adonde, por fortuna, pudimos arribar.

»No le contaré ni la vigésima parte de las dificultades con que tropezamos en las pesquerías, es ése un mal paraje hasta con buen tiempo; pero encontramos siempre la manera de desafiar al propio Moskoe-ström sin accidentes, aunque a ratos se me subía el corazón a la boca cuando nos retrasábamos o adelantábamos un minuto a la calma. Algunas veces el viento no era tan fuerte como creíamos al partir, y entonces avanzábamos menos de prisa de lo que hubiéramos deseado, mientras la corriente hacía el queche ingobernable. Mi hermano mayor tenía un hijo de dieciocho años, y yo, por mi parte, dos mocetones. Nos hubieran prestado una gran ayuda en tales casos, lo mismo cogiendo los remos que pescando atrás; mas aunque corriésemos peligro nosotros, no teníamos valor para dejar que se arriesgasen aquellos jóvenes, pues la verdad es que había un peligro terrible.

»Dentro de unos días hará tres años que ocurrió lo que voy a contarle. Era el 10 de julio de 18..., un día que la gente de esta parte del mundo no olvidará jamás, pues sopló el más terrible huracán que ha venido nunca de los cielos. Y sin embargo, durante toda la mañana y hasta muy avanzada la tarde tuvimos una fina y suave brisa del sudoeste, y el sol lució espléndidamente de tal modo que el más viejo de los marineros no hubiese podido prever lo que iba a ocurrir.

»Habíamos atravesado los tres, mis dos hermanos y yo, por entre las islas a las dos de la tarde, poco más o menos, y cargamos pronto el queche con soberbio pescado, el cual, como muy bien habíamos observado, era más abundante que nunca

hasta entonces. Eran las siete en punto en mi reloj cuando levamos el ancla y partimos hacia nuestra casa, para pasar lo peor del Ström con el agua en calma, lo cual sabíamos que sucedería a las ocho.

»Salimos con una brisa fresca a estribor y durante algún tiempo navegamos veloces sin pensar en el peligro, pues realmente no veíamos el menor motivo de preocupación. De repente nos sorprendió una brisa que venía del Helseggen. Aquello era muy desusado, algo que no nos había sucedido nunca antes, y yo empezaba a sentir una leve inquietud, sin saber muy bien por qué. Dejamos ir al barco con el viento; pero no pudimos hender los remolinos, y estaba ya a punto de proponer que volviéramos al lugar del anclaje cuando, al mirar atrás, vimos todo el horizonte cubierto por una nube singular de un tono cobrizo, que ascendía con la velocidad más pasmosa.

»Al mismo tiempo la brisa que nos había cogido de proa cesó y, sorprendidos entonces por una calma chicha, nos arrastraba en todas direcciones. Sin embargo, semejante estado de cosas no duró lo suficiente para darnos tiempo a pensar en ello. En menos de un minuto la borrasca estuvo sobre nosotros; en menos de dos el cielo se puso completamente encapotado, y se volvió de repente tan oscuro que, con la espuma pulverizada que nos saltaba a los ojos, no podíamos vernos unos a otros en el queche.

»Intentar describir semejante huracán sería una locura. El más viejo marinero de Noruega no ha pasado nunca una cosa parecida. Habíamos arriado nuestras velas antes de que el ventarrón nos cogiese; pero desde la primera ráfaga nuestros dos palos se vinieron abajo como si hubiesen sido aserrados por su base; el mayor se llevó a mi hermano pequeño, que se había asido a él para salvarse.

»Nuestro barco era el más ligero juguete que hubiese nunca flotado sobre el agua. Tenía un puente casi a nivel, con una única pequeña escotilla a proa, que acostumbábamos siempre a cerrar sólidamente al cruzar el Ström, a modo de precaución contra la mar picada. Pero en aquella ocasión nos hubiéramos hundido en seguida, pues durante unos instantes estuvimos sepultados bajo el agua por completo. No podría decir cómo escapó mi hermano mayor de la muerte, ni he tenido nunca oportunidad de explicármelo. Por mi parte, tan pronto como hube soltado el trinquete me tiré de bruces sobre cubierta, con los pies contra la estrecha borda de proa y las manos agarradas a un cáncamo o armella, junto a la base del palo de trinquete. El simple instinto me impulsó a obrar así; era sin duda lo mejor que podía hacer, pues estaba demasiado aturdido para pensar.

»Durante unos momentos nos encontramos materialmente inundados, como le digo, y en todo ese tiempo contuve la respiración y me aferré a la armella. Cuando no pude ya permanecer más tiempo así me levanté sobre las rodillas, sin soltar las manos, y alcé del todo la cabeza. Luego nuestro barquito dio una sacudida,

exactamente como un perro al salir del agua, y se elevó por sí mismo, parcialmente fuera del mar. Intenté salir lo mejor que pude del estupor que me invadía y recobrar mis sentidos para ver lo que podía hacer, cuando sentí que alguien me agarraba del brazo. Era mi hermano mayor, y mi corazón brincó de alegría, ya que tenía la certeza de que había caído por la borda, mas un momento después toda mi alegría se convirtió en horror, pues acercando su boca a mi oído gritó: «¡El Moskoe-ström!».

»Nadie sabrá nunca lo que sentí en aquel momento. Me estremecí de la cabeza a los pies como en el más violento acceso de fiebre. Yo sabía muy bien lo que quería darme a entender. ¡Con el viento que nos empujaba ahora, estábamos condenados al remolino del Ström, y nada podía salvarnos!

»Habrán usted comprendido que, al cruzar el canal del Ström, navegábamos siempre lejos, por encima del remolino, hasta con el tiempo de mayor calma, y luego teníamos que esperar y acechar cuidadosamente el repunte de la marea; pero ahora corríamos en derechura hacia la hoya misma, ¡y entre un huracán como aquél! «Con toda seguridad», pensé, «llegaremos a ella justo en el momento de calma, y nos queda por eso una pequeña esperanza». Sin embargo, un minuto después me maldije por haber sido tan loco al soñar con esperanza alguna. Yo sabía muy bien que estábamos condenados, aunque hubiésemos navegado en un barco de noventa cañones.

»En aquel momento la primera furia de la tempestad había cesado, o quizá nosotros no la sentíamos tanto porque corríamos delante de ella; en todo caso, el mar, que el viento había dominado al principio, liso y espumeante, se levantaba ahora en verdaderas montañas. Un cambio singular había tenido lugar también en el cielo. Alrededor, en todas direcciones, seguía siendo negro como la pez; pero casi encima de nosotros se había abierto una grieta circular de cielo claro, tan claro como no lo he visto nunca, de un azul intenso y brillante, y a través de ella resplandecía la luna llena con un brillo como yo no le había conocido nunca. Lo iluminaba todo a nuestro alrededor con la mayor claridad; mas ¡oh, Dios mío, qué escena la que iluminaba!

»Hice entonces uno o dos intentos para hablar a mi hermano; pero el estruendo había aumentado de tal modo, sin que pudiese explicarme cómo, que no conseguí que él oyese una sola palabra, aunque grité con toda la fuerza de mis pulmones en su mismo oído. De pronto sacudió la cabeza, palideciendo mortalmente, y levantó uno de sus dedos, como para indicar: «¡Escucha!».

»Al principio no entendí lo que quería decir; pero pronto un horrible pensamiento relampagueó en mí. Saqué el reloj del bolsillo. No funcionaba. Miré la esfera a la luz de la luna, y luego prorrumpí en llanto y lo tiré lejos al océano. *¡Se había parado a las siete! ¡Habíamos dejado pasar el momento de la calma, y el remolino del Ström estaba en plena furia!*

»Cuando un barco está bien construido, adecuadamente aparejado y no excesivamente cargado, las olas, con un viento fuerte, si se halla en alta mar, parecen

siempre deslizarse por debajo de su quilla, lo cual encuentra extraño el hombre de tierra, y es lo que se denomina *cabalgar*, en términos marinos.

»Bueno, la cosa marchaba bien mientras cabalgábamos hábilmente sobre el oleaje; pero a la sazón un mar gigantesco nos apresaba por detrás, arrastrándonos consigo, hacia arriba, hacia arriba, como para empujarnos al cielo. Nunca hubiese creído que una ola pudiera subir tanto. Y luego descendíamos con una curva, un deslizamiento y una zambullida que me producían náuseas y vértigo, como si cayese en sueños desde lo alto de una enorme montaña. Pero desde la cima de la ola había lanzado un rápido vistazo alrededor, y aquella única ojeada fue suficiente. Vi nuestra posición exacta en un instante. El remolino del Moskoe-ström estaba a un cuarto de milla o cosa así en derechura a proa; mas se parecía tan poco al Moskoe-ström de todos los días como ese remolino que ve usted ahora se parece al que se forma en un molino. De no haber sabido yo dónde estábamos y lo que teníamos que esperar, no hubiera reconocido en absoluto aquel lugar. Tal como era, cerré involuntariamente los ojos con horror. Mis párpados se juntaron como en un espasmo.

»Menos de dos minutos después sentimos de repente calmarse el oleaje, y la espuma nos envolvió. El barco dio una brusca semivirada a babor y partió en esa nueva dirección como un rayo. En el mismo momento el rugido del agua quedó completamente sofocado por una especie de grito agudo, un ruido que puede usted imaginar representándose las válvulas de escape de mil buques lanzando su vapor a la vez. Estábamos ahora en la faja agitada que circunda siempre el remolino, y yo creía, por supuesto, que en un instante íbamos a hundirnos en el abismo, cuyo fondo no podíamos ver más que de un modo confuso a causa de la pasmosa velocidad con que éramos arrastrados. El barco no parecía sumergirse en el agua ni por asomo, sino rozarla como una burbuja de aire sobre la superficie de la ola. Teníamos el remolino a estribor, y a babor se levantaba el vasto océano que acabábamos de dejar. Se elevaba como un enorme muro entre nosotros y el horizonte.

»Puede parecer extraño pero entonces, al encontrarnos en las verdaderas fauces de la sima, me sentí más sosegado que cuando no hacía más que acercarme a ella. Habiendo desechado toda esperanza, me sentí liberado de gran parte de aquel terror que se adueñó de mí al principio. Supongo que era la desesperación lo que ponía en tensión mis nervios.

»Tomará usted acaso esto por una jactancia, pero lo que le digo es la verdad: empecé a pensar qué cosa tan magnífica era morir de aquella manera, y cuan necio tomar en consideración mi propia vida ante una manifestación tan maravillosa del poder de Dios. Creo que enrojecí de vergüenza cuando cruzó esa idea por mi mente. Poco después me sentí poseído de la más ardiente curiosidad relacionada con el remolino mismo. Sentí en realidad *el deseo* de explorar sus profundidades, aunque tuviese para ello que sacrificarme; mi mayor pena era pensar que no podría nunca

contar a mis antiguos compañeros los misterios que iba a contemplar. Eran sin duda éstas unas singulares fantasías para ocupar la mente de un hombre en semejante estado, y he pensado después con frecuencia que los giros de la barca alrededor de la hoya habían trastornado un poco mi cabeza.

»Hubo otra circunstancia que contribuyó a hacerme recobrar el dominio de mí mismo, y fue el cese del viento, que no podía alcanzarnos en nuestra actual situación pues, como usted mismo puede ver, la faja de espuma queda considerablemente por debajo del nivel general del océano, y este último nos dominaba ahora como la cresta de una alta y negra montaña. Si no se ha encontrado usted nunca en el mar durante un huracán, no podrá hacerse una idea del trastorno mental ocasionado por el viento y la lluvia de espuma conjuntamente. Le ciega a uno, le aturde, le estrangula y le quita toda posibilidad de actuar o de reflexionar. Pero nos sentíamos ahora muy aliviados de aquellas molestias, como esos reos condenados a muerte a quienes conceden en la prisión favores insignificantes que les prohibían mientras su sentencia no era firme.

»Me sería imposible decir cuántas veces dimos la vuelta a la faja. Corrimos alrededor de ella durante una hora tal vez, volando más que flotando y aproximándonos gradualmente al centro del remolino, cada vez más cerca, más cerca de su horrible borde interior. Durante todo este tiempo yo no me solté de la armella. Mi hermano estaba en la parte de atrás aferrado a una pequeña barrica vacía, atada con solidez bajo la bovedilla y que era el único objeto de cubierta que no había sido barrido al embestirnos el huracán. Cuando nos acercábamos al borde del pozo, soltó el barril y quiso asir la argolla que, en la agonía de su terror, se esforzaba por arrancar de mis manos, y que no era lo bastante ancha para proporcionarnos a los dos un asidero seguro. No he experimentado nunca una pena tan profunda como viéndole intentar aquel acto, aunque comprendí que estaba trastornado, que el sumo terror le había convertido en un loco furioso. Con todo, no me preocupé de disputarle el sitio. Yo sabía bien que era lo mismo estar agarrado o no; le dejé la armella y me fui al barril de atrás. No había gran impedimento para hacerlo, pues el queche se deslizaba con bastante facilidad, aplomado sobre su quilla, impulsado tan sólo de un lado para otro por las inmensas olas y el hervor del remolino. Apenas me había asegurado en mi nueva posición, cuando dimos un bandazo a estribor y nos precipitamos de cabeza en el abismo. Murmuré una rápida plegaria al Señor y pensé que todo había terminado.

»Cuando sentía la nauseabunda succión del descenso, me agarré instintivamente al barril y cerré los ojos. Durante unos segundos no me atreví a abrirlos, mientras esperaba una destrucción instantánea de mi ser, asombrado de no estar ya luchando a muerte con el agua. Pero pasaban los minutos. Vivía aún. La sensación de caída había cesado, y el movimiento del barco se parecía mucho al que había tenido cuando estábamos apresados por la faja de espuma, con la diferencia de que ahora se

inclinaba más de costado. Reuní todo mi valor y contemplé una vez más aquella escena.

»Nunca olvidaré la sensación de pavor, de espanto y de admiración con que miré fijamente en torno a mí. El barco parecía suspendido, como por arte de magia, a mitad del camino, sobre la superficie interior de un embudo de amplia circunferencia y prodigiosa profundidad, y cuyas paredes perfectamente lisas habrían podido ser tomadas por ébano, de no ser por la pasmosa rapidez con que giraban y la refulgente y lívida claridad que reflejaban bajo los rayos de la luna llena, que fluían en un río de oro glorioso a lo largo de los negros muros y se adentraban en las más profundas reconditeces del abismo.

»Al principio, estaba demasiado aturdido para observar nada con exactitud. La explosión general de aterradora grandeza era todo lo que podía ver. Sin embargo, cuando me repuse un poco, mi mirada se dirigió instintivamente hacia abajo. En aquella dirección podía hundir mi vista sin obstáculos, a causa de la situación de nuestro queche, que estaba suspendido sobre la superficie inclinada de la sima. Corría siempre sobre su quilla, es decir que su puente formaba un plano paralelo al del agua; mas este último se inclinaba en un ángulo de más de cuarenta y cinco grados, de modo que parecíamos sostenemos sobre nuestro costado. No podía dejar de observar, empero, que no me costaba más trabajo sostenerme con las manos y los pies, en aquella situación, que si hubiéramos estado en un plano horizontal, lo cual se debía, supongo, a la velocidad con que girábamos.

»Los rayos de la luna parecían buscar el verdadero fondo del profundo abismo; pero yo no podía percibir nada con claridad, a causa de una espesa bruma que lo envolvía todo, y sobre la cual estaba suspendido un magnífico arco iris, parecido a ese puente estrecho y vacilante que los musulmanes dicen que es el único paso entre el Tiempo y la Eternidad. Aquella bruma o espuma estaba sin duda originada por la colisión de los grandes muros del embudo cuando se encontraban en el fondo; mas en cuanto al aullido que ascendía de aquella bruma hacia los cielos, no intentaré describirlo.

»Nuestro primer deslizamiento dentro del abismo, desde la faja de espuma de arriba, nos había arrastrado a una gran distancia por la pendiente abajo; pero, posteriormente, nuestro descenso fue mucho más pausado. Girábamos y girábamos, no con un movimiento uniforme, sino con sacudidas y vertiginosos vaivenes que a veces nos lanzaban tan sólo a un centenar de metros, y otras nos hacían efectuar el circuito completo del remolino. A cada vuelta nuestro avance hacia abajo era lento, aunque muy perceptible.

»Miré en derredor el vasto desierto de ébano líquido que nos arrastraba y noté que nuestro barco no era el único objeto apresado en el abrazo del remolino. Por encima y por debajo de nosotros se veían restos de navios, gruesos maderos de construcción y

troncos de árboles juntamente con muchos otros objetos más pequeños, tales como piezas de mobiliario, bitácoras rotas, barriles y duelas. He descrito antes la curiosidad innatural que había sustituido a mis terrores primitivos. Me pareció que aumentaba a medida que me acercaba más y más a mi espantoso destino. Empecé entonces a espiar, con un extraño interés, las innúmeras cosas que flotaban en nuestra compañía. Debía de estar delirando, pues hallaba diversión en calcular las velocidades relativas de sus diversos descensos hacia el espumeante fondo. «Sin duda, ese abeto será lo primero que sufrirá la aterradora zambullida y desaparecerá», me sorprendí una vez diciendo. Y después me sentí defraudado al ver que los restos de un barco mercante holandés se abismaron antes. Por último, tras haber hecho varias conjeturas de ese tipo equivocándome siempre, ese hecho, el hecho de mi invariable error, me llevó a un orden de reflexiones que hicieron temblar otra vez mis miembros y palpar mi corazón más abrumadoramente.

»No era un nuevo terror el que me afectaba así, sino el resurgir de una *esperanza* más emocionante. Esa esperanza brotaba en parte de la memoria y en parte de la actual observación. Recordé la gran variedad de restos flotantes que sembraban la costa de Lofoden, habiendo sido absorbidos y luego vomitados por el Moskoe-ström. La mayoría de aquellos restos aparecían destrozados de la manera más extraordinaria, tan deshechos y desmenuzados que tenían el aspecto de estar formados todos de picos y astillas; pero recordaba con claridad que había *algunos* que no estaban desfigurados del todo. Sólo podía explicarme aquella diferencia suponiendo que los fragmentos astillados eran los únicos que habían sido *absorbidos por completo*, y que los otros entraron en el remolino en un período bastante avanzado de la marea, o después de entrar en él descendieron, por una u otra razón, con la suficiente lentitud para no llegar al fondo antes de la vuelta del flujo o del reflujó, según los casos. Me parecía entonces posible que los restos hubiesen remontado el embudo, remolineando de nuevo hasta el nivel del océano, sin correr la suerte de los que habían sido arrastrados antes o absorbidos más de prisa.

»Hice también tres importantes observaciones: la primera, que por regla general, cuanto más grandes eran los cuerpos más rápido era su descenso: la segunda, que entre dos masas de igual tamaño, una esférica y la otra de una *forma cualquiera*, la velocidad mayor en el descenso correspondía a la esférica, y la tercera, que entre dos masas de igual volumen, una cilíndrica y otra de una forma cualquiera, la cilíndrica era absorbida más despacio. Desde mi liberación he tenido varias conversaciones sobre este tema con un viejo maestro de escuela, y de él he aprendido a utilizar las palabras *cilindro* y *esfera*. Me explicó, aunque haya olvidado la explicación, que lo que observé fue en realidad la consecuencia natural de las formas de los fragmentos flotantes, demostrándome cómo un cilindro, al girar en un remolino, ofrece más resistencia a la succión y es atraído con mayor dificultad que un cuerpo de un

volumen igual y de una forma cualquiera.

»Había una circunstancia sobrecogedora que daba gran fuerza a esas observaciones y me hacía estar ansioso de comprobarlas, y era que en cada revolución pasábamos ante algo parecido a un barril o bien ante la verga del mástil de un barco, y que muchos de aquellos objetos, flotando a nuestro nivel cuando abrí los ojos por primera vez ante las maravillas del remolino, estaban ahora situados muy por encima de nosotros y parecían haberse movido poco de su posición original.

»No vacilé más tiempo sobre lo que debía hacer. Decidí atarme confiadamente a la barrica a la cual estaba agarrado y lanzarme con ella al agua. Llamé la atención de mi hermano por signos, señalándole los barriles flotantes que pasaban junto a nosotros, e hice todo cuanto estaba en mi mano para que comprendiese lo que iba a intentar. Creí que había entendido mi propósito; pero, tanto si fue así como si no, movió la cabeza con desesperación, negándose a abandonar su sitio junto a la armella. Me era imposible cogerle: el trance no admitía demora, y así, con amarga angustia, le abandoné a su destino; me até yo mismo a la barrica con la amarra que la sujetaba a la bovedilla, y sin más vacilación me arrojé con ella al mar.

»El resultado fue precisamente el que yo esperaba. Puesto que soy yo mismo quien le cuenta a usted esta historia, y según puede ver me salvé, y como conoce usted el modo de salvación que utilicé y puede por tanto prever todo lo que voy a decirle más adelante, quiero llegar pronto a la conclusión de mi relato.

»Habría transcurrido aproximadamente una hora desde que abandoné el queche cuando, tras descender a gran distancia por debajo de mí, el barco dio tres o cuatro vueltas en rápida sucesión y, llevándose a mi amado hermano, se hundió de proa, con gran rapidez y para siempre, en el caos de espuma del fondo. El barril al cual me hallaba atado flotaba casi a mitad de camino entre el fondo del abismo y el sitio desde donde yo me había arrojado por la borda, cuando tuvo lugar un gran cambio en el remolino. La pendiente de los lados del amplio embudo se hizo por momentos menos y menos empinada. Las vueltas del remolino se tornaron gradualmente menos violentas. Poco a poco la espuma y el arco iris desaparecieron, y el fondo de la sima pareció levantarse con lentitud. El cielo era claro, el viento había cesado, y la luna llena se ponía con esplendor al oeste cuando me encontré sobre la superficie del océano, justo a la vista de las costas de Lofoden, encima del lugar donde *había estado* la hoya del Moskoe-ström. Era la hora de la calma, pero el mar se levantaba aún en olas montañosas por los efectos del huracán. Fui arrastrado violentamente al canal del Ström, y en pocos minutos arrojado hacia la costa. Un barco me recogió extenuado de fatiga, y entonces que había pasado el peligro, no pude articular palabra a causa del recuerdo de aquel horror. Los que me subieron a bordo eran mis viejos compañeros de todos los días, pero no me reconocían, como no hubieran reconocido a un viajero que regresara del mundo de los espíritus. Mi pelo, que el día anterior era

negro como ala de cuervo, se había vuelto tan blanco como lo ve usted ahora. Dijeron también que toda la expresión de mi cara había cambiado. Les conté mi historia, y no me creyeron. Se la cuento ahora a usted, y apenas me atrevo a confiar en que le preste más fe que los alegres pescadores de Lofoden».

La hija de Rappaccini

por Nathaniel Hawthorne

Nathaniel Hawthorne (1804-1864), uno de los más célebres escritores norteamericanos del siglo pasado, es autor de un gran número de relatos breves de fantasía y ciencia ficción, muchos de los cuales pueden encontrarse en *Twice-Told Tales* (1837) y *Mosses from an Old Manse* (1846). Gran parte de su obra posee un alto sentido alegórico y constituye una advertencia contra el orgullo, particularmente el orgullo intelectual, que hace que una persona permanezca sola, mostrando a lo sumo un interés meramente especulativo o científico por los demás.

Nacido en Salem, Massachusetts, Hawthorne procedía de una larga estirpe de puritanos.

Su padre murió cuando Nathaniel tenía cuatro años, de modo que el muchacho pasó la mayor parte de su infancia con la familia de su madre. A la edad de nueve años se hirió gravemente en un pie y, durante su recuperación, que duró tres años, desarrolló una ávida costumbre de leer. Luego, en 1818, su madre se trasladó al Maine, y allí Nathaniel adquirió la costumbre de dar largos paseos por los bosques, lo que más tarde describió como el origen de su inclinación a la soledad, que duró toda su vida. En 1819 su madre regresó a Salem, y poco después él fue enviado al Bowdoin College, donde estudió literatura e hizo muchos amigos influyentes.

Tres años después de su graduación, Hawthorne publicó una engreída novela, *Fanshawe* (1828), que empezó a detestar casi inmediatamente. Descubrió que los editores norteamericanos, pese a las leyes existentes sobre la propiedad intelectual, no estaban dispuestos a correr riesgos con él cuando podían limitarse a reeditar a famosos escritores británicos. De modo que durante los siguientes once años vivió en la casa de su madre y se concentró en escribir relatos cortos. La recopilación anual de cuentos de Goodrich, *The Token*, publicó docenas de sus historias, pero lo hizo anónimamente, a fin de que varias de sus obras pudieran aparecer en el mismo volumen. Y no fue hasta que un viejo amigo del Bowdoin College, Horatio Bridge, pagó a Goodrich doscientos cincuenta dólares para que editara una colección de las historias de Hawthorne, *Twice-Told Tales* (1837), que el nombre del autor apareció en ellas.

En 1839, Hawthorne empezó a pensar en el matrimonio. Aceptó un cargo político como medidor de carbón y sal en la aduana de Boston, renunciando dos años más tarde, cuando su amada se trasladó a Brook Farm. Tras casarse en 1842, obtuvo otro cargo político, pero fue cesado cuando el que le apoyaba perdió las siguientes elecciones. Entonces murió su madre, y la impresión que le produjo su pérdida, unida a las dificultades de mantener a su familia escribiendo, le condujeron a una depresión

nerviosa.

Afortunadamente, el editor de Boston James T. Fields acudió a visitar a Hawthorne, señaló a un enorme arcón y preguntó qué manuscrito había allí. Era el primer borrador incompleto de *The Scarlet Letter*, una novela cuya aparición en 1850 dio a Hawthorne gran fama. *The House of the Seven Gables*, que la siguió en 1851, fue un éxito aún mayor.

En 1852, su viejo compañero de colegio Franklin Pierce fue elegido presidente, y Hawthorne obtuvo el cargo de cónsul en Liverpool, Inglaterra. Sus cinco años de servicio, combinados con los derechos de sus obras literarias, le proporcionaron finalmente una seguridad financiera. Y tras dos años de estancia en Italia, regresó a casa en 1860, donde siguió escribiendo hasta su muerte, cuatro años más tarde.

Hace mucho tiempo, un joven llamado Giovanni Guasconti acudió desde el sur de Italia a proseguir sus estudios en la Universidad de Padua. Giovanni, cuyo patrimonio consistía en unos cuantos ducados de oro, se hospedó en un humilde aposento sito en el piso alto de un viejo edificio, digno de haber sido el palacio de un noble paduano y que de hecho todavía exhibía sobre su puerta de entrada el blasón de una familia extinguida mucho tiempo atrás. El forastero, que conocía las grandes obras literarias de su país, recordó que uno de los antepasados de aquella familia figuraba entre los participantes de los eternos tormentos del Infierno imaginado por Dante. Tales recuerdos y asociaciones, unidos a la melancolía natural en un joven que se aleja por primera vez de su mundo habitual, hicieron que Giovanni se deprimiera al recorrer con la vista su ruinoso y mal amueblado alcoba.

—¡Cielo Santo, señor! —exclamó la anciana señora Lisabetta, quien, atraída por la llamativa belleza personal del joven, trataba amablemente de dar a la cámara un aire acogedor—. ¿Qué aspecto tiene esto para descorazonar a un joven? ¿Le parece oscura esta antigua mansión? Por amor de Dios, asómese a la ventana y verá un sol tan espléndido como el que dejó en Nápoles.

Guasconti hizo mecánicamente lo que la anciana le aconsejaba, pero no estuvo de acuerdo con ella en que el sol de Padua fuera tan encantador como el del sur de Italia. Tal como era, sin embargo, brillaba sobre el jardín situado debajo de la ventana y prodigaba su influjo vivificante sobre una colección de plantas que parecían haber sido cultivadas con excesivos cuidados.

—¿Pertenece a la casa este jardín? —preguntó Giovanni.

—Dios nos perdone, señor, si no hubiese tenido flores mejores de las que ahora crecen en él —respondió la señora Lisabetta—. No, este jardín es cultivado por las propias manos del señor Giacomo Rappaccini, el famoso doctor cuya fama, se lo aseguro, ha llegado hasta Nápoles. Se dice que destila de ellas medicinas tan activas

como un hechizo. Podrá ver muchas veces al doctor en su trabajo y quizá también a la señorita, su hija, recogiendo las extrañas flores que crecen en el jardín.

La anciana señora hacía todo lo posible para mejorar el aspecto de la habitación y, encomendando al joven a la protección de los santos, se retiró a su aposento.

Giovanni no encontró mejor entretenimiento que quedarse contemplando el jardín. Era uno de aquellos jardines botánicos que fueron creados en Padua antes que en ningún otro lugar de Italia y aun del mundo. Era probable que hubiese sido el retiro apacible de una familia opulenta, pues conservaba en el centro una fuente de mármol ruinoso, esculpida con excelente arte pero tan deteriorada ya que era imposible trazar el diseño original utilizando el caos de fragmentos que quedaban. El agua, sin embargo, seguía brotando en surtidor y desgranándose en brillantes perlas.

Su tenue murmullo llegaba hasta la ventana del joven y le hizo imaginar que la fuente era un espíritu inmortal que cantaba incesantemente su canción sin preocuparse de lo que sucediese alrededor, mientras un siglo se encarnaba en mármol y otro esparcía la hermosura perdurable por el suelo. En el hoyo donde caía el agua crecían varias plantas que parecían necesitar mucha humedad para nutrir sus gigantescas hojas y magníficas flores. Había, sobre todo, una mata en un jarrón de mármol en medio del charco de la fuente con gran profusión de flores purpúreas, cada una de las cuales ostentaba el brillo y la riqueza de una gema. Y todo reunido formaba una visión tan resplandeciente que bastaba para iluminar el resto del jardín, aunque no hubiese sol. Todo el suelo estaba poblado de plantas y hierbas que, aunque menos bellas, disfrutaban también de asiduos cuidados, como si tuviesen virtudes especiales, conocidas por la mente científica que las protegía. Algunas estaban colocadas en jarrones enriquecidos con relieves antiguos y otras descansaban en vulgares macetas de jardín. Unas reptaban por la tierra como culebras o trepaban a lo alto utilizando para su ascenso todo lo que se interponía. Una enredadera se había enroscado en torno a una estatua de Vertumno, cubriéndola con un ropaje de hojas tan lleno de armonía y gracia que podría servir de modelo a un escultor.

Mientras Giovanni estaba acodado en la ventana, oyó un crujido detrás de una cortina de follaje y comprendió que una persona trabajaba en el jardín. Su figura pronto se hizo visible y por sus características no se trataba de un vulgar trabajador: alto, delgado, cetrino y con aspecto enfermizo, vestido de negro a la usanza escolar. Había pasado ya de los 50 años; con cabellos grises, usaba una barbita fina y su cara parecía la de una persona culta, inteligente y estudiosa, pero carente de sentimientos.

Nadie podría superar la atención con que este científico jardinero estudiaba las plantas que hallaba en su camino; parecía como si estuviese examinando su naturaleza íntima, haciendo consideraciones relacionadas con la posibilidad de utilizar su esencia y descubriendo por qué estas hojas nacían en esta forma y aquéllas en la otra, y por qué tales y cuales flores diferían entre sí en forma y perfume. A pesar

de la profunda inteligencia que su porte manifestaba, nunca se aproximaba lo suficiente como para intimar con la vida de aquellos vegetales. Por el contrario, evitaba su contacto o inhalar directamente sus aromas, desplegando unas precauciones que impresionaron desagradablemente a Giovanni; el hombre se comportaba como si anduviera entre seres malignos, tales como bestias salvajes, ponzoñosas serpientes o espíritus demoníacos, con los que el menor descuido podía acarrear consecuencias terribles. El joven estaba asombrado al ver ese aire de inseguridad en una persona que cultiva un jardín, el más simple e inocente de los entretenimientos del hombre, y que había sido igualmente la diversión y la labor de los felices progenitores del género humano.

¿Era pues este jardín el Edén del mundo presente? ¿Y este hombre, que conocía bien lo que cultivaba con sus manos, un Adán moderno?

El receloso jardinero se protegía con un par de gruesos guantes para quitar las hojas secas o podar el crecimiento excesivo de los arbustos. No era ésta, sin embargo, su única protección. Al llegar en su recorrido a la magnífica planta que esparcía sus gemas purpúreas al lado de la fuente de mármol, se colocó una especie de mascarilla tapando boca y nariz como si tanta belleza no hiciera sino disfrazar unas cualidades mortales; más aún, considerando todavía su tarea demasiado peligrosa, retrocedió, se quitó la mascarilla y llamó con la voz propia de una persona que sufre una dolencia interna.

—¡Beatrice! ¡Beatrice!

—Estoy aquí, padre. ¿Qué quieres? —exclamó una voz juvenil y armoniosa desde una ventana de la casa de enfrente, una voz tan exquisita como una puesta de sol tropical y que hizo a Giovanni, aunque no comprendió el porqué, asociarla con matices intensos de púrpura o carmesí y con fuertes y deliciosos perfumes—. ¿Estás en el jardín?

—Sí, Beatrice —contestó el jardinero—, y necesito tu ayuda.

Casi al momento apareció, bajo un artístico pórtico, la figura de una joven vestida con la gracia de la más espléndida de las flores, bella como el día y con una vitalidad tan exuberante que de ser algo mayor parecería exagerada. Anunciaba vida, salud y energía; parecía como si todos esos atributos sólo estuviesen reprimidos por su virginal castidad.

Mientras miraba el jardín, Giovanni suponía que se habría criado enfermiza; pero la impresión que la bella desconocida le produjo era como si se tratase de otra linda flor, hermana de aquellas otras del reino vegetal, más hermosa que la más hermosa de todas, pero a la que había que tocar con guantes y aproximarse a ella con mascarilla. Mientras descendía por el sendero del jardín, se podía ver cómo manipulaba e inhalaba el olor de varias de las plantas que su padre había evitado con más celo.

—Ven aquí, Beatrice —dijo él—, mira cuántos cuidados necesita nuestro mayor

tesoro. Como estoy tan delicado, mi vida correría peligro si me acercase todo lo que las circunstancias requieren. De ahora en adelante me temo que esta planta tendrá que ser vigilada sólo por ti.

—Me alegro de encargarme de ella —exclamó la joven con su armonioso timbre de voz, mientras se dirigía hacia la hermosa planta y abría sus brazos como si fuera a abrazarla—. Sí, hermana mía, mi gloria, será tarea de Beatrice el cuidarte y servirte, y tú, en recompensa, le darás tus besos y tu aliento perfumado, que son para ella fuente de vida.

Entonces, con la misma ternura en sus maneras que había expresado en sus palabras, dedicó tantas atenciones a la planta como ésta parecía necesitar. Giovanni, desde su elevada ventana, se frotó los ojos y dudó si se trataría en realidad de una muchacha cuidando su planta favorita o de una hermana cumpliendo con otra los deberes del afecto. La escena terminó pronto; bien porque el doctor Rappaccini hubiese finalizado sus trabajos en el jardín, bien porque su mirada de observador hubiese advertido al forastero, el hecho es que cogió a su hija del brazo y se retiró. Estaba anocheciendo y por la ventana abierta penetraban emanaciones sofocantes procedentes de las plantas del jardín. Giovanni cerró la ventana antes de irse a dormir. Soñó con una bella flor y una hermosa joven. La flor y la doncella eran distintas y al mismo tiempo la misma. Ambas anunciaban un extraño peligro.

Pero hay algo en la luz de la mañana que tiende a rectificar los errores de fantasía y aun de raciocinio en que incurrimos durante la puesta del sol, entre las sombras de la noche o a la todavía menos saludable luz de la luna. El primer movimiento que ejecutó Giovanni al despertar fue abrir la ventana y mirar al jardín que sus sueños habían hecho tan fecundo en misterios. Se sorprendió y avergonzó un poco al ver qué real aparecía bajo la luz del día.

Los rayos de sol doraban las gotas de rocío que, suspendidas en las hojas y flores, realizaban su belleza y devolvían a aquellas flores extrañas su apariencia ordinaria. El joven se regocijó al considerar que en el mismo centro de la ciudad tenía el privilegio de poder disfrutar de la contemplación de aquel rincón de espléndida y frondosa vegetación. Le serviría, se dijo a sí mismo, para seguir conservando el contacto con la naturaleza. No estaban allí ni el doctor Giacomo Rappaccini ni su hermosa hija, así que Giovanni no pudo determinar cuánto había de realidad y cuánto de fantasía en las singulares cualidades que atribuía a ambos, pero estaba dispuesto a adoptar un punto de vista más racional en todo el asunto.

Durante el día ofreció sus respetos al señor Pietro Baglioni, profesor de medicina de la universidad y médico de eminente reputación, para quien Giovanni traía una carta de presentación. El profesor era un anciano de carácter afable y maneras, casi podríamos decir, joviales. Invitó a almorzar a nuestro héroe y se mostró locuaz y agradable, sobre todo después de animarse con una o dos botellas de vino toscano.

Giovanni creyó que los hombres de ciencia que vivían en una misma ciudad debían de estar en buena armonía y buscó una oportunidad para mencionar el nombre del doctor Rappaccini. Pero el profesor no respondió con la cordialidad que él había imaginado.

—Estaría mal que un maestro del divino arte de la medicina negase el valor a un médico de tanta fama y prestigio como Rappaccini —dijo, en respuesta a la pregunta de Giovanni—; pero estaría peor por mi parte permitir que un joven de mérito como usted, señor Giovanni, hijo de un antiguo amigo, adquiriera ideas erróneas respecto a un hombre que en un futuro podría llegar a tener la vida, y aun la muerte, de usted en sus manos. La verdad es que nuestro respetable doctor Rappaccini tiene más ciencia que ningún otro miembro de la facultad, con quizás una única excepción, en Padua y en Italia; pero hay que hacer ciertas objeciones graves a su carácter profesional.

—¿Y cuáles son? —inquirió el joven.

—Amigo Giovanni, ¿está usted enfermo del cuerpo o del corazón para preocuparse tanto de los médicos? —preguntó el profesor con una sonrisa—. Se dice de Rappaccini, y yo que lo conozco bien puedo asegurarle, que le preocupa mucho más la ciencia que la humanidad. Sus parientes le interesan sólo como material para nuevos experimentos. Sacrificaría una vida humana, la suya propia o la del ser más querido para él, con tal de poder añadir un solo grano de mostaza al gran cúmulo de sus conocimientos.

—Me imagino que será un hombre terrible —respondió Guasconti, recordando el aspecto de intelectual puro y frío de Rappaccini—. Y, sin embargo, querido profesor, ¿no es un espíritu noble? ¿Hay muchos hombres capaces de un amor tan espiritual por la ciencia?

—Dios perdone a los que tengan los mismos puntos de vista acerca del arte de curar que los adoptados por Rappaccini —dijo el profesor, con cierta grosería—. Su teoría es que todas las virtudes curativas se hallan encerradas dentro de aquellas sustancias a las que nosotros denominamos venenos vegetales. Los cultiva con sus propias manos y se dice que ha producido nuevas variedades de venenos más mortales que los de la naturaleza, los cuales aun sin la intervención de este hombre plagarían el mundo. Es innegable, empero, que el señor doctor hace menos daño del que pudiera esperarse con sustancias tan peligrosas. En alguna ocasión, hay que reconocerlo, parece haber hecho curas maravillosas; pero si he de ser sincero, señor Giovanni, no son totalmente dignas de crédito, pues quizá sean producto de la casualidad. Se le juzga, en cambio, responsable de sus fracasos, que son los resultados frecuentes de su trabajo.

El joven escuchó la opinión de Baglioni con cierta indulgencia, porque sabía que existía una antigua rivalidad entre él y el doctor Rappaccini, y se consideraba al último como el ganador de la partida. Si el lector quiere juzgar por sí mismo, le

aconsejamos ciertos opúsculos en letra gótica que sobre ambas partes se conservan en las oficinas de la Universidad de Padua.

—No sé, querido profesor —volvió a decir Giovanni, después de meditar lo que había oído acerca del celo exagerado de Rappaccini por la ciencia—, cuánto puede amar su arte ese médico, pero seguramente hay algo más querido para él: tiene una hija.

—¡Ah! —exclamó el profesor, riendo—. Ya sé el secreto de nuestro amigo Giovanni: ha oído usted hablar de su hija, de quien están enamorados todos los jóvenes de Padua, aunque ni media docena han tenido la suerte de ver su cara. Sé poco de doña Beatrice, salvo que, según dicen, Rappaccini la ha instruido mucho en sus conocimientos y que, joven y bella como es, está ya considerada como apta para ocupar un sillón de catedrático. ¡Quizá su padre la destine para el mío! Otros rumores que corren no merecen ser citados ni oídos. Así que, ahora, bébase su vaso.

Guasconti volvió a su alojamiento algo mareado por el vino que había bebido e imaginando extrañas fantasías referentes al doctor Rappaccini y a su bella hija Beatrice. Al pasar por una tienda de flores entró y compró un ramo recién cortado. Subió a su habitación y se sentó cerca de la ventana, en la sombra, de forma que podía ver el jardín sin riesgo de ser descubierto. No veía a nadie. Las plantas desconocidas estaban iluminadas por el sol y de vez en cuando inclinaban sus cabezas con gentileza saludándose unas a otras como si hubiese entre ellas relaciones de simpatía y parentesco.

En medio, sobre la fuente ruinosa, crecía la planta magnífica, cubierta de gemas purpúreas que brillaban en el aire y se reflejaban en el agua del estanque. Las aguas parecían pobladas con los colores radiantes que se reproducían en ellas. Pronto, como Giovanni había esperado y al mismo tiempo temido, una figura hizo su aparición bajo el antiguo y artístico pórtico. Se fue acercando entre las filas de plantas, y aspiraba sus variados perfumes como si se tratara de uno de aquellos seres de los que cuentan las viejas fábulas clásicas que se alimentaban de dulces olores. Viendo de nuevo a Beatrice, el joven se maravilló de que su belleza excediese aún al recuerdo que tenía de ella; era tan brillante e intensa que resplandecía al sol y, como Giovanni se dijo a sí mismo, iluminaba los rincones más sombríos del camino del jardín. Como tenía la cara más visible que la primera vez que la contempló, llamó la atención del joven su expresión de sencillez y dulzura, cualidades que él no había imaginado que pudiera poseer y que le hicieron preguntarse cómo sería su carácter. De nuevo le pareció hallar ciertas semejanzas entre la hermosa joven y el espléndido arbusto que lucía flores semejantes a gemas purpúreas, analogía que Beatrice acentuaba con la forma de sus trajes y los colores que escogía.

Cerca de la planta abrió sus brazos, como poseída de un ardor apasionado, y oprimió sus ramas en un íntimo abrazo, tan íntimo que medio se ocultó en el seno de

las hojas, y los dorados rizos de su pelo se entremezclaron con las flores.

—Dame tu aliento, hermana mía —exclamó Beatrice—, pues me siento débil con el aire común. Y dame tus flores que separaré con delicadeza de tu tallo y colocaré junto a mi corazón.

Con estas palabras la bellísima hija de Rappaccini cortó una de las flores más espléndidas y se dispuso a prenderla en su pecho.

Entonces ocurrió algo singular, si no es que el vino había perturbado los sentidos de Giovanni. Un pequeño reptil color naranja, semejante a un lagarto o a un camaleón, pasaba en aquel momento por el sendero al lado de los pies de Beatrice. A Giovanni le pareció —pues a la distancia que estaba apenas si pudo ver una cosa tan diminuta— que una o dos gotas del jugo del tallo roto de la flor caían sobre la cabeza del lagarto. Durante un par de segundos, el reptil se contorsionó con violencia y luego quedó inmóvil.

Beatrice observó este fenómeno extraordinario y se santiguó tristemente, pero sin sorpresa, y no dudó en prender la flor fatal en su pecho. Allí se hizo más roja y lanzó unos destellos casi tan vivos como los de una piedra preciosa, que daban al vestido de la joven y a su aspecto un encanto extraordinario. Pero Giovanni, saliendo de la sombra de la ventana, se inclinó hacia delante y se retiró de nuevo, tembloroso.

«¿Estoy despierto? ¿Estoy en mi sano juicio? —se dijo a sí mismo—. ¿Qué es lo que pasa? ¿Puede ser bella y, al mismo tiempo, insensible y terrible?».

Beatrice caminó ahora con cuidado por el jardín, y se puso tan cerca de la ventana de Giovanni que éste no tuvo más remedio que asomar la cabeza por fuera de la ventana con objeto de satisfacer la intensa y dolorosa curiosidad que ella le despertaba. En aquel mismo instante divisó por encima de la tapia del jardín un insecto; quizá había estado vagabundeando por la ciudad y no halló flores o verdor hasta que los intensos perfumes de las plantas de Rappaccini le habían tentado. Sin posarse en las flores, pues parecía no sentir otro atractivo que el de Beatrice, se entretuvo en el aire revoloteando en torno a su cabeza.

Ahora los ojos de Giovanni no podían engañarle. El joven vio cómo, mientras Beatrice contemplaba el insecto con infantil alegría, éste se fue debilitando y cayó a sus pies; las brillantes alas temblaron y quedó muerto por una causa que él desconocía. ¿Sería acaso el aliento de la joven? Una vez más Beatrice se santiguó y suspiró al inclinarse sobre el insecto muerto.

Un movimiento impulsivo de Giovanni hizo que ella mirase a la ventana. Contempló la hermosa cabeza del joven, de rasgos bellos y regulares y ensortijado cabello dorado, más propios de un griego que de un italiano, la cual la miraba desde lo alto como si estuviese suspendida en el aire.

Giovanni, dándose apenas cuenta de lo que hacía, le arrojó el ramo de flores que había tenido hasta entonces en su mano.

—Señorita —le dijo—, ahí tiene flores puras y saludables, úselas en obsequio de Giovanni Guasconti.

—Gracias, señor —respondió Beatrice con su armoniosa voz, que sonó como un chorro de música, y con una alegre expresión mitad infantil y mitad de mujer—. Acepto su presente y siento no poder recompensarle con esta preciosa flor purpúrea, porque aunque se la enviara por el aire no le alcanzaría. Así pues, señor Guasconti, tendrá que conformarse con las gracias.

Recogió el ramillete del suelo y entonces, como avergonzada de haber hablado con un extraño en contra de la reserva que debe tener una doncella, se dirigió presurosa hacia la casa atravesando el jardín. Mas a pesar de lo escaso del tiempo, le pareció a Giovanni, cuando ya ella estaba a punto de desaparecer por el pórtico, que su bello ramillete empezaba a marchitarse en sus manos. Era un pensamiento descabellado, no había posibilidad de distinguir unas flores marchitas de otras lozanas a tanta distancia.

Durante varios días después de este incidente, el joven evitó la ventana que daba al jardín del doctor Rappaccini, como si algo frío y monstruoso hubiese apagado su vista.

Tenía la impresión de haberse puesto, en cierto modo, dentro del influjo de un poder ininteligible mediante la relación que había entablado con Beatrice. Si su corazón corría un verdadero peligro, el comportamiento más sabio sería abandonar no ya la casa donde se alojaba, sino incluso Padua. No debía acostumbrarse de ningún modo a la cotidiana vista de Beatrice, y aún mejor sería evitar el verla, ya que su proximidad y la posibilidad de trato con ella harían que la fantasía de Giovanni corriese desenfrenada, dando cuerpo y realidad a los encuentros que su imaginación creaba continuamente.

Guasconti no era un hombre apasionado, pero tenía una gran fantasía y un ardiente temperamento meridional que tendía a cada instante a las mayores agitaciones. No sabía el joven si Beatrice poseía o no aquel aliento mortífero, la afinidad con aquellas flores tan hermosas y al mismo tiempo fatales como él había creído descubrir, pero lo cierto es que le había instilado un veneno sutil y activo en todo su ser. No era amor, aunque su gran belleza le trastornaba; ni horror, a pesar de que suponía que su espíritu estaría impregnado del mismo perfume pernicioso que parecía poseer su organismo. Era una mezcla desordenada de ambos, de amor y horror; uno lo abrasaba y el otro le hacía temblar. Giovanni no sabía qué temer o qué esperar; esperanza y miedo luchaban sin cesar en su pecho, venciendo alternativamente e iniciando de nuevo la lucha. Benditas sean todas las emociones simples, sean buenas o malas. Es la lóbrega mezcla de las dos la que produce los resplandores que alumbran las regiones infernales.

Algunas veces trataba de mitigar la fiebre de su espíritu paseando de prisa por las

calles de Padua o saliendo de sus murallas; sus pasos seguían el ritmo de sus desordenados pensamientos, de modo que el paseo a veces se convertía en una carrera. Un día se sintió apresado por alguien que se había vuelto al reconocer al joven y que necesitó mucho aliento para alcanzarle.

—¡Señor Giovanni! ¡Párese, mi joven amigo! —exclamó—. ¿No me ha reconocido? Sería posible si yo estuviese tan cambiado como usted.

Era Baglioni, a quien Giovanni había evitado desde su primer encuentro por temor a que la sagacidad del profesor pudiese leer sus secretos. Luchando por recobrase, miró extrañado desde su mundo interior y habló como un hombre en sueños.

—Sí, soy Giovanni Guasconti y usted es el profesor Pietro Baglioni. ¡Ahora, déjeme pasar!

—Todavía no, todavía no, señor Giovanni —dijo el profesor sonriendo y al mismo tiempo examinando al joven con una mirada atenta—. ¿Cómo va a pasar por mi lado como un extraño el hijo de aquel con quien me crié? Estése quieto, señor Giovanni; debemos hablar dos palabras antes de separarnos.

—Pronto entonces, querido profesor, pronto —dijo Giovanni con febril impaciencia—. ¿No se da cuenta su señoría de que tengo prisa?

Mientras hablaban vieron venir por la calle a un hombre vestido de negro, encorvado y andando con dificultad como si se tratase de una persona enferma. Su cara tenía un tinte enfermizo y cetrino, pero tan llena de aguda y viva inteligencia que el observador pasaba por alto las condiciones físicas para ver en él tan sólo una energía asombrosa. Cuando pasó cambió un saludo frío y distanciado con Baglioni, pero fijó los ojos con tanta intensidad en Giovanni que dio la impresión de que le había extraído todo lo que tenía dentro que valiera la pena. Sin embargo, había una serenidad peculiar en su mirada, como si el interés que le inspirara el joven fuera meramente especulativo y no humano.

—¡Ese es el doctor Rappaccini! —murmuró el profesor una vez que pasó el desconocido—. ¿Le ha visto a usted anteriormente?

—Que yo sepa, no —contestó Giovanni, sobresaltándose ante el nombre.

—¡Él le ha visto! ¡Tiene que haberle visto! —dijo Baglioni con pasión—. Este hombre de ciencia le está estudiando a usted por algún motivo. ¡Conozco esa manera de mirar! Es la misma frialdad que muestra su cara cuando se inclina sobre un pájaro, un ratón o una mariposa a los que ha matado con el perfume de una flor en el transcurso de un experimento; una mirada tan profunda como la naturaleza misma, pero desprovista de amor. Señor Giovanni, apuesto la vida a que es usted objeto de uno de los experimentos de Rappaccini.

—¿Quiere usted volverme loco? —exclamó Giovanni, con intensa emoción—. Eso, señor profesor, sería un desagradable experimento.

—¡Paciencia! ¡Paciencia! —contestó el imperturbable profesor—. Le digo, mi pobre Giovanni, que Rappaccini encuentra en usted un interés científico. Ha caído en unas manos terribles. ¿Y la señorita Beatrice, qué papel juega en este misterio?

Guasconti, encontrando intolerable la impertinencia de Baglioni, se marchó antes de que el profesor pudiera sujetarlo de nuevo. Éste quedó mirando al joven un rato mientras se alejaba y se encogió de hombros.

«No puedo consentir esto —se dijo—. El muchacho es hijo de un viejo amigo y quién sabe lo que puede acarrearle la arcana ciencia de la medicina. Por otro lado, es inaguantable la impertinencia de Rappaccini, quien me quitó, podemos decir, al muchacho de las manos y lo quiere utilizar en sus infernales experimentos. ¡Su hija! Todo se verá. ¡Quizás, inteligente Rappaccini, frustré yo tu sueño!».

Mientras tanto, Giovanni continuó su tortuoso camino llegando por fin a las puertas de su alojamiento. Al cruzar el umbral se encontró con la vieja Lisabetta, quien sonrió zalamera y dio muestras de querer llamar su atención, en vano sin embargo, pues la ardiente ebullición de sus sentimientos se había trocado de pronto en una fría y desinteresada vacuidad. Volvió sus ojos hacia la arrugada cara que se estaba plegando todavía más en una sonrisa, pero pareció no verla. La anciana entonces lo agarró por la capa.

—¡Señor! ¡Señor! —murmuró, todavía con una sonrisa en los labios que la hacía semejante a una máscara grotesca labrada en madera y oscurecida por los siglos—. ¡Escuche, señor! ¡Hay una entrada secreta al jardín!

—¿Qué es lo que dice? —exclamó Giovanni volviéndose con presteza, como una cosa inanimada que adquiriera de pronto una vida intensa—. ¿Una entrada privada al jardín del doctor Rappaccini?

—¡Silencio! ¡Silencio! ¡No tan alto! —murmuró Lisabetta poniéndole la mano delante de la boca—. Sí, al jardín del respetable doctor; podrá ver sus espléndidas plantas. Muchos jóvenes de Padua darían una moneda de oro por ser admitidos entre esas flores. Giovanni puso una moneda en la mano de la vieja.

—Muéstreme el camino —le dijo.

Una sospecha, nacida probablemente de su conversación con Baglioni, cruzó su pensamiento; quizás esta intervención de la vieja Lisabetta estuviera en relación con la intriga, fuera cual fuese su naturaleza, en la que el profesor suponía que el doctor Rappaccini estaba tratando de envolverle. Mas esta sospecha, aunque preocupó a Giovanni, era insuficiente para detenerle. El instante que había esperado de poder acercarse a Beatrice le impulsaba con demasiada fuerza. No importaba si ella era ángel o demonio; estaba dentro de su esfera de forma irremisible y tenía que obedecer la llamada que le impulsaba a girar en círculos cada vez menores, hacia un fin que no intentaba adivinar. Sin embargo, puede parecer extraño, le sobrevino de pronto la duda de si ese intenso interés de su parte no sería ilusorio; si sería tan profundo y

positivo como para justificar que se metiese en una empresa cuya trascendencia era imprevisible; si no se trataría de la fantasía del cerebro de un joven, sin participación, o sólo muy ligera, de sus sentimientos.

Se detuvo dudando pero, decidido, siguió hacia delante. Su macilenta guía lo condujo por varios pasillos oscuros y, por último, reparó en una puerta por la que, dado que estaba abierta, se oía el susurro de las hojas atravesadas por el sol. Giovanni siguió andando y se metió por entre un arbusto que extendía sus zarcillos sobre la oculta entrada, hasta llegar debajo de la ventana de su habitación en el área descubierta del jardín del doctor Rappaccini.

Cuántas veces sucede que, cuando se han vencido las dificultades y los sueños han condensado su nebulosa sustancia en una realidad tangible, nos encontramos tranquilos e incluso fríamente dueños de nosotros mismos, en circunstancias que hubiese sido un delirio de júbilo o de agonía el anticipar. El destino se divierte desconcertándonos así. La pasión, que hubiera deseado la ocasión para lanzarse a actuar, vacila perezosamente cuando los sucesos parecen requerir su aparición. Eso era lo que le sucedía ahora a Giovanni. Día tras día su pulso se había agotado febrilmente ante la improbable idea de una entrevista con Beatrice y el deseo de estar con ella cara a cara en este mismo jardín, iluminado por el resplandor oriental de su belleza y tratando de arrancar a su contemplación el misterio que él consideraba el enigma de su propia existencia. Pero en aquel momento había en su pecho una ecuanimidad singular y fuera de lugar. Lanzó una mirada en derredor para ver si veía a Beatrice o a su padre y, dándose cuenta de que estaba solo, inició una investigación crítica de las plantas.

El aspecto de todas ellas le desagradó; su esplendor parecía salvaje, apasionado y poco natural. Casi todas las plantas que allí crecían hubieran sobresaltado a quien al atravesar un bosque las hubiera encontrado; como si una cara sobrenatural le estuviese mirando a través de la espesura. Algunas también hubieran llamado la atención de un entendido por su apariencia de artificialidad; parecían una adulteración de varias especies vegetales mezcladas, no muy distintas de las creadas por Dios, pero obra de la fantasía depravada de un hombre. Hasta su inmensa belleza tenía algo de demoníaca. Eran probablemente el fruto del experimento, que en uno o dos casos había alcanzado el éxito, de combinar dos plantas hermosas en una sola que adquiriría el sospechoso y siniestro aspecto que informaba todo lo que crecía en el jardín. Giovanni reconoció sólo dos o tres plantas en toda la colección, y de las clases que él sabía que eran venenosas. Mientras estaba entretenido en estas observaciones, escuchó el crujido de un traje de seda y, volviéndose, vio aparecer a Beatrice bajo el artístico pórtico.

Giovanni no se había parado a pensar en cuál debía ser su comportamiento: si tenía que disculparse por su intrusión en el jardín o fingir que estaba allí con el

consentimiento, ya que no por deseo, del doctor Rappaccini o de su hija, pero la conducta de Beatrice le tranquilizó, a pesar de que en su espíritu persistía la duda del motivo por el que habría conseguido la admisión. Ella vino con ligereza por el sendero y se encontraron cerca de la fuente en ruinas. Su cara mostraba sorpresa, pero la iluminaba una sencilla y amable expresión de placer.

—Usted es un experto en flores, señor —dijo con una sonrisa, aludiendo al ramillete que él le había echado desde la ventana—. No es extraño que la rara colección de mi padre le haga desear verla de cerca. Si él estuviera aquí podría contarle cosas muy extraordinarias e interesantes acerca de la naturaleza y virtudes de estas plantas, ya que se pasa la vida en tales estudios y este jardín constituye su mundo.

—Y usted misma, señora —comentó Giovanni—, si la fama no miente, también es muy experta en las virtudes que revela el magnífico desarrollo de estas flores y su olor aromático. Si no tuviera inconveniente en ser mi profesora, yo intentaría ser un alumno más aplicado que si me enseñara el mismo señor Rappaccini.

—¿Corren tan falsos rumores? —preguntó Beatrice, con la música de su agradable voz—. ¿Dice la gente que soy una experta como mi padre en conocimientos de botánica?

¡Qué gracioso! No; aunque crecí entre estas flores no conozco más de ellas que su color y perfume, y algunas veces pienso que aun debería ignorar eso. Muchas de estas flores, y quizá de las más hermosas, me repugnan con su olor y me ofenden cuando las veo. Pero le ruego, señor, que no crea esas historias referentes a mi ciencia. No crea de mí otra cosa que lo que vean sus propios ojos.

—¿Y debo creer todo lo que he visto con mis propios ojos? —preguntó Giovanni con sutileza, al tiempo que el recuerdo de las primeras escenas le hizo estremecer—. No, señora, exige usted poco de mí. Permítame creer solamente lo que proceda de sus labios.

Pareció como si Beatrice hubiese comprendido. Sus mejillas se colorearon de rubor, pero mirando a los ojos de Giovanni respondió a su mirada de ansiosa sospecha con la altivez de una reina.

—Eso es lo que le ruego, señor —respondió—. Olvide todo lo que se ha imaginado acerca de mí. Lo que nos dicen los sentidos externos puede ser falso en esencia, pero las palabras que brotan de los labios de Beatrice Rappaccini salen de lo más profundo de su corazón. Ésas son las que debe usted creer.

Una gran vehemencia la iluminaba y brilló sobre la conciencia de Giovanni como la luz de la verdad misma, pero mientras hablaba había una fragancia exquisita y deliciosa, aunque imperceptible, en el aire que la rodeaba, que el joven, por una repugnancia indefinible, apenas se atrevía a respirar. ¿Podría ser el olor de las flores? ¿Sería que el aliento de Beatrice embalsamaba sus palabras con una extraña fragancia

como si tuviera impregnadas de ella sus entrañas? Giovanni sintió un ligero mareo, pero volvió a recobrase en seguida; parecía mirar a través de los ojos de la hermosa muchacha su alma transparente, y no volvió a sentir duda ni temor.

El tinte de pasión que había coloreado las expresiones de Beatrice se desvaneció; se puso alegre y parecía sentir un placer puro con la presencia del joven, semejante al que sentiría la doncella de una isla solitaria al conversar con un viajero procedente del mundo civilizado. Era patente que su experiencia de la vida se limitaba al recinto del jardín. Unas veces hablaba de materias tan simples como la luz del día o las nubes de verano, otras hacía preguntas referentes a la ciudad, o a la tierra lejana de Giovanni, sus amigos, su madre, sus hermanas, preguntas que indicaban una vida tan retirada y una carencia tal de familiaridad con los modales y trato sociales que Giovanni respondía como si estuviese hablando con una niña. Su espíritu brotaba ante él como un arroyuelo recién nacido que recibiera por primera vez la caricia del sol y se maravillase de la tierra y el cielo reflejados en su fondo.

Tenía también pensamientos profundos y fantasías brillantes como gemas, como diamantes y rubíes desgranándose en medio del hervor de la fuente. Mientras ella hablaba, Giovanni se asombraba de estar paseando con la joven a quien su excitada imaginación había dado tintes terroríficos; le maravillaba estar conversando con Beatrice como un hermano, y que pudiera parecerle tan humana y tan llena de candor. Pero estas reflexiones fueron sólo momentáneas; las muestras de su naturaleza eran demasiado reales para sentirse tranquilizado enseguida.

En esta confiada conversación habían paseado por el jardín, y después de muchas vueltas a lo largo de sus avenidas, llegaron hasta la fuente derruida donde crecía la magnífica planta con su tesoro de flores espléndidas. Se esparcía alrededor de ella una fragancia idéntica a la que Giovanni atribuyera al aliento de Beatrice, aunque mucho más intensa. Cuando ella la vio, Giovanni observó que se oprimía el pecho con la mano como si su corazón estuviera palpitando acelerado y le produjese dolor.

—Por primera vez en mi vida me he olvidado de ti —murmuró Beatrice dirigiéndose a la planta.

—Recuerdo, señora —dijo Giovanni—, que una vez me prometió recompensarme con una de estas vividas gemas a cambio del ramillete que tuve el feliz arrojo de echar a sus pies. Permítame ahora coger una en recuerdo de esta entrevista.

Dio el joven un paso hacia la planta con la mano extendida, pero Beatrice se precipitó hacia delante lanzando un grito que traspasó el corazón de Giovanni como un puñal. Lo cogió de la mano y le hizo retroceder con toda la fuerza de su delicada figura. El joven sintió su contacto con un temblor en todo su cuerpo.

—¡No la toque! —exclamó ella, con voz angustiada—. ¡No lo haga, por su vida! ¡Es letal!

Entonces, ocultando la cara entre sus manos, huyó de él y desapareció bajo el

pórtico.

Al seguirla con los ojos, Giovanni vio la delgada y pálida figura de Rappaccini, que había estado observando la escena, no sabía desde hacía cuánto tiempo, oculto por la sombra del portal.

Antes de que el joven llegara a su habitación, Beatrice era ya el objeto de sus apasionadas meditaciones, revestida de todo el hechizo de que la había rodeado desde que la viera por primera vez, e imbuida ahora además con el afectuoso calor de su encantadora feminidad. Era humana; su carácter tenía todas esas cualidades dulces y femeninas que hacen a una mujer digna de ser adorada. Sería capaz, seguramente, de los sacrificios y heroísmos del amor.

Aquellas muestras que él había considerado hasta ahora como señales de una temible constitución física y moral eran olvidadas en aquel momento por la sutil influencia de la pasión, y transformadas en una dorada corona de encantos que convertían a Beatrice en la más admirable de todas las mujeres, por ser única. Todo lo que le había parecido feo era ahora hermoso o, si no podía cambiarlo tan radicalmente, se ocultaba y escondía en la tenebrosa región que se halla bajo la zona de la conciencia. Pasó la noche pensando en ella.

Cuando se durmió, la aurora comenzaba ya a despertar a las flores que dormitaban en el jardín del doctor Rappaccini. Giovanni, en sueños, también se encontraría allí. Salió el sol a su debido tiempo y lanzó sus rayos sobre los párpados del joven, que despertó con una sensación dolorosa. Después de levantarse notó como una quemadura y latidos en su mano —en la derecha—, la misma mano que le había cogido ella cuando estaba a punto de arrancar una de las flores de aspecto de gema. En el dorso de la mano aparecían ahora unas impresiones rojas, como de cuatro dedos pequeños, y una señal, como de un pulgar delgado, en su muñeca.

¡Oh, con qué obstinación se defiende el amor! —y aun lo que es astuta semblanza del amor, que florece en la imaginación pero que no tiene profundas raíces en el corazón—, ¡con qué obstinación mantiene su fe hasta que llega el momento en que es condenado a desvanecerse en humo! Giovanni envolvió su mano con un pañuelo, se preguntó qué cosa maligna le habría picado y pronto olvidó su dolor con el recuerdo de Beatrice.

Después de la primera entrevista, una segunda va implícita en lo que nosotros llamamos destino. Una tercera, una cuarta, y pronto los únicos momentos en que vivía feliz y satisfecho eran los que pasaba en compañía de Beatrice; el tiempo restante transcurría esperando o recordando su entrevista. Eso mismo le ocurría a la hija de Rappaccini.

Aguardaba la aparición del joven y corría a su lado con una confianza tan libre de reservas como si hubieran sido compañeros de juegos desde la más tierna infancia, y como si siguieran siéndolo todavía. Si por algún motivo inesperado él no acudía en el

momento de la cita, Beatrice se ponía bajo su ventana y cantaba la más dulce de sus canciones, que flotaba en torno a él en su cámara y resonaba en su corazón como un eco:

«¡Giovanni! ¡Giovanni! ¿Por qué tardas? ¡Ven!», y él bajaba presuroso a aquel edén de flores envenenadas.

Pero a pesar de tan íntima familiaridad, aún existía una reserva en la conducta de Beatrice, tan rígida e invariablemente mantenida que raras veces pasaba por la imaginación de él la idea de infringirla. Según todas las apariencias, se amaban; se habían dicho su amor con los ojos, que comunican el secreto sagrado desde las profundidades de un alma a las de la otra; era demasiado grande aquel secreto para expresarlo por medio de la palabra. Sin embargo, se habían dicho su amor en aquellas explosiones de pasión, cuando sus espíritus volaban fuera de sus cuerpos en articulado suspiro, como lengua de una llama escondida demasiado tiempo. En cambio, no había habido sello de labios, ni apretón de manos, ni la caricia más leve que el amor demanda y santifica. Él no había tocado nunca ni uno de los rizos dorados de su pelo; el traje de ella —tan grande era la barrera psíquica que los separaba— nunca había ondeado contra él con la brisa. En las pocas ocasiones en que Giovanni parecía tentado a saltar esa barrera, Beatrice se ponía tan triste, tan severa y mostraba además tal aspecto de desesperación que no se necesitaba ni una sola palabra más para hacerle desistir. En esos casos él se sobresaltaba ante la horrible sospecha que nacía, semejante a un monstruo, en lo profundo de su corazón. La miraba a la cara, su amor se entibiaba y desvanecía, como la niebla matinal ante el sol, y sólo quedaban sus dudas.

Pero cuando la cara de Beatrice recobraba su alegría después de la momentánea tristeza, dejaba de ser la persona misteriosa que él observara con miedo y horror, y volvía a ser la muchacha hermosa y sencilla cuyo espíritu comprendía por encima de cualquier otro conocimiento.

Había transcurrido un tiempo considerable desde el último encuentro de Giovanni con Baglioni, cuando una mañana se vio desagradablemente sorprendido por la visita del profesor, en quien había pensado muy poco en las últimas semanas y de quien hubiera querido olvidarse totalmente. Se hallaba en un estado de ánimo que sólo podía aceptar la compañía de personas que no pusieran objeciones a sus sentimientos actuales. Tal comprensión no podía esperarse del profesor Baglioni.

El visitante charló despreocupado durante unos minutos de los chismes de la ciudad y de la universidad, y después tomó otro tema.

—Estuve leyendo últimamente a un antiguo autor clásico —dijo— y me encontré con una historia que me llamó la atención. Posiblemente podrás recordarla. Es una que trata de un príncipe de la India que envió una bella mujer como presente a Alejandro Magno. Era tan hermosa como la aurora y vistosa como una puesta de sol,

pero lo que le caracterizaba era un cierto aliento perfumado, más dulce que el de las rosas de un jardín persa. Alejandro, como es natural en un hombre joven, quedó enamorado de la joven extranjera en cuanto la vio; pero cierto sabio, que estaba presente en aquel momento, descubrió en ella un secreto terrible.

—¿Y en qué consistía? —preguntó Giovanni bajando los ojos para evitar los del profesor.

—En que esa mujer hermosa había sido alimentada con venenos desde su nacimiento —continuó Baglioni con énfasis—, hasta el punto de que habían entrado de tal forma en su organismo que ella misma era el veneno más mortal que existía. Él era su elemento vital. Con aquel delicioso perfume de su aliento emponzoñaba el aire. Su amor hubiese sido veneno. Su abrazo, la muerte. ¿No es un cuento maravilloso?

—Una fábula infantil —contestó Giovanni moviéndose nervioso en la silla—. Me parece maravilloso que su señoría encuentre tiempo para leer tales paparruchas mientras se dedica a estudios serios.

—A propósito —dijo el profesor mirando inquieto en derredor—, ¿qué extraña fragancia es ésta que hay en tu habitación? ¿Es el perfume de tus guantes? Es débil pero delicioso, aunque no se pueda decir que agradable. Creo que si lo respirara mucho tiempo llegaría a ponerme enfermo. Es como la esencia de una flor, pero no veo flores en la alcoba.

—No hay ninguna —contestó Giovanni, que se había puesto pálido mientras hablaba el profesor—, ni creo que haya aquí otro perfume que el de la imaginación de vuestra señoría. El olor, siendo como es una mezcla de lo sensible y lo espiritual, es apto para engañarnos de esa forma. El recuerdo de un perfume, la mera idea de él puede ser confundido con una realidad presente.

—¡Ah!, pero mi cuerda imaginación no suele gastarme esas bromas —dijo Baglioni—, y si me imaginase algún tipo de olor sería el de cualquier repugnante droga de boticario con la que mis dedos estarían probablemente bastante impregnados. Nuestro querido amigo Rappaccini, según he oído, perfuma sus medicinas con olores más ricos que los de Arabia. La bella y docta Beatrice también podría tratar a sus pacientes con drogas tan dulces como el aliento de una doncella, ¡pero qué desgracia para el que las bebiera!

La cara de Giovanni reflejó muchas emociones contenidas. El tono en que aludía el profesor a la pura y encantadora hija de Rappaccini era una tortura para su alma y, sin embargo, la insinuación de un examen de su carácter, opuesto al suyo propio, produjo de un modo instantáneo la claridad de mil sospechas confusas que ahora se burlaban de él como otros tantos demonios. Pero se esforzó por dominarlos y respondió a Baglioni con la fe de un amante perfecto.

—Señor profesor —le dijo—, usted fue amigo de mi padre y quizás es también su propósito actuar con su hijo como un amigo. No puedo sentir hacia usted sino respeto

y deferencia, pero le suplico que se dé cuenta de que hay algo sobre lo que no podemos hablar. Usted no conoce a la señorita Beatrice: por tanto, es incapaz de estimar lo erróneo, la blasfemia, diría mejor, de hablar de su persona con una palabra ligera e injuriosa.

—¡Giovanni! ¡Mi pobre Giovanni! —contestó el profesor con una tranquila expresión de lástima—. Conozco a esa joven perversa mucho mejor que tú. Vas a oír la verdad respecto al envenenador Rappaccini y a su venenosa hija; sí, tan venenosa como bella. Escucha, pues aunque mancillaras mis cabellos grises no podría guardar silencio. La antigua fábula de la mujer india se ha convertido en real por la profunda y fatal ciencia de Rappaccini, y en la persona de la hermosa Beatrice.

Giovanni gimió y ocultó su cara.

—Su padre no se refrenó ante el cariño natural —continuó Baglioni—, y la ofreció, de esta manera horrible, como víctima de su loco amor por la ciencia. Hagámosle justicia, es un auténtico hombre de ciencia que destilaría su propio corazón en un alambique. ¿Cuál puede ser entonces tu destino? Has sido cogido como el material para un nuevo experimento. Quizás el resultado sea la muerte o quizás un destino más terrible aún. Rappaccini, por lo que él llama interés por la ciencia, no dudaría ante nada.

«Es un sueño, probablemente es sólo un sueño», se dijo Giovanni.

—Pero alégrate, hijo de mi amigo —resumió el profesor—. No es demasiado tarde para la salvación. Es muy posible que tengamos éxito al tratar de volver a esa miserable criatura a la normalidad, de la que ha sido sacada por la locura de su padre. ¡Ten esta pequeña redoma de plata! Fue hecha por las manos del renombrado Benvenuto Cellini y es un presente de amor digno de la dama más deliciosa de Italia. Su contenido es aún más valioso; un pequeño sorbo de este antídoto habría neutralizado el veneno más virulento de los Borgia. No hay duda de que será eficaz contra los de Rappaccini. Dale el pomo a tu Beatrice y espera lleno de confianza los resultados.

Baglioni dejó una pequeña redoma de plata exquisitamente labrada sobre la mesa y se retiró deseando que sus palabras surtieran efecto sobre la mente del joven.

«Te venceremos, Rappaccini —pensaba, riendo, mientras bajaba la escalera—. Sin embargo, debemos reconocer la verdad: es un hombre maravilloso y a la vez un empírico despreciable que no puede ser tolerado por aquellos que respetamos las buenas normas clásicas de la profesión médica».

En sus relaciones con Beatrice, Giovanni había tenido en ocasiones negros presentimientos respecto a su verdadero modo de ser. Pero se había comportado siempre la joven de un modo tan sencillo, cariñoso y cándido que la descripción que acababa de hacer de ella el profesor Baglioni le parecía extraña e increíble, como si no estuviera en concordancia con la realidad. Es verdad que existían recuerdos

repugnantes relacionados con las primeras veces que viera a la encantadora joven: no podía olvidar por completo el ramillete que se había marchitado en su mano y el insecto muerto en el aire dorado por el sol, sin otra intervención al parecer que la de la fragancia del aliento de su amada. Estos incidentes, sin embargo, se desvanecieron ante la luz pura de su carácter, dejando de tener la eficacia de los hechos, y fueron considerados como errores de la fantasía, a pesar de que el testimonio de los sentidos parecía probarlo. ¿Hay algo más verdadero y real que lo que podemos ver con los ojos y tocar con los dedos? Sobre esta idea fundaba Giovanni su confianza en Beatrice, aunque en realidad se debía más a la fuerza de las virtudes de ella que a una fe profunda y generosa. Mas ahora su espíritu era incapaz de sostenerse a la altura a que lo había elevado el primer entusiasmo de la pasión; se desmoronaba titubeando entre dudas terrenas y manchaba así la pura blancura de la imagen de Beatrice. No es que fuera a abandonarla; sólo quería probarla. Resolvió hacer alguna prueba decisiva que pudiera convencerle, de una vez por todas, de que aquellas terribles cualidades físicas no tenían correspondencia en su alma. Quizá sus ojos le habían engañado a causa de la distancia en lo referente al lagarto, al insecto y a las flores. Tenía que comprobar estando junto a ella si al tocar una flor recién cortada ésta se marchitaba en su mano. Entonces no cabría ninguna duda.

Con esta idea corrió a la floristería y compró un ramillete que estaba aún perlado con las gotas de rocío de la mañana.

Era la hora acostumbrada de su entrevista con Beatrice. Antes de bajar al jardín, Giovanni no resistió la tentación de mirarse al espejo, vanidad que puede disculparse en un joven guapo, aunque con ello demuestre cierta frivolidad de sentimientos y un carácter poco formado. Se miró, y se dijo que sus facciones nunca habían sido tan graciosas, ni sus ojos habían tenido nunca aquella vivacidad, ni sus mejillas un tinte de salud como entonces.

«Al menos —pensó—, su veneno no ha penetrado aún en mi organismo. No soy una flor para marchitarme en una mano».

Con este pensamiento volvió sus ojos al ramillete que mantenía en su mano. Un estremecimiento de horror indefinible sacudió todo su cuerpo al notar que aquellas flores húmedas de rocío estaban comenzando a ajarse; tenían el aspecto de haber sido frescas el día anterior. Giovanni se puso blanco como el mármol y se quedó inmóvil delante del espejo mirando a su propia imagen como si estuviese viendo algo terrible. Recordó el comentario de Baglioni acerca de la fragancia que parecía inundar la habitación.

¡Su aliento debía de estar envenenado! Se estremeció. Luego, recobrándose de su estupor, comenzó a observar con ojos curiosos una araña que estaba atareada fabricando su tela en la antigua cornisa de su habitación, cruzando y recruzando el ingenioso sistema de hilos entrelazados; era una araña tan vigorosa y activa como

todas las que se columpian en un techo viejo. Giovanni se inclinó hacia el insecto y exhaló una profunda y larga bocanada de aire. La araña interrumpió de pronto su tarea, la tela vibró por el temblor transmitido desde el cuerpo del pequeño artesano. Giovanni volvió a lanzar el aliento sobre ella, aún con más fuerza que la vez anterior y con un sentimiento venenoso en su corazón; no sabía si era un perverso o es que estaba desesperado. La araña contrajo sus miembros convulsivamente y quedó colgada, muerta, a través de la ventana.

«¡Maldito! ¡Maldito! —murmuró para sí Giovanni—. ¿Te has vuelto tan venenoso como para que este insecto muera solamente con tu aliento?».

En aquel momento ascendió desde el jardín una dulce y agradable voz.

—¡Giovanni! ¡Giovanni! Ya pasa de la hora. ¿Por qué tardas? ¡Baja!

«Sí —murmuró Giovanni—. Ella es el único ser al que mi aliento no puede asesinar. ¡Ojalá pudiera hacerlo!».

Bajó corriendo y en un segundo se halló ante los ojos brillantes y adorables de Beatrice.

Un momento antes su rabia y desesperación eran tan fieros que no habría deseado nada tanto como el poder destruirla con una mirada, pero en su presencia surgían influencias demasiado reales e intensas para poder librarse de ellas. Recordaba los ratos en que con su femenina dulzura lo había envuelto en una paz religiosa, los arrebatos santos y apasionados de su corazón ante su presencia.

Estos agradables recuerdos convencieron a Giovanni de que Beatrice era un ángel, algo celestial, y que sólo una persona alucinada podría achacarle aquellos horribles misterios. La ira de Giovanni se apaciguó y transformó es un estado de hosca insensibilidad.

Beatrice, con un vivo sentido espiritual, comprendió al momento que entre ellos había un mar de tinieblas que ninguno de los dos podría atravesar. Pasearon juntos, tristes y en silencio, y llegaron hasta la fuente de mármol y al charco de agua del suelo en medio del cual crecía la planta de flores como gemas. Giovanni se sorprendió del placer —o mejor, del apetito— con que él mismo inhalaba la fragancia de las flores.

—Beatrice —preguntó de pronto—, ¿de dónde vino esta planta?

—La creó mi padre —respondió ella con sencillez.

—¡La creó! ¡La creó! —repitió Giovanni—. ¿Qué quieres decir, Beatrice?

—Es un gran conocedor de los secretos de la naturaleza, y en el mismo momento en que yo comencé a respirar por vez primera, esta planta se alzó del suelo; es el producto de su ciencia, de sus conocimientos, mientras que yo no soy más que su hija mortal. ¡No te aproximes! —continuó ella, al observar con terror que Giovanni se estaba acercando a la planta—. Tiene cualidades que apenas podrías soñar. Yo, queridísimo Giovanni, he crecido y me he desarrollado con la planta y me nutro con

su aroma. Es mi hermana y la amo con afecto humano. Pero ¡ay!, ¿no lo sospechaste?, hay un destino terrible en ella.

Entonces Giovanni la miró tan ceñudo que Beatrice se detuvo y tembló. Pero la fe en su cariño la alentó e hizo que se ruborizara un momento por haber dudado de él.

—Ahí hay un destino terrible —repitió—, efecto del fatal amor de mi padre por la ciencia, que me aleja de toda sociedad con los de mi clase. Hasta que el cielo te envió, mi adorado Giovanni, ¡qué sola estuvo tu pobre Beatrice!

—¿Era ése un duro destino? —preguntó Giovanni fijando en ella sus ojos.

—Sólo ahora sé lo duro que era —contestó ella con ternura—. ¡Oh!, sí, y mi corazón estaba adormecido.

La ira de Giovanni brotó de sus hocas tinieblas como un relámpago saliendo de una nube negra.

—¡Estoy maldito! —gritó con un desprecio y rencor venenosos—. ¡Hallando tu soledad aburrida, me has separado igualmente de todo lo noble de la existencia y atraído a esta región de inenarrable horror!

—¡Giovanni! —exclamó Beatrice, mirándolo con sus grandes ojos brillantes. No había comprendido del todo el significado de sus palabras, estaba simplemente asombrada.

—¡Sí, criatura ponzoñosa! —repitió Giovanni, acercándose con pasión—. ¡Tú me has puesto así! ¡Tú llenaste mis venas de veneno! ¡Me hiciste una criatura tan odiosa, tan horrenda, tan aborrecible y fatal como tú misma! ¡Ahora, si nuestro aliento es por suerte tan fatal para nosotros mismos como para los demás, unamos nuestros labios en un beso de indecible odio y muramos!

—¿Qué me está pasando? —murmuró Beatrice dando un profundo gemido—. ¡Virgen Santa, ten piedad de mí, una pobre niña con el corazón roto!

—Tú, ¿puedes tú rezar? —exclamó Giovanni, con desprecio diabólico—. Tus oraciones, al salir de tus labios tiñen la atmósfera de muerte. Sí, sí, recemos. ¡Vayamos a la iglesia y mojemos nuestros dedos en la pila de agua bendita! ¡Los que vengan detrás morirán apestados! ¡Hagamos en el aire el signo de la cruz! ¡Serán maldiciones esparcidas con apariencias de símbolos sagrados!

—Giovanni —dijo Beatrice, ya calmada, pues su pena era menor que su amor—, ¿por qué te unes conmigo en esas palabras terribles? Yo, es verdad, soy la cosa horrible que me has llamado. Pero tú, ¿qué has de hacer tú, sino estremecerte ante mi miseria espantosa y marchar lejos del jardín y olvidarte de que se arrastran por la tierra monstruos semejantes a la pobre Beatrice?

—¿No pretenderás ignorarlo? —preguntó Giovanni, mirándola ceñudo—. ¡Mira, este poder me lo ha proporcionado la cándida hija de Rappaccini!

Había allí un enjambre de insectos volando en el aire en busca del alimento prometido por el olor de las flores del jardín fatal. Rodearon, formando un círculo, la

cabeza de Giovanni; era evidente que se sentían atraídos hacia él por el mismo influjo que los había atraído por un instante a varios de los arbustos. Él sopló entre ellos y sonrió con amargura a Beatrice cuando por fin una veintena de insectos cayeron muertos al suelo.

—¡Ya veo! ¡Ya veo! —gritó ésta—. ¡Es la ciencia fatal de mi padre! ¡No, no, Giovanni!

Yo no fui. ¡Nunca! Yo sólo soñé con amarte y estar contigo un poco de tiempo y luego dejar que te fueras, pero guardando en mi corazón tu imagen. Créelo, Giovanni, aunque mi cuerpo se haya nutrido de veneno, mi espíritu es una criatura de Dios y suplica amor como alimento cotidiano. Pero mi padre nos ha unido con esta terrible afinidad. Sí, despréciame, pisotéame, mátame. ¿Qué es la muerte después de oír palabras como las tuyas? Pero no fui yo. Ni por toda la felicidad del mundo lo hubiera hecho.

El ardor de Giovanni se apagó tras aquella explosión de sus sentimientos. Comenzó a sentir una sensación triste y no desprovista de ternura ante la íntima y peculiar afinidad entre Beatrice y él. Estaban, prácticamente, en soledad absoluta, aunque les rodeara una multitud de gente. ¿Estando abandonados de esta forma por la humanidad, no era lógico que ambos se unieran? Si se trataban con crueldad, ¿quién iba a ser amable con ellos? Por otra parte, pensaba Giovanni, ¿no había una esperanza de volver a entrar en los límites de la normalidad y conducir a Beatrice, la Beatrice redimida, de la mano? ¡Oh, espíritu débil, egoísta y vil, que pensaba aún en una unión terrena y en una felicidad vulgar después de que un amor como el de Beatrice había sido infamado por palabras tan horribles como las dichas por Giovanni! No, no podía caber tal esperanza. Ella debía pasar lentamente, con el corazón partido, a través de las fronteras del tiempo, lavar sus heridas en alguna fuente del paraíso y olvidar su pena en la luz de la inmortalidad, y allí sería feliz.

Pero Giovanni no sabía eso.

—Querida Beatrice —dijo aproximándose a ella, que retrocedía como lo hacía siempre que él se le había acercado, pero ahora con impulso diferente—, mi querida Beatrice, nuestro estado no es todavía tan desesperado. ¡Mira! Tengo aquí una medicina enérgica, según me aseguró un médico prestigioso, y con una eficacia casi divina. Está compuesta de ingredientes opuestos por entero a aquellos que tu terrible padre ha vertido sobre nosotros acarreándonos esta calamidad. Está compuesto de hierbas benditas. ¿Podemos tomarlo juntos y purificamos del mal?

—Dámelo —dijo Beatrice extendiendo la mano para coger la pequeña redoma de plata que Giovanni sacó de su bolsillo. Y añadió con su énfasis peculiar—: Lo beberé, pero tú espera hasta ver el resultado.

Llevó a sus labios el antídoto de Baglioni. En aquel mismo momento surgió por el pórtico la figura de Rappaccini, que venía lentamente hacia la fuente de mármol.

Cuando estuvo cerca, el hombre de ciencia mostraba una expresión de triunfo al contemplar a la hermosa pareja como si se tratara de un artista que después de pasar toda su vida en la creación de un cuadro o de un grupo escultórico, al final se sentía orgulloso de su éxito. Se detuvo; su cuerpo encorvado se enderezó consciente de su poder; extendió sus manos hacia ellos en actitud de un padre implorando la bendición de sus hijos, pero esas manos habían sido las mismas que introdujeron el veneno en el cauce de sus vidas. Giovanni tembló, Beatrice se estremeció y se oprimió el corazón con la mano.

—Hija mía —dijo Rappaccini—, ya no estarás sola nunca más. Arranca de tu planta hermana una de esas preciosas gemas y ruega a tu prometido que la lleve en su pecho. Ahora ya no le hará daño. Mi ciencia y la simpatía que existe entre tú y él lo ha traído a formar parte de tu constitución y se aparta de la de los hombres normales, mientras que la tuya lo hace de la de las demás mujeres. Pasaréis por el mundo queriéndoos y siendo temidos por el resto de la gente.

—Padre mío —dijo Beatrice débilmente, siempre con la mano sobre el corazón—, ¿por qué otorgaste este destino miserable a tu hija?

—¿Miserable? —exclamó Rappaccini—. ¿Qué quieres decir, insensata? ¿Consideras miserable el estar dotada con dones maravillosos contra los que la fuerza y el poder de un enemigo no servirían de nada? ¿Miserable ser capaz de matar al más fuerte con sólo el aliento? ¿Miserable ser tan terrible como hermosa? ¿Hubieras preferido, entonces, la condición de una mujer débil, expuesta a todo daño e incapaz de hacer ninguno?

—Hubiera preferido ser amada a ser temida —murmuró ella cayendo al suelo—. Pero ya no importa. Me voy, padre, a donde el mal que te has esforzado en mezclar con mi ser desaparecerá como un sueño, como la fragancia de estas flores venenosas que no teñirán más mi aliento entre las flores del Paraíso. ¡Déjame, Giovanni! Tus palabras de odio son como plomo que entristece mi corazón, pero también desaparecerán cuando yo suba.

El afán científico mal entendido de su padre había transformado a Beatrice en un ser tan innatural que, del mismo modo que el veneno había constituido su alimento, el antídoto supuso su muerte. Y así, la pobre víctima de la ingenuidad y la torcida naturaleza de un hombre, así como de la fatalidad, que corona de modo ineludible los perversos deseos, pereció allí, a los pies de su padre y de su amado.

En ese preciso instante, el profesor Pietro Baglioni se asomó a la ventana del aposento de Giovanni y, con un tono en el que se mezclaban el triunfo y el horror, gritó al anonadado científico:

—¡Rappaccini! ¡Rappaccini! ¡He ahí el resultado de tu experimento!

El reloj que marchaba hacia atrás

por Edward Page Mitchell

Edward Page Mitchell (1852-1927) fue un talentoso escritor de ciencia ficción del siglo pasado cuya obra ha sido recientemente redescubierta y recogida en el libro *The Crystal Man* (1973).

Nació en Bath, Maine, y tras residir temporalmente, de niño, en la ciudad de Nueva York y en Carolina del Norte, regresó a Brunswick, Maine, para acudir al Bowdoin College. Pero antes incluso de graduarse en 1874 era nombrado Director del *The Lewiston Journal*, un floreciente periódico de una ciudad vecina.

Poco después de asumir su cargo, un accidente fortuito de tren le dejó ciego de un ojo.

Durante su convalecencia empezó a escribir ciencia ficción, enviando su primer relato, *The Tachypomp*, al *Scribner's Monthly*, donde fue aceptado de inmediato y publicado anónimamente en la primavera de 1874.

Sin embargo, Mitchell se sintió muy pronto fascinado por el periódico más enérgico de la ciudad de Nueva York, el *New York Sun*. Le ofreció varias crónicas cortas y luego dos historias cómicas, *Back From That Bourne* (1874) y *The Story of the Deluge* (1875), las cuales obtuvieron tanto éxito que el director del Sun, Charles A. Dana, ofreció al joven periodista un trabajo estable con un generoso aumento de sueldo. Mitchell aceptó, y el 1 de octubre de 1875 inició una asociación de cuarenta y siete años que duraría hasta su jubilación en 1922.

Durante los primeros once años de Mitchell con el Sun, publicó otras dos docenas de sus historias de ciencia ficción y fantasía, cuatro de las cuales —por lo menos— eran notables.

The Ablest Man in the World (1879) introducía el tema de reemplazar el cerebro de un hombre por una pequeña computadora. Un relato enérgico, que parece anticipar la creencia de Asimov en la superioridad de las máquinas inteligentes, empañado tan sólo en este caso por el hostil retrato que hacía Mitchell de la criatura resultante.

The Crystal Man (1881) sugería por primera vez un medio científico de conseguir la invisibilidad. Con un extraño paralelismo con la posterior novela de Wells, presenta detalladas consideraciones de las desventajas de ese estado.

The Clock That Went Backward (1881) es nuestra selección para esta antología. Se trata a un tiempo de la más antigua de las historias de máquinas del tiempo y de la versión pionera de las historias de paradojas temporales. Además, es una deliciosa aventura romántica que ilumina un interesante período de la historia de Holanda.

Finalmente, *The Balloon Tree* (1883) trata de una planta inteligente que vuela. Sam Moskowitz lo llama «lo más cercano a la historia inicial de una amistad

alienígena que yo haya encontrado nunca».

Como autor, Mitchell tiene muchos puntos de contacto con L. Sprague de Camp..., inteligente, erudito e ingenioso. Si hubiera seguido produciendo, hoy podría ser conocido como el H. G. Wells norteamericano. Pero, desgraciadamente, sus cada vez mayores responsabilidades editoriales le obligaron a dejar de escribir en 1886. Y puesto que su obra apareció únicamente en periódicos (con una sola excepción) y fue anónima (con una sola excepción), permaneció olvidada durante más de ochenta años.

Como hombre, sin embargo, Edward Page Mitchell tuvo una vida colmada de éxitos.

Fue un conocido de Edward Everett Hale y Edward Bellamy, y un amigo de Madame Blavatsky, Frank R. Stockton, Garrett P. Serviss y Frank A. Munsey.

Cuando Dana murió en 1903, Mitchell se convirtió en el director del *Sun*, trabajando en este puesto hasta su jubilación en 1922. Murió en 1927, satisfecho de su vida.

1

Había una hilera de chopos lombardos frente a la casa de mi tía abuela Gertrude, a orillas del río Sheepscot. En su aspecto físico, mi tía era sorprendentemente parecida a cualquiera de aquellos árboles. Tenía esa misma apariencia de anemia incurable que los distingue de los del tipo exuberante. Era alta, de perfil severo, y extremadamente delgada.

Sus ropas colgaban sobre su cuerpo. Estoy seguro de que si los dioses hubieran hallado ocasión de imponerle el destino de Dafne, habría ocupado fácilmente su lugar con toda naturalidad dentro de la hilera, tan melancólica como los restantes chopos.

Algunos de mis más remotos recuerdos proceden de este venerable familiar mío. Tanto viva como muerta, tuvo una parte importante en los acontecimientos que voy a relatar, acontecimientos que creo no tienen paralelo en la experiencia de la humanidad.

Durante nuestras periódicas visitas de cortesía a tía Gertrude en Maine, mi primo

Harry y yo acostumbrábamos a especular mucho sobre su edad. ¿Tenía sesenta años, o sesenta elevado a la sexta potencia? No poseíamos ninguna información precisa; podía ser cualquiera de las dos cosas. La vieja dama estaba rodeada de cosas antiguas. Parecía vivir completamente en el pasado. En sus cortos períodos comunicativos, sobre su segunda taza de té, o en la plaza donde los chopos arrojaban sus escasas sombras directamente hacia el este, solía contarnos historias de sus supuestos antepasados. Digo «supuestos» porque nunca llegamos a creer completamente que tuviera antepasados.

La genealogía es algo estúpido. Ésta es tía Gertrude, reducida a su forma más simple: Su tatarabuela (1599-1642) era una holandesa que se casó con un puritano refugiado, y navegó de Leiden hasta Plymouth en el buque *Ann* en el año de Nuestro Señor de 1632. Esa madre peregrina tuvo una hija, la bisabuela de tía Gertrude (1640-1718). Vino al Eastern District de Massachusetts en la primera mitad del pasado siglo, y fue muerta por los indios en las guerras de Penobscot.

Su hija (1680-1776) vivió para ver esas colonias libres e independientes, y contribuyó a la población de la futura república con no menos de diecinueve robustos hijos y encantadoras hijas. Una de estas últimas (1735-1802) se casó con un capitán de barco de Wiscasset que se dedicaba al comercio con las Indias Occidentales, con el cual se embarcó.

Naufragó dos veces..., una en lo que hoy es la isla Seguin y la otra en San Salvador. Fue en San Salvador donde nació tía Gertrude.

Muy pronto empezamos a cansarnos de oír esa historia familiar. Quizá fue la constante repetición y la despiadada insistencia con que esos datos fueron martilleados en nuestros jóvenes oídos lo que alimentó nuestro escepticismo. Como he dicho, tomábamos muy poco en cuenta a los antepasados de tía Gertrude. Parecían altamente improbables. Nuestra opinión particular era que las tatarabuelas y las bisabuelas y todo lo demás eran puro mito, y que la propia tía Gertrude era la principal protagonista de todas las aventuras a ellas atribuidas, permaneciendo con vida siglo tras siglo mientras las generaciones de contemporáneos seguían el camino perecedero de la carne.

En el primer rellano de la cuadrada escalera de su mansión había un alto reloj holandés. La caja tenía más de dos metros de alto, y era de una madera color rojo oscuro —no caoba—, la cual estaba curiosamente taraceada con plata. No era una pieza vulgar.

Hace cosa de un siglo se hizo famoso en la ciudad de Brunswick un relojero llamado Cary, un industrioso y consumado artesano. Eran pocas las casas acomodadas de aquella parte de la costa que no poseían un reloj Cary. Pero el reloj de tía Gertrude había marcado las horas y los minutos desde dos siglos antes de que el artesano de Brunswick naciera. Funcionaba ya cuando Guillermo el Taciturno rompió

los diques para salvar Leiden. El nombre del constructor, Jan Lipperdam, y la fecha, 1572, aún resultan legibles en negras letras mayúsculas y números que casi cruzan la esfera.

Las obras maestras de Cary son plebeyas y recientes al lado de este antiguo aristócrata.

La alegre luna holandesa, destinada a exhibir sus fases sobre un paisaje de molinos de viento y pólders, estaba diestramente pintada. Una hábil mano había tallado el sombrío adorno de la parte superior, una cabeza de muerto traspasada por una espada de doble filo.

Como todos los relojes del siglo XVI, carecía de péndulo. Un simple escape Van Wyck gobernaba el descenso de las pesas hasta el fondo de la alta caja.

Pero esas pesas nunca se movían. Año tras año, cuando Harry y yo regresábamos a Maine, descubríamos las manecillas del viejo reloj señalando las tres y cuarto, como las señalaban cuando lo habíamos visto por primera vez. La rubicunda luna colgaba perpetuamente en los tres cuartos de su creciente, tan inmóvil como la cabeza de muerto que tenía encima. Había un misterio en el silenciado movimiento y las paralizadas manecillas. Tía Gertrude nos dijo que el mecanismo había dejado de funcionar desde que un rayo había penetrado en el reloj; y nos mostró un negro agujero en el costado de la caja, cerca de la parte superior, con una bostezante grieta que se extendía hacia abajo varios centímetros. Esta explicación no nos satisfizo. Como tampoco lo hizo la firmeza de su negativa cuando le propusimos llevarlo al relojero del pueblo, ni su singular agitación cuando una vez descubrió a Harry subido a una escalera de mano, con una llave que había pedido prestada en su mano, a punto de comprobar por sí mismo la suspendida vitalidad del reloj.

Una noche de agosto, cuando ya habíamos dejado atrás la infancia, fui despertado por un ruido en el pasillo. Desperté a mi primo.

—Hay alguien en la casa —le susurré.

Nos deslizamos fuera de nuestra habitación en dirección a la escalera. Nos llegaba una débil luz desde abajo. Contuvimos la respiración y descendimos sin hacer ruido hasta el segundo rellano. Harry aferró mi brazo. Señaló hacia abajo por encima del pasamano, empujándome al mismo tiempo hacia atrás, hacia las sombras.

Vi algo extraño.

Tía Gertrude estaba de pie sobre una silla frente al viejo reloj, tan espectral en su camisón blanco y su gorro de dormir también blanco como uno de los chopos cuando están cubiertos por la nieve. El suelo crujió ligeramente bajo nuestros pies. Ella se volvió con un movimiento repentino, mirando intensamente a la oscuridad y alzando una vela en dirección a nosotros, de tal modo que la luz le dio de lleno en su pálido rostro. Parecía muchos años más vieja que cuando había venido a darnos las buenas noches.

Durante unos minutos no se movió, excepto el tembloroso brazo que sujetaba en alto la vela. Luego, evidentemente tranquilizada, depositó la luz en un estante y se volvió de nuevo hacia el reloj.

Vimos entonces a la vieja dama tomar una llave de detrás de la esfera y proceder a enrollar las pesas. Podíamos oír su respiración, rápida y entrecortada. Apoyó una mano en cada lado de la caja y acercó su rostro a la esfera, como si la sometiera a un ansioso escrutinio. Permaneció en esa actitud durante largo rato. Oímos su profundo suspiro de alivio, y medio se volvió hacia nosotros por un momento. Nunca olvidaré la expresión de salvaje alegría que transfiguró entonces sus rasgos.

Las manecillas del reloj estaban moviéndose; estaban moviéndose hacia atrás.

Tía Gertrude rodeó el reloj con ambas manos y apretó su arrugada mejilla contra él. Lo besó repetidamente. Lo acarició de un centenar de formas diferentes, como si fuera una cosa viva y querida. Le hizo mimos y habló con él, utilizando palabras que podíamos oír pero que no podíamos comprender. Las manecillas siguieron moviéndose hacia atrás.

Luego se echó sorprendida hacia atrás, lanzando un repentino grito. El reloj se había parado. Vimos su alto cuerpo tambalearse por un instante sobre la silla. Abrió los brazos en un convulsivo gesto de terror y desesperación, devolvió las manecillas a su antigua posición de las tres y cuarto, y cayó pesadamente al suelo.

2

Tía Gertrude me dejó a mí todo su dinero, acciones y propiedades, y a Harry el reloj. Por aquel entonces pensamos que era una división muy desigual, sorprendente sobre todo porque mi primo había parecido ser siempre su preferido. Medio en serio, efectuamos un meticuloso examen del antiguo reloj, haciendo resonar su caja de madera en busca de compartimentos secretos, y comprobando incluso la no muy complicada maquinaria con una aguja de media para asegurarnos de que nuestra extravagante tía no había ocultado allí algún codicilo u otro documento que cambiara el aspecto del asunto. No descubrimos nada.

Había una cláusula testamentaria referente a nuestra educación en la Universidad de Leiden. Abandonamos la escuela militar en la que habíamos aprendido un poco de teoría de la guerra, y un mucho del arte de permanecer firmes con la barriga hundida y el pecho salido, y nos embarcamos rápidamente. El reloj vino con nosotros. A los

pocos meses estaba establecido en una habitación en la esquina de la Breede Straat.

La obra del ingenio de Jan Lipperdam, aunque devuelta a su ambiente nativo, siguió marcando las tres y cuarto con su vieja fidelidad. El autor del reloj llevaba unos trescientos años bajo tierra. Los talentos combinados de sus sucesores en el oficio en Leiden no consiguieron hacerlo funcionar ni hacia adelante ni hacia atrás.

Rápidamente, aprendimos el suficiente holandés como para hacernos entender por la gente, los profesores y aquellos de entre nuestros ochocientos y pico compañeros con los que entablamos relaciones. Este idioma, que parece tan difícil al principio, es tan sólo una especie de inglés polarizado. Desconcierta un poco, y luego salta a tu comprensión como uno de esos jeroglíficos sencillos hechos uniendo todas las palabras de una frase y luego dividiéndolas por lugares equivocados.

Dominado el lenguaje y desaparecida la novedad de nuestro entorno, nos dedicamos a otras actividades tolerablemente regulares. Harry se abocó con una cierta asiduidad al estudio de la sociología, con especial referencia a las muchachas de cara redonda y no excesivamente ariscas de Leiden. Yo me incliné hacia la alta metafísica.

Aparte de nuestros respectivos estudios, poseíamos un terreno común de inagotable interés. Para nuestra sorpresa, descubrimos que ni uno de cada veinte miembros de la facultad o estudiantes conocían ni les importaba un comino la gloriosa historia de la ciudad, y ni siquiera las circunstancias bajo las cuales había sido fundada la propia universidad por el príncipe de Orange. En notable contraste con la indiferencia general estaba el entusiasmo del profesor Van Stopp, el guía que yo había elegido para que me ayudara a cruzar las nebulosidades de la filosofía especulativa.

Este distinguido hegeliano era un hombrecillo viejo y reseco como el tabaco, con un perenne gorro sobre unos rasgos que me recordaban extrañamente a los de tía Gertrude. Si hubiera sido su hermano, el parecido facial no habría podido ser mayor. Se lo dije en una ocasión, mientras estábamos juntos en el Stadthuis, contemplando el retrato del héroe del asedio, el burgomaestre Van der Werf. El profesor se echó a reír.

—Le mostraré que hay una coincidencia aún más extraordinaria —dijo.

Y conduciéndome a través de la sala hasta la gran pintura que representaba el asedio, obra de Wanners, señaló a la figura de un ciudadano que participaba en la defensa. Era cierto. Van Stopp podría haber sido el hijo de aquel ciudadano; el ciudadano podría haber sido el padre de tía Gertrude.

El profesor pareció tomarnos afecto. A menudo acudía a nuestras habitaciones en la vieja casa de la Rapenburg Straat, una de las pocas casas que quedaban anteriores a 1574.

Paseaba con nosotros a través de los hermosos suburbios de la ciudad, por rectas calles flanqueadas de chopos que llevaban nuestra imaginación de vuelta a la orilla

del Sheepscoot. Nos llevó a la cima de la torre romana en ruinas en el centro de la ciudad y, desde las mismas almenas desde las cuales ansiosos ojos habían contemplado tres siglos atrás el lento avance de la armada del almirante Boisot sobre los sumergidos pólders, señaló hacia el gran dique del Landscheiding, que fue cortado a fin de que el océano permitiera a los zelandeses de Boisot reunir a los aliados y alimentar a los hambrientos. Nos mostró el cuartel general del español Valdez en Leiderdorp, y nos dijo cómo el cielo había enviado un violento viento del nordeste durante la noche del primero de octubre, amontonando las aguas profundas allí donde antes habían sido someras y barriendo la armada entre Zoeterwoude y Zwieten contra los muros de la fortaleza en Lammen, último bastión de los sitiadores y último obstáculo en el camino para socorrer a los hambrientos habitantes.

Luego nos mostró dónde, en plena noche, antes de la retirada del ejército sitiador, se había producido una brecha en el muro de Leiden, cerca de la Puerta de las Vacas, abierta por los valones de Lammen.

—¡Toma! —exclamó Harry, inflamado por la elocuencia de la narrativa del profesor—, ése fue el momento decisivo del asedio.

El profesor no dijo nada. Permaneció inmóvil con los brazos cruzados, mirando intensamente a los ojos de mi primo.

—Porque si ese punto no hubiera estado vigilado —continuó Harry—, o hubiera fallado la defensa y la brecha producida por el asalto nocturno de Lammen se hubiera visto coronada por el éxito, la ciudad habría sido incendiada y la gente masacrada ante los ojos del almirante Boisot y la flota de auxilio. ¿Quién defendía la brecha?

Van Stopp respondió muy lentamente, como si sopesara cada palabra:

—La historia registra la explosión de la mina bajo el muro de la ciudad en la última noche del asedio; no cuenta la historia de la defensa ni da el nombre del defensor. Pero ningún hombre ha tenido en su vida una responsabilidad tan tremenda como la misión encargada a ese héroe desconocido. ¿Fue el azar el que lo llevó a enfrentarse a tan inesperado peligro? Consideren algunas de las consecuencias si hubiera fracasado. La caída de Leiden habría destruido las últimas esperanzas del príncipe de Orange y de los estados libres. La tiranía de Felipe habría sido restablecida.

El nacimiento de la libertad religiosa y del autogobierno del pueblo habría sido pospuesto, ¿quién sabe por cuántos siglos? ¿Quién sabe si habría existido o habría podido existir la república de los Estados Unidos de América si los Países Bajos no hubieran estado unidos? Nuestra universidad, que ha dado al mundo personalidades como Grotius, Escalígero, Arminius y Descartes, fue fundada gracias al éxito de la defensa de la brecha por parte de ese héroe. Le debemos nuestra presencia aquí hoy. Más aún, le deben ustedes su propia existencia. Sus antepasados eran de Leiden: esa noche él se interpuso entre sus vidas y los carniceros que aguardaban fuera de las

murallas.

El pequeño profesor pareció crecer ante nosotros, un gigante de entusiasmo y patriotismo. Los ojos de Harry brillaron y sus mejillas enrojecieron.

—Vamos a casa, muchachos —dijo Van Stopp—, y demos gracias a Dios de que, mientras los ciudadanos de Leiden tendían sus miradas hacia Zoeterwoude y la flota, había un par de ojos vigilantes y un corazón intrépido en la muralla de la ciudad, precisamente al otro lado de la Puerta de las Vacas.

3

La lluvia golpeaba contra las ventanas un atardecer de otoño en nuestro tercer año en Leiden, cuando el profesor Van Stopp nos honró con su visita en la Breede Straat. Nunca había visto al viejo caballero de aquel talante. Hablaba incesantemente. Los chismorreos de la ciudad, las noticias de Europa, ciencia, poesía, filosofía, todos los temas fueron tocados sucesivamente y tratados con el mismo sentido del humor. Intenté llevar la conversación al tema de Hegel, con cuyos capítulos sobre la complejidad e interdependencia de las cosas estaba forcejeando yo por aquel entonces.

—¿No comprende usted el regreso del Uno Mismo al Uno Mismo a través del Otro? —dijo sonriendo—. Bueno, algún día lo comprenderá.

Harry permanecía silencioso y preocupado. Su taciturnidad afectó gradualmente incluso al profesor. La conversación languideció, y permanecimos largo rato sentados sin pronunciar palabra. De tanto en tanto nos llegaba el resplandor de un relámpago seguido por un distante trueno.

—Su reloj no funciona —observó de pronto el profesor—. ¿Ha funcionado alguna vez?

—Nunca desde que podamos recordar —respondí—. Es decir, sólo una vez, y entonces marchó hacia atrás. Fue cuando tía Gertrude...

En aquel momento capté una mirada de advertencia de Harry. Me eché a reír y tartamudeé:

—El reloj es viejo e inservible. No hay forma de ponerlo en marcha.

—¿Sólo hacia atrás? —dijo el profesor, calmadamente y sin darse cuenta al parecer de mi azoramiento—. Bueno, ¿y por qué un reloj no debe marchar hacia atrás? ¿Por qué el propio tiempo no puede ir hacia atrás y retrasar su curso?

Pareció estar aguardando una respuesta. Yo no tenía ninguna que darle.

—Pensé que era usted lo suficientemente hegeliano como para admitir que toda condición incluye su propia contradicción —prosiguió—. El tiempo es una condición, no un elemento esencial. Observado desde el absoluto, la secuencia por la cual el futuro sigue al presente y el presente sigue al pasado es puramente arbitraria. Ayer, hoy, mañana; no hay ninguna razón en la naturaleza de las cosas por la cual el orden no deba ser: mañana, hoy, ayer.

El brusco fragor de un trueno interrumpió las especulaciones del profesor.

—El día se forma por la revolución del planeta sobre su eje de oeste a este. Imagino que puede concebir usted condiciones bajo las cuales pueda girar de este a oeste, desenrollando, por decirlo así, las revoluciones de las eras pasadas. ¿Es mucho más difícil imaginar al tiempo desenrollándose por sí mismo: el tiempo en el reflujo en vez de en el flujo; el pasado desplegándose mientras el futuro retrocede; los siglos yendo a contramarcha; el curso de los acontecimientos procediendo hacia el principio y no, como ahora, hacia el fin?

—Pero —intervine yo— sabemos que, en lo que a nosotros respecta...

—¡Sabemos! —exclamó Van Stopp, con creciente desdén—. Su inteligencia no tiene alas. Sigue usted las huellas de Comte y su asquerosa progenie de ramplones y rastreros. Habla con una sorprendente seguridad de su posición en el universo. Parece creer que su pequeña y miserable individualidad tiene clavados firmemente sus pies en el absoluto. Y sin embargo, se va a la cama por la noche y sueña, trayendo a la existencia a hombres, mujeres, niños, animales del pasado o del futuro. ¿Cómo sabe usted que en este preciso momento su yo, con toda su presunción del pensamiento del siglo XIX, es algo más que una criatura de un sueño de futuro, soñada, permítame decírselo, por algún filósofo del siglo XVI? ¿Cómo sabe que es algo más que una criatura de un sueño de pasado, soñada por algún hegeliano del siglo XXVI? ¿Cómo sabe usted, muchacho, que no se desvanecerá en el siglo XVI o en el año 2060 en el momento en que el durmiente despierte?

No había respuesta a esto, pues sonaba metafísico. Harry bostezó. Yo me levanté y me dirigí a la ventana. El profesor Van Stopp se acercó al reloj.

—Ah, hijos míos —dijo—, no hay un avance fijo del progreso humano. Pasado, presente y futuro están entretejidos en una malla inextricable. ¿Quién puede decir que este viejo reloj no funciona correctamente marchando hacia atrás?

El retumbar de un trueno sacudió la casa. La tormenta estaba sobre nuestras cabezas. Cuando el deslumbrante resplandor hubo pasado, el profesor Van Stopp estaba de pie sobre una silla ante el alto reloj. Su rostro se parecía más que nunca al de tía Gertrude. Permanecía inmóvil allí donde ella había permanecido también inmóvil en aquel último cuarto de hora, cuando la vimos dar cuerda al reloj.

El mismo pensamiento nos golpeó a Harry y a mí.

—¡Espere! —gritamos, mientras empezaba a darle cuerda al reloj—. Puede representar la muerte si usted...

Los pálidos rasgos del profesor resplandecieron con el mismo extraño entusiasmo que había transformado a tía Gertrude.

—Cierto —dijo—, puede representar la muerte; pero puede representar el despertar. Pasado, presente, futuro, ¡todos entretreídos! La lanzadera efectúa su movimiento de vaivén, hacia delante y hacia atrás...

Le había dado cuerda al reloj. Las manecillas estaban girando rápidamente en torno a la esfera, de derecha a izquierda, con una inconcebible rapidez. Nosotros mismos tuvimos la impresión de sentirnos arrastrados por aquel girar. Eternidades parecieron contraerse en minutos, mientras vidas enteras eran desechadas a cada tic-tac. Van Stopp, con los brazos extendidos, se tambaleaba en su silla. La casa se estremeció de nuevo bajo el tremendo resonar de un trueno. En aquel mismo instante una bola de fuego, dejando un rastro de vapor sulfuroso y llenando la habitación con una deslumbrante luz, pasó por encima de nuestras cabezas y golpeó el reloj.

Van Stopp estaba tendido en el suelo. Las manecillas dejaron de girar.

4

El rugir del trueno sonaba como un intenso cañoneo. El resplandor del relámpago parecía la constante luz de una conflagración. Cubriéndonos los oídos con las manos, Harry y yo nos precipitamos hacia la noche.

Bajo un cielo rojo, la gente corría hacia el Stadthuis. Las llamas en dirección a la torre romana nos decían que el corazón de la ciudad ardía. Los rostros de aquellos a quienes vimos eran macilentos y extenuados. Por todos lados captamos retazos de frases de queja o desesperación. «Carne de caballo a diez schillings la libra —decía uno—, y pan a dieciséis schillings». «¡Pan, no me diga! —replicó una mujer vieja—. Hace ocho semanas que vi el último mendrugo». «Mi nietecito, el inválido, murió la noche pasada». «¿Sabe lo que hizo Gekke Betje, la lavandera? Estaba muriéndose de hambre. Su bebé murió, y ella y su hombre...».

El sordo retumbar de un cañón cortó en seco su revelación.

Nos abrimos camino hacia la ciudadela, pasando a algunos soldados aquí y allá, y a muchos ciudadanos con ceñudos rostros bajo sus sombreros de fieltro de ala ancha.

—Hay montones de pan allí donde está la pólvora, y el perdón absoluto también.

Valdez lanzó otro indulto por encima de las murallas esta mañana.

Una excitada multitud rodeó inmediatamente al que estaba hablando.

—Pero; ¿y la flota? —gritaron.

—La flota está varada en el pólder del Camino Verde. Boisot puede dirigir su único ojo hacia el mar esperando el viento hasta que el hambre y la peste se hayan llevado a todos nuestros hijos, y su barcaza no tiene cerca ninguna cuerda lo suficientemente larga. Morir por la peste, morir por el hambre, morir por el fuego y las descargas de fusilería..., eso es lo que nos ofrece el burgomaestre a cambio de la gloria para él y el reino de Orange.

—Nos ha pedido que resistamos tan solo veinticuatro horas más —dijo un robusto ciudadano—, y que roguemos mientras tanto para que venga viento del mar.

—¡Oh, sí! —se burló el primero que había hablado—. Rogad.

Hay pan de sobra encerrado en la bodega de Pieter Adiaanszoon van der Werf. Os aseguro que eso es lo que le proporciona un estómago tan maravillosamente orondo como para resistir al *Más Católico de los Reyes*.

Una muchacha con el rubio cabello trenzado se abrió camino a través de la multitud y se enfrentó al descontento.

—Buena gente —dijo—, no le escuchéis. Es un traidor con el corazón español. Soy la hija de Pieter. No tenemos pan. Comimos galletas de malta y semillas de colza como el resto de vosotros hasta que se terminaron. Luego arrancamos las hojas verdes de los tilos y sauces de nuestro jardín y las comimos. Hemos comido incluso los cardos y la maleza que crecen entre las piedras junto al canal. El cobarde miente.

Sin embargo, la insinuación había causado su efecto. El grupo de gente, ahora convertido en multitud, se lanzó en dirección a la casa del burgomaestre. Un rufián alzó su mano para apartar a la muchacha de su camino con un golpe. En un abrir y cerrar de ojos el canalla estaba bajo los pies de sus compañeros, y Harry, jadeando y echando chispas se detenía junto a la doncella, gritando su desafío en buen inglés a las espaldas de la muchedumbre que se alejaba rápidamente.

Con suma franqueza, la muchacha echó los brazos en torno al cuello de Harry y le besó.

—Gracias —dijo—. Es usted un hombre de corazón. Mi nombre es Gertruyd van der Werf.

Harry rebuscó en su vocabulario para hallar las palabras adecuadas en holandés, pero la muchacha no estaba para cumplidos.

—Pretenden hacerle daño a mi padre —dijo, y nos urgió a que la siguiéramos a través de varias calles extremadamente estrechas hasta un mercadillo triangular dominado por una iglesia con dos torres.

—Aquí es —exclamó—, en las escalinatas de San Pancracio.

Había un tumulto en la plaza del mercado. La conflagración tenía lugar más allá

de la iglesia, y las voces de los españoles y los cañones valones fuera de las murallas eran menos airadas que el rugir de aquella multitud de hombres desesperados clamando por el pan que una simple palabra de los labios de su líder podría proporcionarles.

—¡Rendíos al rey! —le gritaban—, ¡o enviaremos vuestro cadáver a Lammen como señal de la rendición de Leiden!

Un hombre alto, más de media cabeza más alto que cualquiera de los ciudadanos que se enfrentaban a él, y tan moreno que nos preguntábamos cómo podía ser el padre de Gertruyd, oyó la amenaza en silencio. Cuando el burgomaestre habló, la multitud escuchó a su pesar.

—¿Qué es lo que pedís, amigos? ¿Que rompamos nuestra promesa y rindamos Leiden a los españoles? Eso nos conduciría a un destino mucho más horrible que morir de hambre. ¡Tengo que mantener mi juramento! Matadme si queréis. Yo sólo puedo morir una vez, ya sea a vuestras manos, a las del enemigo o a manos de Dios. Pero os dejaré morir de hambre si es necesario, recibiendo con alborozo la inanición porque viene antes que el deshonor. Vuestras amenazas no me moverán. Mi vida está a vuestra disposición. Aquí está, tomad mi espada, clavadla en mi pecho, y descuartizad mi carne y repartidla entre vosotros para apaciguar vuestra hambre. Mientras siga con vida no pienso rendirme.

Hubo un nuevo silencio, mientras la multitud se agitaba. Luego hubo murmullos a nuestro alrededor. Fueron dominados por la clara voz de la muchacha, cuya mano Harry mantenía todavía sujeta, innecesariamente, me pareció.

—¿No sentís el viento que viene del mar? Por fin ha llegado. ¡A la torre! ¡Y el primer hombre que llegue allí verá a la luz de la luna las blancas velas desplegadas de las naves del príncipe!

Durante varias horas recorrí las calles de la ciudad, buscando en vano a mi primo y a su compañera; el repentino movimiento de la multitud hacia la torre romana nos había separado. Por todos lados vi evidencias del terrible castigo que había conducido a aquella gente intrépida al límite de la desesperación. Un hombre de ojos hambrientos perseguía a una flaca rata por la orilla del canal. Una joven madre, con dos bebés muertos en sus brazos, permanecía sentada junto a una puerta, mientras esperaba a que le trajeran los cuerpos de su marido y de su padre, muertos en las murallas. En mitad de una calle desierta pasé junto a un montón de cadáveres insepultos dos veces más alto que mi cabeza. La peste se había adueñado del lugar..., más benévola que los españoles, puesto que no arrastraba consigo traidoras promesas mientras asestaba sus golpes.

Hacia la madrugada el viento se convirtió en ventarrón. Nadie durmió en Leiden, nadie habló ya de rendirse, nadie pensó en preocuparse de la defensa. Estas palabras estaban en los labios de todos aquellos con los que me cruzaba: «¡La luz del día

traerá a la flota!».

¿Trajo la luz del día a la flota? La historia dice que sí, pero yo no fui testigo de ello. Solo sé que antes del amanecer el fuerte viento culminó en una violenta tronada, y que al mismo tiempo una ahogada explosión, más fuerte que el trueno, sacudió la ciudad. Yo estaba entre la multitud que observaba desde la loma romana en busca de los primeros signos de la proximidad de los socorros. La confusión borró la esperanza de todos los rostros.

«¡Sus minas han alcanzado la muralla!». ¿Pero dónde? Me apresuré hasta que encontré al burgomaestre, que estaba de pie con los demás.

—¡Rápido! —le susurré—. Es más allá de la Puerta de las Vacas, de este lado de la Torre de Burgundy.

Me echó una mirada interrogativa, y entonces echó a andar a grandes zancadas, sin hacer ningún intento de apaciguar el pánico general. Le seguí pisándole los talones.

Había una distancia de casi un kilómetro hasta la muralla en cuestión. Cuando alcanzamos la Puerta de las Vacas esto fue lo que vimos: Una enorme brecha, allí donde había estado la muralla, abriéndose a los pantanosos campos de más allá; en el foso, abajo y por la parte de fuera, una confusión de trastornados rostros, pertenecientes a los hombres que forcejeaban como demonios para rematar la brecha, y que habían ganado unos pocos pies y ahora se veían obligados a retroceder; sobre la destrozada muralla, un puñado de soldados y ciudadanos formando una muralla viviente allí donde la mampostería había cedido; un número aún mayor de mujeres, entregando piedras a los defensores e hirviendo agua en calderos, junto con brea y aceite y cal viva, y algunas de ellas lanzando garfios ardientes y embreados sobre los cuellos de los españoles en el foso; mi primo Harry mandaba y dirigía a los hombres; la hija del burgomaestre, Gertruyd, animaba e inspiraba a las mujeres.

Pero lo que atrajo mi atención mucho más que cualquier otra cosa fue la frenética actividad de un hombrecillo vestido de negro que, con un enorme cazo, estaba echando plomo fundido sobre las cabezas del grupo asaltante. Cuando se volvió hacia la fogata y metió el cazo en la marmita, sus rasgos quedaron enteramente a la luz. Lancé un grito de sorpresa: el hombre del cazo de plomo fundido era el profesor Van Stopp.

El burgomaestre Van der Werf se volvió hacia mí al oír mi brusca exclamación.

—¿Quién es el hombre del cazo? —dije.

—Ese es el hermano de mi esposa —respondió Van der Werf—, el relojero Jan Lipperdam.

El asunto en la brecha había terminado antes casi de que tuviéramos tiempo de darnos cuenta de la situación. Los españoles, que habían derribado la muralla de ladrillos y piedras, se toparon con una muralla viviente impenetrable. Ni siquiera

podieron mantener su posición en el foso; fueron arrojados a la oscuridad. Entonces sentí un agudo dolor en mi brazo izquierdo. Alguna bala perdida debía de haberme alcanzado mientras observaba la lucha.

—¿Quién ha conseguido esto? —preguntó el burgomaestre—. ¿Quién es el que ha mantenido la vigilancia sobre el hoy mientras todos los demás estábamos con nuestros estúpidos ojos clavados en el mañana?

Gertruyd van der Werf avanzó orgullosamente, llevando a mi primo de la mano.

—Padre mío —dijo la muchacha—, él ha salvado mi vida.

—Eso es mucho para mí —dijo el burgomaestre—, pero no es todo. Ha salvado Leiden y ha salvado a Holanda.

Empecé a sentirme aturdido. Los rostros a mi alrededor se hicieron irreales. ¿Por qué estábamos nosotros con esta gente? ¿Por qué el trueno y el relámpago seguían sin cesar?

¿Por qué el relojero. Jan Lipperdam, se volvía siempre hacia mí con el rostro del profesor Van Stopp?

—¡Harry! —dije—, volvamos a nuestras habitaciones. Pero aunque sujetó cálidamente mi mano, su otra mano seguía sujetando la de la muchacha, y no se movió. Entonces las náuseas me vencieron. Mi cabeza flotó, y la brecha y sus defensores desaparecieron de mi vista.

5

Tres días más tarde estaba sentado, con un brazo vendado, en mi sillón habitual en la sala de lectura de Van Stopp. El asiento junto al mío estaba vacío.

—Hemos oído hablar mucho de la influencia del siglo XVI sobre el XIX —dijo el profesor hegeliano, leyendo en su bloc de notas con su habitual tono rápido y seco—. Ningún filósofo, por lo que sé, ha estudiado nunca la influencia del siglo XIX sobre el XVI. Si la causa produce el efecto, ¿el efecto nunca induce la causa? ¿Acaso las leyes de la herencia, al contrario de todas las demás leyes de este universo de mente y materia, operan únicamente en una dirección? ¿El descendiente lo debe todo al antepasado, y el antepasado nada al descendiente? ¿Acaso el destino, que domina nuestras existencias y nos conduce para sus propias finalidades adentrándonos en el futuro, no nos adentra nunca en el pasado?

Regresé a mis habitaciones en la Breede Straat, donde mi único compañero era el

silencioso reloj.

En el sol

por Robert Duncan Milne

Íntimo amigo de Ambrose Bierce y Robert Louis Stevenson, Robert Duncan Milne (1844-1899) fue el más prolífico escritor de relatos cortos de ciencia ficción del siglo XIX, con más de sesenta en su haber. Fue un escritor de ciencia ficción «dura», en la vena de Arthur Clarke y Larry Niven, y hubiera debido tener una gran influencia en el campo.

Desgraciadamente, sin embargo, su obra sólo apareció en periódicos de San Francisco y revistas, y permaneció olvidada hasta que recientemente fue recopilada por Sam Moskowitz (*Into the Sun and Other Stories*, 1980).

Milne nació en Cupar Fifeshire, Escocia, estudió en el Trinity College y se graduó en la Universidad de Oxford. Aunque fue un excelente estudiante y un destacado atleta, era un bebedor empedernido, y parece como si su familia hubiera pagado para que abandonara el país. Durante años se ganó la vida realizando extraños trabajos mientras vagabundeaba por California y México. Luego, a finales de la década de los setenta, empezó a escribir para la prensa de San Francisco.

A partir ya de su primera historia (*A Modern Robe of Nessus*), Milne recibió la aclamación popular, y no tuvo dificultades en vender sus trabajos. Una razón de su éxito es que sus historias estaban impregnadas de una gran cantidad de verosimilitud científica.

Parecía mantenerse en línea con el desarrollo científico, y poseía una mente orientada mecánicamente. Consiguió una patente para una máquina de vapor rotativa y dio la primera descripción literaria de un helicóptero jamás conocida hasta ahora. En segundo lugar, trataba de una amplia variedad de temas, tales como la manipulación genética, la transmisión inalámbrica, la cuarta dimensión, el béisbol, la exploración interplanetaria, la televisión y los monstruos prehistóricos. En tercer lugar, era un estilista creíble, cuyas historias siguen siendo aún hoy fáciles de leer.

Naturalmente, cuando William Randolph Hearst consiguió el control del *San Francisco Examiner* en 1887, Milne se había vuelto tan popular en la Costa Oeste que fue contratado para hacerse cargo de las secciones especiales pese a su notoria reputación como bebedor.

Pero a la larga Milne fue despedido porque había caído en un estado casi perpetuo de embriaguez. Finalmente, sólo dos semanas antes del nuevo siglo, apareció de pronto haciendo eses frente a un tranvía, y resultó fatalmente herido.

Para esta antología hemos seleccionado la excelente historia del desastre cósmico de Milne *Into the Sun* (1882), que describe vívidamente el impacto que un repentino aumento de la temperatura tendría en la Tierra. Narrado en primera persona por un

joven aeronauta, tiene un final digno de Poe.

Escenario: San Francisco. Época: 1883

—¿De modo que usted piensa, doctor, que el cometa que acaba de ser observado desde Sudáfrica es el mismo que el del año pasado..., el descubierto en primer lugar por Cruls en Río de Janeiro y que luego fue claramente visible por todos nosotros aquí a lo largo de todo el mes de octubre?

—A juzgar por los informes relativos a su aspecto general, y a la trayectoria que sigue, no veo qué otra conclusión podemos tomar. Se está acercando al sol desde el mismo lugar que el cometa del año pasado; se le parece en su aspecto; su velocidad es la misma, si no mayor... Todas esas cosas son argumentos identificadores muy fuertes.

—Pero entonces, ¿cómo explica su rápido regreso? Estamos sólo a finales de agosto, y el año pasado se registró que el cometa había cruzado su perihelio aproximadamente el 18 de septiembre..., hace escasamente un año. Incluso los cometas de Encke y Biela, que son tributarios de nuestro sistema solar, por así decirlo, tienen periodos mucho más largos que éste.

—Sólo puedo aventurar la hipótesis de que este cometa pasa tan cerca del sol que su movimiento resulta retardado y su trayectoria alterada tras cada aproximación. Creo, con el señor Proctor y el profesor Boss, que se trata del cometa de 1843 y 1880; que se está moviendo en una sucesión de espirales excéntricas, cuya curvatura ha reducido sus períodos de revolución desde quizá varios cientos de años a, según su último regreso registrado, treinta y siete años, luego a dos y una fracción, y ahora a menos de uno, y que su destino final es verse precipitado en el sol.

—Lo cual es realmente sorprendente, suponiendo que su hipótesis sea correcta. Y si tal cosa llega a ocurrir, ¿qué resultados anticipa usted?

—Eso exige algunas consideraciones. Tome otro cigarro y examinaremos el asunto.

La precedente conversación tenía lugar en las habitaciones de mi amigo el doctor Arkwright, en la calle Market; la hora, aproximadamente las once de la noche; la fecha, el veintisiete de agosto: las preguntas habían sido más, y las respuestas del doctor. Debo añadir que el doctor era un químico de grandes aptitudes, y que se tomaba un gran interés por todas las discusiones y experimentos científicos.

—Los efectos de la colisión de un cometa con él sol pueden depender de muchas condiciones —observó el doctor, mientras encendía su cigarro—. Dependerán en primer lugar de la masa, impulso y velocidad del cometa..., y algo, también de su constitución. Déjeme ver ese párrafo de nuevo, Ah, aquí está.

Y el doctor procedió a leer del periódico:

Río de Janeiro, 18 de agosto. El cometa fue nuevamente visible la pasada noche, antes y después del ocaso, a unos treinta grados del sol. El señor Cruls afirma que es idéntico al cometa del año pasado. Se está acercando al sol a una velocidad de dos grados y medios diarios. A. R. al mediodía de ayer, 178 grados, minutos. Decl., 83 grados, 40 minutos Sur.

—Esto corresponde exactamente con la posición y el movimiento del cometa del año pasado —prosiguió—. Vino de un punto muy aproximado al sur del sol, y en consecuencia fue invisible en el hemisferio norte antes del perihelio.

—Perdón —interrumpí—, pero recordará usted que las predicciones de los periódicos relativas al cometa del año pasado fueron que rápidamente se haría invisible para nosotros, mientras que continuó adornando los cielos matutinos durante semanas, hasta que se desvaneció en la remota distancia.

—Eso fue debido a que la naturaleza de su órbita no fue claramente comprendida. El plano de la órbita del cometa corta el plano de la órbita de la Tierra casi en ángulo recto, pero el eje mayor o dirección general de su órbita en el espacio estaba también inclinado unos cincuenta grados con respecto a nuestro plano. Y así ocurrió que mientras la aproximación del cometa se produjo desde un punto algo al este con respecto al sur, su viaje de regreso al espacio se produjo a lo largo de una línea a unos veinte grados al sur con respecto al oeste, lo cual trazó su curso aproximadamente a lo largo de la línea del ecuador celeste. En consecuencia, el cometa del año pasado fue visible a primera hora de la mañana, no sólo para nosotros, sino para todos los habitantes de la Tierra entre el paralelo sesenta 80 norte y el polo sur, hasta que la enorme distancia lo hizo desaparecer. Pero, como iba a decir cuando usted me interrumpió, si la distancia del cometa al sol era sólo de treinta grados cuando fue observado en Río de Janeiro, hace nueve días, y su velocidad era entonces de dos grados y medio diarios, en la actualidad no puede hallarse lejos del perihelio, especialmente puesto que su velocidad se incrementa a medida que se aproxima al sol.

—Supongamos que esta vez se estrella contra el sol. ¿Qué resultados predeciría usted?

—Si un globo sólido del tamaño de nuestro planeta cayera al sol con el impulso resultante de la atracción directa a partir de su actual posición en el espacio, engendraría el suficiente calor como para mantener el fuego solar a su nivel existente, sin posterior abastecimiento, durante unos noventa años. Este cálculo no implica un gran conocimiento científico o matemático, sino que por el contrario es tan sencillo como fidedigno, porque poseemos datos positivos de la masa e impulso de nuestro

planeta para tomarlos como punto de partida. Pero con un cometa el caso es distinto. No sabemos de qué elementos está compuesto su núcleo. Es cierto que conocemos el valor de su impulso, pero ¿qué nos dice eso si no sabemos su densidad ni su masa? Un impulso de seiscientos kilómetros por segundo, la velocidad estimada del actual cometa en su perihelio, engendraría indudablemente una violenta combustión si el cometa poseyera un cuerpo ponderable. Por otra parte, los cuerpos grandes compuestos por materia fluida altamente volatilizada podrían chocar contra el sol sin ningún efecto apreciable.

—¿Poseemos algún dato al respecto? —pregunté.

—Con relación a nuestro propio sol, no; pero se han producido algunas circunstancias altamente sugerentes con otros soles que nos conducen a inferir que algo parecido podría ocurrirle al nuestro. Hace algunos años, una estrella de la constelación del Cisne mostró un repentino resplandor, que creció del de una estrella de sexta magnitud, apenas distinguible a simple vista, hasta el de una estrella de primera magnitud. Este brillo se mantuvo durante vanos días, luego volvió a su condición original. Es razonable inferir que el gran incremento de su luminosidad pudo ser causado por la precipitación de algún cuerpo sólido de apreciable tamaño; un planeta, un cometa o quizás otro sol, contra el sol en cuestión. Y puesto que la luz y el calor son ahora comprendidos simplemente como diferentes modos o expresiones de la misma cualidad de modulación, es razonable inferir también que el incremento de calor se correspondió al de luz.

—Entonces, ¿cuál supone usted que sería el efecto natural sobre este planeta si una catástrofe como la que acaba de imaginar le ocurriera a nuestro propio sol?

—La luz y el calor de nuestro astro podrían incrementarse un centenar de veces, o un millar, según la naturaleza de la colisión. Uno puede concebir una combustión tan intensa que evapore todos nuestros océanos en sólo un minuto, o incluso que volatilice la materia sólida de nuestro planeta en menos tiempo todavía, como un glóbulo de mercurio en una cámara de aire caliente. En el vocabulario de la naturaleza, «grande» y «pequeño» no son términos absolutos, sino relativos; ambos son igualmente dóciles a sus leyes —observó sentenciosamente el doctor.

—Ciertamente, una observación reconfortante —murmuré—. Esperemos no vernos favorecidos con una tal experiencia.

—¿Quién puede decirlo? —respondió el doctor, mientras se alzaba de su silla—. Discúlpeme un momento. Ya sabe que mañana va a producirse una ascensión en globo desde los jardines Woodward, y hay un nuevo ingrediente que voy a introducir en la inflación. El producto requiere un poco más de mezcla. Tome otro cigarro. Estaré de vuelta en un minuto.

Me recliné en mi asiento y medité, mientras oía alejarse los pasos del doctor, que se dirigía a la habitación contigua. Consulté el reloj. Eran las once y media. Era una

noche calurosa para San Francisco en agosto..., de hecho un fenómeno notable. Me levanté para abrir la ventana, y mientras lo hacía el doctor entró de nuevo en la habitación.

—¿Qué es eso? —exclamé involuntariamente, mientras levantaba la persiana.

El espectáculo que encontraron mis ojos cuando hube rematado mi movimiento merecía realmente la exclamación.

Los aposentos del doctor Arkwright se hallaban en el lado norte de la calle Market, y la inferior altura de los edificios del otro lado permitía una visión ininterrumpida del horizonte al sur y al este. Al este, sobre los techos de las casas, podía verse una delgada y lívida línea marcando las aguas de la bahía, y más allá las recortadas siluetas de las colinas de la Alameda. Todo aquello era normal y lo había visto cientos de veces antes, pero por el nordeste el cielo estaba iluminado por un tenue resplandor de un apagado color rojo, que se extendía hacia el norte a lo largo del horizonte en un cada vez más amplio arco, hasta que la visión quedaba cortada por la línea de la calle a nuestra izquierda. Aquella luz se parecía en todas sus características a la *aurora borealis*, excepto en el color. En vez de la fría y clara radiación de la luz septentrional, nos enfrentábamos a un iracundo resplandor color rojo sangre que de tanto en tanto arrojaba ramificaciones, y lenguas, y rayos de fuego, hacia el cénit. Era como si alguna terrible conflagración se estuviera desarrollando a nuestro norte.

¿Pero qué podía producir una iluminación tan extensa y poderosa?, me dije a mí mismo.

Enormes fuegos forestales, o el incendio de grandes ciudades, se manifiestan con un resplandor reflejado en el cielo que puede verse a grandes distancias, pero no exhiben la regularidad —o la armonía, por decirlo así— que se apreciaba en este caso. La conclusión inevitable era que el fenómeno no poseía una fuente local.

Mientras mirábamos por la ventana pudimos ver que la escena había llamado la atención de otras personas además de nosotros.

Pequeños grupos de gente se habían reunido en las aceras; grupos más grandes en las esquinas de las calles, y los transeúntes no dejaban de volver sus cabezas para contemplar el extraño espectáculo.

Al mismo tiempo el aire se estaba haciendo más denso y más bochornoso a cada minuto.

No era un simple sople de aire muy caliente, sino una ominosa e inexplicable calma que parecía anidar sobre la ciudad, como la que en algunos climas es precursora de una tormenta, y que aquí es conocida frecuentemente como «clima de terremoto».

El doctor rompió el silencio.

—Esto es algo que está más allá del normal discurrir de las cosas —exclamó—.

Esa luz en el norte tiene que tener una causa. Todos los bosques de Sonoma y Mendocino, con los pinares del territorio de Oregon y Washington, no crearían un resplandor como éste. Además, no es el tipo de reflejo en el cielo que causaría un incendio forestal.

—Eso es exactamente lo que yo pienso —afirmé.

—Veamos si podemos relacionarlo con un origen más amplio. Es casi medianoche. Esta luz procede del norte. Los rayos del sol están iluminando ahora el otro lado del globo. Por consiguiente, es el amanecer en el Atlántico, mediodía en la Europa del Este, y el atardecer en Asia Occidental. Cuando usted vino aquí, hace escasamente una hora, el cielo estaba claro, y la temperatura normal.

Cualquier cosa que haya producido este extraordinario fenómeno ha tenido lugar dentro de la última hora. Desde que hemos empezado a observarlo he podido apreciar que el extremo del arco iluminado se ha deslizado más hacia el este. Por lo tanto, esa luz tiene su origen en el sol, aunque supera por completo los límites de la experiencia.

—¿No podría estar relacionada con el cometa del que hemos estado hablando? —sugerí—. Ahora debería estar cerca de su perihelio.

—Debería estarlo —admitió el doctor—. ¿Quién sabe si el llameante vagabundo no habrá entrado realmente en contacto con el sol? Salgamos fuera.

Nos pusimos los sombreros y abandonamos el edificio. A todo lo largo de las aceras encontramos grupos de excitadas personas mirando a la extraña luz y haciendo especulaciones acerca de su causa.

La opinión general se refería a algún enorme incendio forestal, aunque también había entusiastas religiosos que veían en ello una manifestación de toda clase de cosas; porque en la desinformada mente humana no hay término medio entre lo vulgarmente práctico y lo puramente fanático. Nos apresuramos a lo largo de la calle Market y giramos por Kearny, donde los grupos eran aún más densos y miraban más ansiosamente. Al llegar a las oficinas del *Chronicle*, observé que una sucesión de mensajeros procedentes de varias oficinas telegráficas estaban confluyendo en las escaleras del edificio.

—Si espera un momento —le dije al doctor—, subiré las escaleras y averiguaré de qué se trata.

—Extrañas noticias del Este —dijo apresuradamente el director ante los mensajes telegráficos, respondiendo a mi pregunta y señalando al mismo tiempo a un pequeño montón de comunicaciones—. Han estado llegando durante la última media hora desde todos los puntos de la Unión.

Tomé uno al azar, y leí su contenido:

NUEVA YORK, 3:15 A. M. UNA EXTRAORDINARIA LUZ ASOMA POR EL

HORIZONTE ORIENTAL. MUY ROJA Y AMENAZADORA. PARECE PROCEDER DE UNA GRAN DISTANCIA, ALLÁ EN EL MAR. LA GENTE INCAPAZ DE PRECISAR LA CAUSA.

Otro decía:

NUEVA ORLEANS, 4:10 A. M. UN VÍVIDO INCENDIO REFLEJADO EN EL CIELO. UN POCO AL NORDESTE. LA OPINIÓN GENERAL ES QUE ENORMES INCENDIOS HAN BROTADO EN LOS CAÑAVERALES. LA POBLACIÓN INTRANQUILA Y ANSIOSA.

—Hay un montón más —hizo notar el director—. De Chicago, Memphis, Canadá... De hecho, de todas partes..., y todos con lo mismo. ¿Qué le parece?

—El fenómeno es evidentemente universal —dije—. Debe de tener su origen en el sol. ¿Ha observado lo caliente y sofocante que se está poniendo el aire? ¿Tiene usted algún comunicado de Europa?

—Todavía no. Ah, aquí hay un cablegrama retransmitido desde Nueva York —dijo el director, tomando un comunicado de la mano de un mensajero que acababa de entrar—. Éste puede que nos diga algo. Escuche:

LONDRES, 7:45 A. M. HACE CINCO MINUTOS EL CALOR DEL SOL SE HA VUELTO OPRESIVO. TODOS LOS TRABAJOS SE HAN DETENIDO. LA GENTE CAE EN REDONDO POR LAS CALLES. LOS TERMÓMETROS SUBEN DE 11 A 45 GRADOS. Y SIGUEN SUBIENDO. UN MENSAJE DEL OBSERVATORIO DE GREENWICH DICE...

—El comunicado se interrumpe bruscamente aquí —intercaló el director—, y el operador de Nueva York añade: *Mensaje cortado en seco. Nada más por el cable. Intensa alarma en todas partes. Luz y calor aumentando...*

—Bueno —dije—, debe de ser tal como sugirió el doctor Arkwright. El cometa observado de nuevo en Río de Janeiro, hace diez días, ha caído en el sol. Sólo el cielo

sabe lo que podremos hacer.

—Debo publicar estos comunicados y sacar el periódico a cualquier precio —dijo el director con determinación—. Ah, aquí viene el hielo para las rotativas. —Media docena de hombres entraban por la puerta, cada uno de ellos con un saco al hombro—. El periódico tiene que salir a la calle aunque para ello la Tierra deba arder. Espero que podamos resistir hasta el amanecer, y que antes de entonces lo peor ya haya pasado.

Abandoné la oficina, me reuní con el doctor en la calle y le conté las noticias.

—No hay ninguna duda —observó inmediatamente—. El cometa del año pasado ha caído en el sol. Todos los mensajes telegráficos eran casi simultáneos en el tiempo, puesto que ahora es medianoche aquí, y en consecuencia las cuatro en Nueva York y las ocho en Inglaterra.

—¿Qué podemos hacer? —pregunté.

—No creo que haya motivo para una alarma inmediata. Debemos ver si el calor aumenta materialmente entre ahora y el amanecer, y tomar medidas de acuerdo con ello. Mientras tanto, preocupémonos de nosotros. Las escenas de alarma se habían intensificado en las calles a medida que las cruzábamos. Parecía como si la mitad de la población hubiera abandonado sus casas y se hubiera reunido en los lugares más públicos. Miles de personas estaban empujando y apretujándose en las inmediaciones de las distintas oficinas de los periódicos en sus frenéticos esfuerzos por vislumbrar los boletines de noticias, donde lo sustancial de los diversos telegramas había sido progresivamente incluido tan rápido como iban llegando.

Multitud de coches y carretas iban de aquí para allá, repletos con grupos de familias que al parecer intentaban salir de la ciudad, probablemente sin ningún destino definido y sin saber exactamente qué estaban haciendo ni adonde podrían ir.

A medida que se acercaba el amanecer, el violento arco rojo se iba extendiendo a partir del horizonte, sus contornos haciéndose más pronunciados y brillantes, y su llameante cresta creciendo más arriba en el cielo. No podía concebirse nada más terrible, más calculado para producir sentimientos de embrutecido terror, y para convencer al espectador de su absoluta indefensión para enfrentarse a un acontecimiento inevitable e inexorable, mientras aquel llameante arco color rojo sangre se extendía sobre más de una cuarta parte del horizonte. También el aire se estaba volviendo por momentos más pesado y asfixiante.

Un vistazo al termómetro de uno de los hoteles nos dio una temperatura de 45,5 grados.

Entre las dos y las tres de la madrugada cuatro alarmas de incendio sucesivas sonaron en los barrios inferiores de la ciudad.

Dos grandes almacenes y un depósito de licores, en tres bloques contiguos, se incendiaron, evidentemente por obra de algún pirómano. Multitudes de la peor

chusma se reunieron, como de mutuo acuerdo, en las zonas comerciales. Tiendas y almacenes fueron forzados y saqueados..., y las fuerzas de la policía, pese a trabajar enérgicamente, no fueron capaces de detener la labor de pillaje, alimentada por los terrores morales de la noche y la parálisis general que amilanaba a la mejor clase de ciudadanos. Extrañas escenas se producían en cada esquina y en cada calle. Grupos de mujeres arrodilladas en las aceras, hendiendo el aire con plegarias y lamentaciones, eran empujadas violentamente por rufianes enloquecidos y furiosos por el alcohol. Una procesión de fanáticos religiosos, cantando chillones y discordantes himnos, y llevando linternas en sus manos, pasaron desapercibidos por entre las atestadas calles, y luego los pudimos ver abriéndose camino por la empinada cuesta de Telegraph Hill. En pocas palabras, los terribles y extraños efectos de aquella espantosa noche hubieran abrumado la pluma de un Dante que hubiera querido describirlos, o el lápiz de un Doré que hubiera querido plasmarlos en imagen.

—Vamos a casa —dijo el doctor, consultando su reloj—. Son las tres y media. La temperatura de la atmósfera está subiendo a todas luces. Hay posibilidades de que se haga insoportable tras la salida del sol. Debemos considerar qué es lo que podemos hacer.

Nos abrimos camino por las repletas calles, pasando junto a desesperados hombres sobrecogidos por el terror y sollozantes mujeres. Pero cuando cruzamos junto a los boletines de noticias exhibidos en la esquina de las calles Bush y Kearny, me sentí animado pensando que al menos una industria humana seguiría funcionando hasta que los mecanismos ya no pudieran trabajar más, y que el mundo podría obtener todos los detalles del destino que se le avecinaba, mientras los cables telegráficos pudieran transmitirlos, las linotipias formar las líneas y las rotativas imprimirlas. Sentí que el poder y la grandeza de la prensa nunca habían sido tan ejemplificados como ahora, cuando la regular e incesante pulsación de su maquinaria iba vomitando las noticias del desastre que se abatía sobre el otro hemisferio y que dentro de pocas horas traería sus catastróficos efectos hasta nosotros.

Las últimas dos carretas que habían traído hielo al periódico habían sido abordadas y saqueadas por la sedienta multitud y, mirando a la sala de máquinas cuando penetré en el edificio, pude ver a los operarios de las rotativas desnudos hasta la cintura en aquel terrible baño de aire caliente, mientras arriba el director, desnudo asimismo hasta la cintura, y con el rasgo adicional de una toalla húmeda enrollada en torno a sus sienes, reunía más y más telegramas. Hizo un gesto hacia el último comunicado de Nueva York cuando entré. Lo tomé y leí lo que sigue:

NUEVA YORK, 6 A. M. EL SOL ACABA DE APARECER. EL CALOR ES TERRIBLE.

EL AIRE SOFOCANTE. LA GENTE BUSCA LA SOMBRA. MILES DE

PERSONAS SE

BAÑAN EN LOS MUELLES. MILES DE MUERTOS POR INSOLACIÓN.

—Es casi un resumen del mensaje de Londres de hace tres horas —dije, mientras salía apresuradamente—. Dentro de otras tres horas podemos esperar lo mismo aquí.

Me reuní con el doctor en la calle, y juntos seguimos hacia su casa.

—Ahora —dijo cuando le hube transmitido el significado del último mensaje—, sólo hay una cosa que podamos hacer si deseamos salvar nuestras vidas. Es tan sólo una posibilidad aunque el plan tenga éxito, pero dadas las circunstancias es la única posibilidad.

—¿De qué se trata? —pregunté con crispación.

—Supongo que el incremento del calor y la luz que se producirá tan pronto como el sol surja por encima del horizonte resultará fatal para toda vida animal bajo la influencia de sus rayos. La población de Europa, y a estas alturas, sin la menor duda, la de todo este país al este del Mississippi, está próxima a ser aniquilada. Con respecto a nosotros, es sólo cuestión de tiempo, a menos que...

—¿A menos qué? —exclamé excitado, mientras él hacía una pensativa pausa.

—A menos que estemos dispuestos a correr un gran riesgo —añadió—. Usted tiene bastante dominio de la filosofía como para saber que calor y luz son simples formas de movimiento..., expresiones, por decirlo así, de la misma acción molecular de los elementos que agitan o a través de los cuales pasan. No poseen una existencia intrínseca en sí mismos, ninguna entidad, si se hallan independientes de una materia exterior. En este caso las dos formas de materia exterior afectadas por ellos son el éter que satura el espacio y la atmósfera de nuestro planeta. ¿Me sigue?

—Por supuesto —respondí con impaciencia, pues temía una de las disquisiciones del doctor en un momento tan crítico como aquél—. Pero mi querido señor, ¿cuál es la aplicación práctica de su teorema? ¿Cómo podemos aplicarlo al caso que nos ocupa?

—En este caso —prosiguió—, el calor, es decir el calor con el que tenemos que enfrentarnos, es causado por la acción de los rayos del sol sobre nuestra atmósfera. Si nos trasladáramos más allá de los límites de esa atmósfera, ¿qué ocurriría? Simplemente, que no tendríamos calor. Ascienda a una altitud suficiente, incluso bajo los rayos directos del sol en su cénit, y se helará hasta morir. El límite de las nieves perpetuas no es un límite extremo.

—Capto su idea perfectamente —asentí—. Acepto la exactitud de sus premisas. ¿Pero de qué nos van a servir? En la práctica, las montañas de Sierra Nevada están tan lejos como los picos del Himalaya.

—Hay otros medios de alcanzar la altitud necesaria —replicó el doctor—. Como usted bien sabe, hoy iba a efectuarse una ascensión en globo desde los jardines

Woodward. Yo iba a asistir a la inflación, para probar un nuevo método de generar gas. Ahora propongo que nos esforcemos en tomar posesión del globo y realicemos la ascensión. No creo que nadie se nos anticipe o se nos cruce en el camino.

»Debemos recordar que el riesgo de que el globo estalle, debido a la expansión del gas, es grande, puesto que, si no sabemos hacer bien las cosas, vamos a vernos expuestos, no sólo a su normal expansión, ya que deberemos penetrar en los estratos superiores de la atmósfera, sino también a su anormal expansión por el calor.

—En cualquier caso es una partida de dados con la muerte —respondí, y procedí a ayudar al doctor a empaquetar el aparato y los productos químicos que había preparado aquella noche.

Una vez hecho eso, abandonamos el edificio y nos apresuramos hacia el sur a lo largo de la calle Market. No había ningún coche, y los carruajes que vimos no prestaron ninguna atención a nuestras señas; así que el precioso tiempo pareció pasar volando, mientras cubríamos rápidamente el kilómetro largo que nos separaba de los jardines.

Afortunadamente las puertas estaban abiertas, y no se veía a ninguno de los empleados, de modo que nos dirigimos al lugar donde el globo, inflado a medias, yacía como un viscoso monstruo antediluviano en su cubil. Ajustamos el aparato y arreglamos las cuerdas tan rápidamente como nos fue posible, y aguardamos ansiosamente mientras la gran bolsa se hinchaba lentamente y se estremecía, alzándose y cayendo alternativamente, pero adoptando de forma gradual proporciones más y más esféricas.

Mientras tanto, tuvimos oportunidad de observar de nuevo las condiciones de la atmósfera y del cielo. Eran ya las cuatro y media, y en menos de una hora el sol surgiría por el este. Los pálidos y azulados tintes del amanecer estaban empezando a imponerse junto al lívido semicírculo que llameaba sobre ellos. Más tarde se transformaron en un matiz duro y cobrizo a medida que la luz del día se hacía más fuerte, pero conservando sus contornos sin ningún cambio. El calor se hizo más opresivo, el termómetro que habíamos traído con nosotros registraba ahora 56 grados. Nos llegaban extraños sonidos procedentes de la ciudad..., ininteligibles, por supuesto, pero que las circunstancias de la mañana convertían en aterradoramente sugerentes. Los animales gemían y aullaban incesantemente en sus jaulas, y podíamos oír sus frenéticos forcejeos en busca de la libertad. Una forma felina que consiguió liberarse pasó como un rayo por nuestro lado a la débil claridad. Aunque todo el parque zoológico hubiera quedado en libertad en aquel momento, no hubiéramos tenido nada que temer de ninguno de sus componentes, tan grande es la influencia que ejercen las crisis de los elementos sobre el mundo animal.

Finalmente tuvimos la satisfacción de ver el gran globo mecerse suavemente por encima del suelo, si bien no completamente hinchado todavía, y tensar las cuerdas

que lo sujetaban.

Habíamos colocado ya los sacos de lastre y otros artículos necesarios en la barquilla cuando, sudando por todos los poros, cortamos simultáneamente las últimas cuerdas y nos elevamos pesadamente en el aire. No había ni el menor soplo de viento, pero nuestro rumbo se orientaba ligeramente hacia el este, en dirección a la bahía.

Ahora era ya pleno día, y el borde superior del sol asomó por encima del horizonte cuando estimamos que nuestra altitud en relación con los objetos que nos rodeaban era de unos trescientos metros. Cuando todo el disco apareció el calor se hizo más intenso, y por consejo del doctor enrollamos nuestras cabezas con una toalla, humedeciéndola parcamente con una preparación de éter y alcohol, cuya rápida evaporación proporcionaba un cierto frescor durante unos momentos. El cielo tenía ahora el aspecto de un enorme domo de bronce, y las aguas del océano al oeste y la bahía debajo de nosotros reflejaban el opaco, mortal, despiadado resplandor con una horrible fidelidad. Habíamos tomado la precaución de sujetar gruesas mantas colgadas de las cuerdas que sostenían la barquilla, y las manteníamos ligeramente humedecidas con agua. Nuestra sed era intensa a medida que nuestra transpiración se hacía más profusa, y nos habíamos despojado de todas nuestras prendas menos de la ropa interior de lana, pues la lana es un aislante, y en consecuencia es tan efectivo para rechazar el calor como para retenerlo. Íbamos provistos de un potente telescopio marino, y también de unos grandes prismáticos de largo alcance, y tomamos tantas observaciones de la situación debajo de nosotros como nos permitió la incomodidad de la situación. A simple vista, la ciudad se presentaba como una zona de pequeños rectángulos al extremo de una península amarronada, pero a través de nuestros instrumentos las calles y casas se volvían sorprendentemente claras y detalladas. Podían verse pequeñas formas negras y achaparradas moviéndose, cayendo, tendidas en las calles.

En los muelles de la ciudad podía divisarse toda una línea de cuerpos desnudos o semidesnudos metidos en el agua y sumergidos en ella con excepción de la cabeza, y aun éstas desaparecían a cortos intervalos debajo de la superficie. Miles y miles de personas se dedicaban a esta operación. El espectáculo habría resultado absolutamente absurdo y ridículo de no ser por sus terribles implicaciones.

—Me temo que la mortalidad será terrible si las cosas no mejoran pronto —dijo el doctor—, y no veo ninguna perspectiva de ello. Nuestro termómetro señala ya sesenta y cuatro grados, incluso a esta altitud. Estamos en el *tepidarium* de un baño turco sobrecalentado. Y si ése es el caso a la altitud barométrica de tres mil metros..., tres kilómetros por encima del suelo..., ¿cuál debe de ser ahí abajo? ¡Es demasiado terrible de contemplar!

—Tan sólo son las siete —observé, mirando mi reloj—. El sol apenas hace una hora que se ha levantado.

—Tenemos que arrojar más lastre y alcanzar los estratos superiores a toda costa. Y echó por la borda un saco de veinte kilos de arena.

Ascendimos a una tremenda velocidad durante varios minutos, y luego nuestra ascensión volvió a hacerse regular. Observamos con intenso alivio que el termómetro no subía..., que incluso había bajado casi dos grados; pero ese alivio se vio contrarrestado por la extrema dificultad en respirar el rarificado aire a aquella enorme altitud, que estimamos por el barómetro de siete mil quinientos metros. En consecuencia, abrimos la válvula y descargamos algo de gas, y descendimos hasta un estrato de densa niebla. Aquella niebla me recordó el vapor de agua que se eleva de la vegetación tropical durante la estación de las lluvias, y le mencioné el hecho al doctor.

—Si esas nieblas permanecieran inmóviles sobre la ciudad —respondió—, podrían constituir un escudo contra la destrucción, pero no tenemos ningún dato meteorológico sobre el que apoyarnos. Nadie puede estimar actualmente la cantidad de calor o los efectos meteorológicos que se están produciendo en la superficie de la Tierra, a siete kilómetros por debajo de nosotros.

El estrato de niebla en el que nos encontrábamos ahora era denso e impenetrable.

Permanecimos en él como en un baño de vapor, sin que el globo pareciera derivar, sino tan sólo oscilar blandamente de un lado para otro, como una vela flácida ondeando indolentemente en su mástil en una calma chicha.

Así pasaron horas y horas, la temperatura oscilando entre los 55 y los 60 grados. El doctor conservaba su habitual tranquilidad.

—Tengo graves temores de que el terrible cataclismo final —observó grandilocuentemente, como en respuesta a mis pensamientos— que predicen todos los sistemas filosóficos y religiones a lo largo de todas las edades, y que parece estar tremendamente arraigado en la conciencia del hombre, esté sobre nosotros. De todos modos, siento la resolución de no caer víctima de la ardiente energía que ha sido evocada, y estoy dispuesto a anticipar tal destino por otro mucho más rápido y menos desagradable.

Y mientras hablaba, señaló significativamente a su cadera derecha.

—¿Quiere decir que un acto así —utilicé deliberadamente una vaga perífrasis para eludir un tema tan desagradable— es moralmente defendible bajo tales circunstancias?

—¿Y qué puede importar? —replicó el doctor, alzándose de hombros—. De dos alternativas, que conducen ambas al mismo final, el sentido común acepta la más fácil. Su negativa a tomar la cicuta no hubiera salvado a Sócrates.

Pese a los terribles presentimientos que me llenaron, las exigencias de la situación parecían hacer que mi cerebro estuviera preternaturalmente concentrado y anormalmente activo. La calma que nos rodeaba, la falta de sonidos o de cualquier

descripción, el lánguido calor de la densa niebla en que estábamos inmersos, ejercían una influencia sedante, y volvían la mente peculiarmente impresionable a las acciones internas.

—¿No tenemos medios, entonces, de calcular la probable intensidad del calor en la superficie de la Tierra? —pregunté.

—Absolutamente, ninguno. Nos hallamos ahora a una altitud, indicada por la presión barométrica, de seis mil quinientos metros. Probablemente estaremos mucho más altos, pues el vapor en el que nos hallamos inmersos influye sobre el barómetro. Las condiciones atmosféricas como la presente, a tal altitud, se hallan por completo más allá de la experiencia de la ciencia. Pueden ser, y probablemente lo son, causadas por la acción del intenso calor en las sobrecalentadas superficies que hay debajo de nosotros. Al hecho de su presencia, sin embargo, debemos nosotros nuestra existencia. Esta atmósfera, aunque peculiarmente permeable a los rayos calóricos, es incapaz de retenerlos.

—Supongamos —proseguí yo, de un humor alocadamente especulativo, engendrado por la excitación del momento—, supongamos que el calor de la superficie de la Tierra fuera lo suficientemente intenso como para fundir los metales, el hierro por ejemplo..., las sustancias más refractarias, de hecho. Vayamos más lejos aún: supongamos que tal calor fuera intensificado diez veces. ¿Cuál sería su efecto sobre nuestro planeta?

—Las partes sólidas, la corteza terrestre con todo lo que hay sobre ella, serían las primeras en experimentar los efectos de una catástrofe semejante. Luego los océanos empezarían a hervir, y sus superficies se convertirían en vapor.

—¿Y luego qué?

—Ese vapor ascendería a las regiones superiores de la atmósfera hasta alcanzar un equilibrio de rarefacción, cuando su expansión lo enfriara, tras lo cual seguiría una rápida condensación, y volvería a bajar a la Tierra en forma de lluvia. Cuanto más repentino e intenso fuera el calor, antes se produciría ese resultado, y más copiosa sería la precipitación de la lluvia. Tras la primera terrible crisis, la gran compensación de la ley natural entraría en juego, y la superficie del planeta se vería protegida de posteriores daños por el escudo del vapor húmedo..., la *vis medicatrix naturae*, por decirlo así. El equilibrio sería restaurado, pero en el proceso la mayoría de los organismos habrían perecido.

—¿La mayoría de los organismos, dice usted?

—Es posible que los infusorios del océano, e incluso algunas de las comparativamente más evolucionadas formas de vida oceánica, sobrevivieran. Es también posible que los animales terrestres que habitan en zonas muy altas, los Andes por ejemplo, o aquellos cuyo habitat lo constituyen las nieves perpetuas y los glaciares, los seres de las zonas polares, y otros situados en lugares parecidos,

podrían escapar. Eso dependería también de la intensidad y duración del calor. Debemos recordar que el *tamaño*, visto desde una perspectiva universal, es meramente relativo. Si consideramos nuestro planeta como una pelota de quince centímetros de diámetro, nuestros océanos, con su insignificante profundidad media de unos pocos kilómetros, podrían ser representados con una hoja del más fino papel de escribir. ¿Cuánto tiempo cree que podría resistir una película de agua tan delgada si situáramos la pelota a unos pocos centímetros de un fuego bruscamente avivado?

Asentí ante la conclusión que el símil dejaba entrever, y el doctor prosiguió:

—Ya no puede haber ninguna duda de que la actual convulsión de los elementos es debida a la colisión del cometa con el sol. Sabiendo como sabemos cuál era su órbita por las computaciones del año pasado, podemos asegurar que su precipitación sobre la superficie solar tuvo lugar en el lado más alejado de nuestra propia posición en el espacio. Por eso no hemos experimentado una excitación atmosférica tan repentina e intensa como lo habría sido de haberse estrellado en el otro lado. Lo que falta por ver ahora es cuál va a ser la duración de los efectos.

Durante la última parte de nuestra conversación, un bajo sonido gimiente, que habíamos empezado a escuchar hacía unos minutos, fue haciéndose más pronunciado y pareció estarse acercando. Al mismo tiempo observamos que el barómetro estaba bajando rápidamente.

—Eso es el sonido del viento —exclamé—. Lo he oído en los desiertos tropicales y en los mares tropicales. No puede haber ningún error. Procede del este.

—El aire caliente del reseco continente se está acercando. Científicamente hablando, la convección atmosférica está ocupando su lugar, y vamos a tener que soportar su impacto.

Mientras hablaba, el globo se vio agitado por un violento temblor. Vibró de la cubierta a la barquilla, y al momento siguiente fue golpeado por el más terrible tornado que es posible imaginar. La ráfaga fue como la tórrida exhalación de un horno, e involuntariamente cubrimos nuestras cabezas con las mantas, y nos acurrucamos convulsivamente amparándonos en el débil baluarte de las paredes de la barquilla, que estaba siendo arrastrada, a una tremenda velocidad y en un ángulo horriblemente agudo, por la distendida bolsa de gas que se agitaba sobre nuestras cabezas. Afortunadamente, ambos nos habíamos aferrado mecánicamente a la barandilla de la cesta por el lado de donde venía el viento, ya que de otro modo nos hubiéramos visto instantáneamente precipitados por encima de la barandilla del lado opuesto hacia el abismo que se abría bajo nosotros. Durante menos de un minuto, por lo que mis agobiados y desorientados sentidos podían computar, fuimos llevados por aquel terrible simún, para hallarnos luego nuevamente como antes, en medio de una calma inexplicable. Evidentemente habíamos derivado hacia un remolino del ciclón, pues pude oír su hosco y terrible rugir a una cierta distancia a nuestra derecha.

Apenas nos habíamos recuperado un poco cuando el impacto nos sacudió de nuevo, esta vez por el otro lado de la barquilla. De nuevo fuimos lanzados por la irresistible furia de los elementos; pero esta vez en una dirección sensiblemente descendente. La ráfaga nos había golpeado desde arriba, y estaba lanzándonos hacia abajo, abajo, abajo..., hacia la inevitable destrucción. Afortunadamente, la masa comparativamente grande del globo ofrecía más resistencia que la barquilla a su avance hacia abajo. Pero seguíamos cayendo, cayendo, y de pronto emergimos del estrato nuboso y obtuvimos un breve y brusco atisbo de la escena a nuestros pies. La última contrarráfaga había compensado aparentemente todas las demás acciones, pues nos hallamos directamente encima de la ciudad.

¿La ciudad? No había ciudad. Reconocí, por supuesto, los contornos de la península, y la conocida configuración de la bahía y las islas, a través de los ocasionales desgarrones en las densas nubes de vapor que ascendían abundantemente hacia nosotros. Poco menos que aturdido, y enloquecido como estaba por el intenso calor, una horrible curiosidad me impulsó a contemplar el terrible misterio de abajo, y mientras con una desollada y temblorosa mano sujetaba la manta, que se había mantenido en su sitio gracias a la humedad acumulada de las nubes de arriba, contra mi dolorida cabeza y sienes, con la otra alcé los potentes prismáticos hasta mis ojos. Capté algunos atisbos que me llenaron de indecible horror. No se distinguían ni calles ni edificios allí donde había estado la ciudad.

Los ojos no se posaban en otra cosa que no fueran irregulares y deformes montañas de escoria vitrificada y cenizas calcinadas. Todo estaba tan cubierto de cicatrices y en un silencio tal que parecía la torturada superficie de la luna. No se veían ni llamas ni fuegos.

Las cosas parecían haber superado con mucho el estadio de la combustión activa, como si todos los elementos necesarios para mantener las llamas hubieran sido eliminados. Aquí y allí, sin embargo, un ominoso resplandor rojo oscuro evidenciaba que la lava en que había sido transformada la ciudad estaba aún incandescente. Las dunas de arena del este brillaban como glaciares o espejos empañados por entre las fisuras del vapor, y grandes masas informes de lo que parecía madera calcinada se desparramaban aquí y allá por la superficie de la bahía. Menos de cinco segundos bastaron para revelar todo lo que he necesitado tanto tiempo para describir. Los prismáticos, demasiado calientes para poder seguir sujetándolos, cayeron de mis manos. En aquel momento el globo fue golpeado de nuevo por el ciclón, y empujado hacia el este con la misma furia que antes. El doctor intentó agarrarse convulsivamente a la barandilla de la cesta, falló y, con un salvaje aullido de desesperación, los brazos abiertos y los ojos desorbitados clavados fijamente en los míos, desapareció en el abismo.

Estoy solo en el globo..., quizá solo en el mundo. Mi compañero fue arrastrado a

la horrible muerte de abajo. Su terrible grito resuena aún en mis oídos. Resuena por encima del bronco rugir del ciclón. Soy arrastrado irresistiblemente hacia delante.

La ráfaga cambia de nuevo. El globo hace una nueva pausa en uno de los extraños remolinos formados por este desconcertante simún. El viento desciende hasta convertirse en un gemido. Se alza de nuevo. Se retuerce en torno a la barquilla como el convulsivo debatirse de algún gigantesco reptil agonizante. Me aferra de nuevo en su irresistible presa.

El globo está siendo arrastrado hacia tierra.

Estoy cayendo. Pero no..., parece como si la tierra..., la plutónica, ígnea tierra..., estuviera ascendiendo hacia mí. Con una rapidez semejante a la de la luz, parece lanzarse al aire para acudir a mi encuentro. Oigo el rugir de llamas mezclándose con el rugir de las ráfagas de viento. Veo el hirviente, burbujeante desierto de agua a través de los desgarrones en las nubes de vapor.

Estoy acercándome a la derretida superficie. Mis sensaciones han cambiado. Soy consciente de que la superficie ha dejado de parecer que estaba ascendiendo. Ahora me doy cuenta de que soy yo quien está cayendo..., cayendo hacia las horribles profundidades de abajo. Más cerca..., cada vez más cerca; desgarradas y ennegrecidas por el terrible calor a medida que me aproximo... Voy cayendo..., cayendo..., cayendo...

Una historia de gravedad negativa

por Frank R. Stockton

Durante su vida, Frank R. Stockton (1834-1902) fue un escritor tan popular que una recopilación de su obra en veintitrés volúmenes fue publicada entre 1899 y 1904.

Y mucho de lo que escribió era ciencia ficción o fantasía. Hoy, sin embargo, es recordado principalmente por su clásico relato corto *The Lady or the Tiger?* (1882).

Nacido y educado en Filadelfia, la familia de Stockton esperaba de él que prosiguiera una carrera médica tras graduarse en la escuela superior. En vez de ello, pasó catorce años, de 1852 a 1866, trabajando como grabador en madera. Pero a medida que iba pasando el tiempo la literatura absorbía cada vez más su atención, y en 1859 empezó a vender historias a revistas tales como el *Southern Literary Messenger*, el *Riverside Magazine for Young People* y *Hearth and Home*, especializándose con el tiempo en divertidas fantasías cortas para niños.

Cuando el *St. Nicholas Magazine* para niños empezó a publicarse en 1873, Stockton se convirtió en su ayudante de dirección, y trabajó en él durante ocho años antes de decidir, probablemente debido al éxito popular de *Rudder Grange's* en 1879, dedicarse exclusivamente a escribir.

A partir de entonces, vivió durante un buen número de años en el tranquilo marco rural de Nutley y Convent Station, Nueva Jersey, desde donde a menudo dictaba los primeros borradores de sus obras hundido en las profundidades de una comfortable hamaca. Sin embargo, le encantaba viajar, y el aplastante éxito de obras tales como *The Lady or the Tiger?* y *The Casting Away of Mrs. Lecks and Mrs. Akshine* (1886) le permitieron hacerlo extensamente.

Los escritos de Stockton exudan sus características personales..., buen narrador, irónico, ingenioso, extravagante, excelente compañero. La diversión es ante todo, y raras veces es turbada por el mensaje que pretende inculcar a la obra. Los fans de la ciencia ficción moderna hallarán en él una especie de cruce entre Clifford D. Simak y Eric Frank Russell.

Aunque Stockton escribió cuatro novelas de ciencia ficción —*The Great War Syndicate* (1889), *The Vizier of the Two-Horned Alexander* (1889), *The Adventures of Captain Horn* (1895) y *The Great Stone of Sardis* (1898)—, su fuerza principal reside en sus relatos cortos, algunos de los cuales han sido recientemente recopilados en el libro *The Science Fiction of Frank R. Stockton* (1976). Meticuloso artesano siempre, a veces trabajaba toda una hora para revisar una simple palabra. Pero su obra breve es la que le encuadra mejor, ya que en ella es también capaz de poner de relieve las reacciones personales con respecto a la ciencia y generar un humor que no necesita ser alimentado.

En los últimos años del siglo pasado, Stockton compró una casa cerca de Harper's Ferry, Virginia Occidental, donde vivió varios años hasta su muerte en Washington, D.C., en 1902.

Mi esposa y yo nos hallábamos pasando una temporada en una pequeña ciudad del norte de Italia; y durante una agradable tarde de primavera estábamos dando un paseo de unos diez kilómetros para ver ponerse el sol tras unas bajas colinas al oeste de la ciudad.

La mayor parte de nuestro paseo lo hicimos a lo largo de una llana y bien asfaltada carretera general, y luego giramos a una serie de carreteras más estrechas, a veces bordeadas de muros y a veces de vallas de alambre o cañas. Cerca de la montaña, en dirección a una baja estribación por la que pretendíamos subir, escalamos fácilmente un murito de algo más de un metro de altura, y nos encontramos en un terreno de pasto que conducía, en ocasiones en ascensión gradual y en ocasiones en forma un poco más escarpada, al lugar que pensábamos alcanzar. Temíamos habernos retrasado un poco, de modo que nos apresuramos, recorriendo con rapidez las herbosas colinas y saltando enérgicamente por los lugares más abruptos y pedregosos. Yo llevaba una mochila firmemente sujeta a mis hombros, y bajo el brazo de mi esposa había un gran cesto flexible del tipo que usan muchos turistas. Su brazo estaba pasado por entre las asas y rodeando el fondo del cesto, que apretaba fuertemente contra su costado. Esa era la forma en que siempre lo llevaba. El cesto contenía dos botellas, una de vino dulce para mi esposa, y otra de vino un poco más seco para mí. Los vinos dulces me dan dolor de cabeza.

Cuando alcanzamos la herbosa escarpadura, bien conocida por todos los enamorados de los atardeceres de aquellos alrededores, yo me dirigí inmediatamente al borde para echar un vistazo a la escena, pero mi esposa se sentó para tomar un sorbo de vino, pues estaba muy sedienta; luego, dejando su cesto, acudió a mi lado. La escena era por supuesto de una gran belleza. Ante nosotros se extendía un amplio valle de varias tonalidades de verde, con un pequeño río atravesándolo, y casas de techos de tejas rojas aquí y allá. Al fondo se alzaba una hilera de montañas, rosa, verde pálido y púrpura allí donde sus cimas captaban el reflejo del sol poniente, y de un intenso gris verdoso en las partes umbrías. Detrás de todo ello estaba el azul cielo italiano, iluminado por un atardecer especialmente hermoso.

Mi esposa y yo somos norteamericanos, y en el tiempo de esta historia éramos personas de mediana edad muy deseosas de ver en compañía el uno del otro cualquier cosa de interés o belleza excepcional que hubiera a nuestro alrededor. Teníamos un hijo de veintidós años, al que también queríamos mucho; pero no estaba con nosotros, pues por aquel entonces estudiaba en Alemania. Aunque todos gozábamos de buena

salud, no éramos gente muy robusta y, bajo circunstancias normales, no muy dadas a largas caminatas por el campo. Yo era de mediana estatura, sin demasiado desarrollo muscular, mientras que mi esposa era más bien gruesa y luego siguió siendo gruesa.

Puede que quizás el lector se sienta algo sorprendido ante esa pareja de mediana edad, no muy fuertes ni muy buenos andarines, la dama cargada con un cesto conteniendo dos botellas de vino y un vaso de metal, y el caballero llevando una pesada mochila, llena con toda clase de cosas, atada a su espalda, que se lanzaban a una caminata de diez kilómetros, saltaban un muro, subían aprisa una colina y luego se encontraban todavía en buenas condiciones como para gozar de un atardecer. Procederé a explicar esta peculiar acumulación de circunstancias.

Yo había trabajado toda la vida, pero algunos años atrás me había retirado con una buena renta. Siempre me había sentido muy inclinado hacia la investigación científica, y ahora había convertido ésta en la ocupación y el placer de buena parte de mi tiempo libre.

Nuestra casa estaba en una pequeña ciudad; y en un rincón de mi terreno había construido un laboratorio, donde llevaba a cabo mi trabajo y mis experimentos. Durante mucho tiempo me había sentido ansioso por descubrir los medios no solamente de producir, sino también de retener y controlar, una fuerza natural, realmente lo mismo que la fuerza centrífuga, pero que yo llamaba gravedad negativa. Adopté este nombre porque indicaba mejor que cualquier otro la acción de la fuerza en cuestión, tal como yo la veía. La gravedad positiva atrae todas las cosas hacia el centro de la Tierra. La gravedad negativa, por consiguiente, sería la energía que repele todas las cosas del centro de la Tierra, del mismo modo que el polo negativo de un imán repele la aguja, mientras que el polo positivo la atrae. De hecho, mi objetivo era almacenar fuerza centrífuga y convertirla en algo constante, controlable y susceptible de ser utilizado. Las ventajas de un tal descubrimiento difícilmente pueden ser descritas. Por decirlo en una palabra, aligerarían los pesos del mundo.

No entraré en detalles de los trabajos y decepciones de varios años. Baste decir que finalmente descubrí un método efectivo de producir, almacenar y controlar la gravedad negativa.

El mecanismo de mi invento era más bien complicado, pero el modo de utilizarlo era muy sencillo. Una fuerte caja metálica, de unos veinte centímetros de largo y la mitad de ancho, contenía la maquinaria para producir la fuerza; y era puesta en acción mediante la presión de un tornillo accionado desde el exterior. Tan pronto como se producía esta presión, la gravedad negativa empezaba a desarrollarse y almacenarse, y cuanto mayor era la presión, mayor era la fuerza. Cuando el tornillo era movido hacia fuera y la presión disminuía, la fuerza decrecía, y cuando el tornillo era retirado a tope, la acción de la gravedad negativa cesaba por completo. De modo que esta fuerza podía ser producida o disipada a voluntad en el grado que se deseara, y su

acción, mientras el requisito de la presión fuera mantenido, era constante.

Cuando aquel pequeño aparato trabajó a satisfacción mía, llamé a mi esposa a mi laboratorio y le expliqué mi invento y su valía. Ella se había dado cuenta de que yo trabajaba en algo importante, pero no le había dicho de qué se trataba. Le había apuntado solamente que si tenía éxito se lo contaría todo, pero que si fracasaba ella no tenía por qué preocuparse por el asunto. Siendo como era una mujer sensible, aquello la satisfizo completamente.

Ahora se lo expliqué todo..., la construcción de la máquina y los maravillosos usos a los que podía destinarse el invento. Le dije que podía disminuir, o incluso anular completamente, el peso de objetos de toda clase. Una carreta pesadamente cargada, con dos de esos instrumentos colocados a sus lados —atornillados ambos a su fuerza correspondiente—, resultaría tan aligerada que su resistencia contra el suelo sería más leve que la de una carreta vacía, y un caballo pequeño podría tirar de ella con toda facilidad.

Una bala de algodón, con una de estas máquinas sujeta a ella, podría ser manejada y arrastrada por un chiquillo. Cualquier vehículo, con un número adecuado de estas máquinas, podía elevarse por los aires como un globo. En resumen, todo lo que era pesado podía hacerse ligero; y como quiera que una gran parte del trabajo, en todo el mundo, es causado por la atracción de la gravitación, era lógico deducir que esta fuerza repelente, dondequiera que fuese aplicada, podría hacer los paseos menores y el trabajo más fácil.

Le conté de cuántas, cuántas maneras podía ser utilizado el invento, y le hubiera contado muchas más si ella no hubiera estallado de pronto en lágrimas.

—El mundo ha ganado algo maravilloso —exclamó entre sollozos—, ¡pero yo he perdido un esposo!

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunté, sorprendido.

—Yo nunca me había preocupado por esto porque te proporcionaba algo que hacer, y te gustaba, y nunca interfería con nuestra vida y nuestros placeres familiares. Pero todo ha terminado. Nunca serás dueño de ti mismo a partir de ahora. Tendrás éxito, estoy segura, y puede que ganes mucho dinero con ello, pero no necesitamos dinero. Lo que necesitamos es la felicidad que siempre hemos tenido hasta ahora. A partir de hoy todo serán compañías, y patentes, y abogados, y experimentos, y gente llamándote farsante, y otra gente diciendo que ellos lo descubrieron hace mucho tiempo, y todo tipo de personas viniendo a verte y tú viéndote obligado a ir a todo tipo de lugares... Te convertirás en otro hombre, y ya nunca más volveremos a ser felices. Los millones que puedas ganar no nos compensarán la felicidad que habremos perdido.

Esas palabras de mi esposa me impresionaron profundamente. Antes de llamarla a ella mi mente había empezado a llenarse y a sentirse perpleja con ideas de lo que

debía hacer ahora que el gran invento estaba perfeccionado. Hasta ahora el asunto no me había preocupado en absoluto. A veces me había sentido desanimado y a veces animado, pero en general nunca había perdido el deseo de seguir adelante. Había disfrutado mucho con el trabajo, pero nunca había permitido que éste me absorbiera demasiado... Sin embargo, ahora todo era diferente. Tenía el convencimiento de que era mi deber hacia mí mismo y hacia mis semejantes poner mi invento en conocimiento del mundo. ¿Pero cómo debía hacerlo? ¿Qué pasos debía dar? No podía cometer errores. Cuando el asunto fuera del conocimiento público, centenares de científicos se pondrían a trabajar sobre lo mismo; ¿cómo podía asegurar que ninguno de ellos iba a descubrir otros métodos de producir el mismo efecto? Debía protegerme contra muchas cosas. Debía establecer patentes en todas partes del mundo. Como he dicho, mi mente había empezado a sentirse turbada y perpleja con todas esas cosas. No podía argumentar con mi esposa que las alegrías de una vida tranquila y plena no iban a verse rotas definitivamente.

—Querida —dije—, creo al igual que tú que esto nos acarreará más males que bienes. Si no fuera porque así privaría al mundo de un invento que considero útil, me desharía de él. Y sin embargo —añadí, dolido—, había esperado obtener una gran satisfacción personal del uso de mi invento.

—Ahora escúchame —dijo mi esposa firmemente—. ¿No crees que lo mejor que puedes hacer es esto; utilizar tu invento tanto como te plazca para tu propia diversión y satisfacción, pero dejar que el mundo espere aún un poco? Ha estado esperando durante mucho tiempo, así que déjalo que espere todavía un poco más. Cuando los dos estemos muertos, deja que Herbert reciba el invento. Entonces será lo suficientemente mayor como para decidir por sí mismo si es mejor sacar ventaja de él para su propio provecho o simplemente entregarlo al mundo por nada. Sería engañarle si nosotros hiciéramos eso último, pero también podría ser una gran equivocación si, a su edad actual, echáramos sobre sus hombros una responsabilidad tan grande. Además, si él lo recibiera ahora, no podrías impedir el verte envuelto en ello también.

Acepté el consejo de mi esposa. Escribí un informe completo y detallado del invento, lo lacré y lo envié a mis abogados para ser entregado a mi hijo después de mi muerte. Si él moría antes, podía hacer otros arreglos. Luego decidí sacar todo lo bueno y divertido que pudiera de aquello, sin decirle a nadie nada al respecto. Ni siquiera a Herbert, que estaba lejos de casa.

Lo primero que hice fue comprar una fuerte mochila de cuero, y dentro de ella sujeté mi pequeña máquina, con el tornillo dispuesto de tal modo que pudiera ser accionado desde el exterior.

Sujetándola firmemente a mis hombros, mi esposa giró suavemente el tornillo hasta que la tendencia ascendente de la mochila empezó a elevarme y a sustentarme.

Cuando me sentí tan suavemente sostenido y alzado que parecía pesar tan sólo quince o veinte kilos, salí a dar un paseo. La mochila no me alzó del suelo, pero me proporcionó una espléndida caminata. No me costaba el menor esfuerzo andar: era una delicia, un éxtasis. Con la fortaleza de un hombre y el peso de un niño, caminé y caminé alegremente. El primer día anduve una decena de kilómetros a un paso vivo, y regresé sin sentirme cansado en absoluto. Esos paseos empezaron a convertirse en una de las mayores alegrías de mi vida.

Cuando nadie estaba mirando, saltaba incluso las vallas, a veces solamente tocándolas con una mano, y a veces incluso sin tocarlas. Gozaba andando por los terrenos escabrosos. Saltaba los riachuelos. Cabrioleaba y corría. Me sentía como el propio Mercurio.

Empecé a construir otra máquina, de modo que mi esposa pudiera acompañarme en mis paseos; pero cuando la hube terminado ella se negó rotundamente a utilizarla.

—No puedo llevar una mochila —dijo—, y no hay ninguna otra forma de llevarla atada a mí. Además, todo el mundo aquí sabe que no soy muy andarina, y lo único que conseguiría sería levantar murmuraciones.

Ocasionalmente hice uso de esta segunda máquina, pero sólo contaré un ejemplo de su aplicación. Era necesario efectuar algunas reparaciones en los cimientos de mi granero, y un carromato de los tirados por dos caballos, cargado con piedras para la construcción, fue traído a mi patio y dejado allí. Por la tarde, cuando los hombres se hubieron ido, tomé mis dos máquinas y las até, con fuertes cadenas, una a cada lado del carromato cargado. Luego, girando gradualmente los tornillos, hice que el carromato quedara tan ligero que prácticamente no pesaba nada. Teníamos un viejo asno que había pertenecido a Herbert, y que ahora utilizábamos ocasionalmente con un pequeño carrito para llevar paquetes desde la estación. Entré en el granero y le puse los arneses al pequeño animal y, llevándolo al exterior junto al carromato, lo até a él. En esta posición su aspecto era francamente divertido, con la larga vara sobresaliendo por delante de él y el gran carromato detrás.

Cuando todo estuvo listo le di una palmada y, con gran alegría por mi parte, avanzó tirando de la carga de piedras, que dos caballos apenas podían mover, tan fácilmente como si estuviera arrastrando su propio carrito. Lo conduje fuera, a la calle, cosa que efectuó sin dificultad. Era un animal algo terco, y a veces se detenía, pues no le gustaba la forma peculiar en que estaba atado al carromato; pero un toque en los tornillos de los mecanismos le hizo seguir avanzando, y pronto le hice dar la vuelta y devolver el carromato al patio.

Aquello determinó el éxito de mi invento en uno de sus más importantes usos, y con el corazón satisfecho devolví el asno al establo y regresé a casa.

Nuestro viaje a Europa se efectuó pocos meses después de esto, y fue debido principalmente a nuestro hijo Herbert. El pobre muchacho tenía una gran aflicción y,

en consecuencia, nosotros también. Se había prometido, con nuestro pleno consentimiento, a una joven dama de nuestra propia ciudad, la hija de un caballero al que teníamos en gran estima. Herbert era muy joven todavía para casarse, pero como nuestra opinión era que nunca encontraría una muchacha más adecuada que aquella para convertirse en una buena esposa, nos sentíamos enteramente satisfechos, especialmente puesto que todos decidimos de común acuerdo que el matrimonio no se efectuaría hasta después de un cierto tiempo.

Teníamos la impresión de que, casándose con Janet Gilbert, Herbert se aseguraría, en el inicio de su carrera, el elemento más importante para una vida feliz. Pero de pronto, sin ninguna razón que nos pareciera justificable, el señor Gilbert, el único familiar directo de Janet que aún vivía, rompió el compromiso, y él y su hija abandonaron poco después la ciudad para un viaje al Oeste.

Este golpe casi rompió el corazón al pobre Herbert. Abandonó sus estudios profesionales y regresó a casa junto a nosotros, y durante un tiempo pensamos que iba a ponerse seriamente enfermo. Luego lo llevamos con nosotros a Europa y, tras un recorrido de un mes o dos por el continente, lo dejamos, a petición propia, en Gotinga, donde pensaba que estaría bien y podría volver a trabajar.

Luego nosotros nos instalamos en la pequeña ciudad italiana donde nos ha encontrado el inicio de mi historia. Mi esposa había sufrido mucho, tanto moral como físicamente, a causa de nuestro hijo, y por esa razón yo pretendía que hiciera mucho ejercicio al aire libre y gozara tanto como le fuera posible del vigorizante aire del país. Yo había llevado conmigo mis dos pequeñas máquinas. Una seguía en mi mochila, y la otra la había sujetado a la parte interior de un enorme baúl familiar. Como quiera que uno está obligado a pagar por cada kilo de equipaje que lleva consigo en sus viajes por el continente, eso me ahorró una buena cantidad de dinero. Todo lo pesado estaba metido dentro de ese gran baúl, libros, papeles, recuerdos de bronce, hierro y mármol que habíamos recogido aquí y allá, y todos los artículos que normalmente lastran el equipaje de un turista. Giré el tornillo del aparato de gravedad negativa hasta lograr que el baúl pudiera ser manejado con gran facilidad por cualquier mozo de cuerda normal. Podría haber hecho que no pesara absolutamente nada, pero eso por supuesto habría llamado la atención, y no era ése mi deseo. La ligereza de mi equipaje, no obstante, ocasionó algún que otro comentario, y oí alguna observación no demasiado amable respecto a la gente que viaja con baúles vacíos; sin embargo, me divirtió.

Deseoso de que mi esposa pudiera disfrutar también de las ventajas de la gravedad negativa mientras efectuábamos nuestros paseos, había retirado la máquina del baúl y la había sujetado en el interior de su cesto, que ella podía llevar bajo el brazo. Eso la ayudó maravillosamente. Cuando sentía el brazo cansado se pasaba el cesto al otro y así, con una mano en mi brazo, podía seguir fácilmente los ligeros y

vigorosos pasos que mi mochila me permitía dar.

Aquí no podía objetar nada, puesto que nadie sabía que no era buena andarina, y siempre llevaba algo de vino u otras bebidas en el cesto, no sólo porque resultaba agradable llevarlos con nosotros sino porque parecería ridículo ir por ahí llevando un cesto vacío.

Había gente de habla inglesa en el hotel donde estábamos, pero parecían más inclinados a conducir que a andar, y ninguno de ellos se ofreció a acompañarnos en nuestros vagabundeos, de lo cual sinceramente nos alegramos. Había un hombre, sin embargo, que era un gran andarín. Era un inglés, un miembro de un Club Alpino, y generalmente iba por ahí vestido con unos pantalones bombachos, con calcetines de lana gris cubriendo un enorme par de pantorrillas.

Una tarde, este caballero estaba hablando conmigo y con algunos otros acerca de la ascensión al Matterhorn, y aproveché la ocasión para dar mi opinión sobre tales hazañas, con un lenguaje más bien incisivo. Declaré que las consideraba inútiles, arriesgadas y, si el escalador tenía a alguien que le amase, egoístas.

—Incluso aunque el tiempo permita gozar de una espléndida vista —dije—, ¿qué es eso comparado con el terrible riesgo de perder la vida? Bajo ciertas circunstancias —añadí (pensando en una especie de chaleco que tenía idea de hacerme, el cual, provisto con pequeñas máquinas de gravedad negativa, todas ellas conectadas con un tornillo convenientemente manejable, podría permitir al portador eliminar a voluntad siempre que quisiera todo o parte de su peso)—, tales ascensiones pueden estar desprovistas de peligro y ser incluso admisibles; pero normalmente cualquier hombre inteligente fruncirá el ceño ante ellas.

El hombre del Club Alpino me miró, observando especialmente mi silueta más bien delgada y mis flacas piernas.

—Es comprensible que hable usted de ese modo —dijo—, porque es fácil ver que no está preparado para ese tipo de cosas.

—En conversaciones de este tipo —respondí—, siempre evito hacer alusiones personales; pero puesto que usted ha elegido hacerlas, me siento inclinado a invitarle a subir caminando conmigo hasta la cima de la montaña que hay al norte de esta ciudad.

—Lo haré en el momento que usted diga —repuso. Y mientras abandonaba la habitación oí cómo se echaba a reír.

A la tarde siguiente, hacia las dos, el hombre del Club Alpino y yo emprendimos nuestro camino hacia la montaña.

—¿Qué lleva usted en su mochila? —preguntó.

—Un martillo por si encuentro especímenes geológicos, unos prismáticos, una botella de vino y algunas otras cosas.

—Yo no llevaría ningún peso, si fuera usted.

—Oh, no se preocupe —le respondí, e iniciamos la marcha.

La montaña hacia la que nos dirigíamos estaba a unos tres kilómetros de la ciudad. Su parte más cercana era más bien pronunciada, y en algunos lugares incluso abrupta, pero su ladera era más suave hacia el norte, y por aquel lado ascendía una carretera con muchas curvas hasta un pueblecito cerca de la cima. No era una montaña muy alta, pero se necesitaba toda una tarde para subirla.

—Supongo que deseará usted ir siguiendo la carretera —dijo mi compañero.

—Oh, no, no vale la pena ir hasta tan lejos. Hay un sendero que sube por este lado, por el que he visto a algunos hombres llevar sus cabras. Prefiero tomarlo.

—De acuerdo, si usted lo quiere así —respondió con una sonrisa—; pero lo va a encontrar un tanto duro.

Al cabo de un rato observó:

—Yo no andaré tan rápido, si fuera usted.

—Oh, me encanta el paso vivo —dije. Y seguí al mismo ritmo.

Mi esposa había atornillado la máquina de la mochila más de lo normal, y para mí andar casi no representaba ningún esfuerzo. Yo llevaba un largo bastón de alpinista, y cuando alcanzamos la montaña e iniciamos la subida, descubrí que con la ayuda del bastón y mi mochila podía trepar a un ritmo estupendo. Mi compañero había tomado la delantera, a fin de mostrarme cómo subir. Desviándome por entre algunas rocas, pasé rápidamente delante de él y me situé a la cabeza. Tras de lo cual le fue imposible mantener mi ritmo. En los lugares más empinados ni siquiera disminuía mi marcha; acortaba las revueltas del sendero trepando ágilmente por entre las rocas, e incluso cuando me limitaba a seguir el camino mi paso era tan rápido como si estuviera caminando por terreno llano.

—¡Vaya con cuidado! —gritó el hombre del Club Alpino desde abajo—. ¡Se matará si sigue subiendo a ese ritmo! Esa no es forma de escalar montañas.

—¡Es mi forma de hacerlo! —le grité. Y seguí saltando. Veinte minutos después de llegar yo a la cumbre se me unió mi compañero, resoplando y secándose el enrojecido rostro con su pañuelo.

—¡Maldita sea! —gritó—. Nunca he subido una montaña con tanta rapidez en mi vida.

—No necesitaba apresurarse —le dije, fríamente.

—Temía que pudiera ocurrirle algo —gruñó—, y deseaba detenerle. Nunca he visto a nadie subir de una forma tan absurda.

—No veo por qué ha de llamarla usted absurda —dije, sonriendo con aire de superioridad—. He llegado en perfectas condiciones, ni cansado ni sudado.

No respondió, pero se alejó un poco, abanicándose con su sombrero y gruñendo palabras que no conseguí captar. Al cabo de un rato, propuse volver a bajar.

—Tendrá que ir con cuidado al bajar —dijo—. Es mucho más peligroso bajar por

sitios empinados que subir por ellos.

—Siempre soy prudente —respondí, y pasé delante.

Hallé el descenso de la montaña mucho más agradable que la ascensión. Era algo positivamente estimulante. Saltaba de rocas y riscos de dos y tres metros de altura, y tocaba el suelo tan suavemente como si no hubiera bajado más de medio metro. Descendía corriendo por el empinado sendero y, con ayuda de mi bastón, me detenía en un instante.

Evitaba cuidadosamente los lugares peligrosos, pero las carreras y saltos que daba no los había dado ningún otro hombre antes en aquella montaña. Sólo una vez oí la voz de mi compañero.

—¡Se va... a partir... el cuello! —jadeó.

—¡No tema! —grité en respuesta, y muy pronto lo dejé atrás.

Cuando llegué abajo hubiera debido esperarle, pero mi actividad me había acalorado un poco, y como fuera que empezaba a soplar el viento del atardecer, pensé que sería mejor no detenerme para no enfriarme. Media hora después de mi llegada al hotel volví a bajar al patio, refrescado y vestido para la cena, y justo a tiempo para encontrarme al hombre del Club Alpino cuando entraba, acalorado, polvoriento y gruñendo.

—Discúlpeme por no haberle aguardado —dije.

Pero sin pararse a escuchar mis razones, murmuró algo acerca de aguardar en un lugar donde nadie se preocuparía de permanecer, y penetró en el edificio.

No había la menor duda de que lo que yo había hecho había satisfecho mi orgullo y halagado mi vanidad.

—Me parece que ahora difícilmente podrá decir que no estoy preparado para ese tipo de cosas —dije, cuando le relaté el asunto a mi esposa.

—No estoy segura de que lo que has hecho haya sido honesto —respondió ella—. Él no sabía cómo eras ayudado.

—Fui completamente honesto. Él contaba con la ayuda de su inherente vigor, su constitución y su entrenamiento. No me dijo qué métodos de ejercicio utilizó para conseguir esos enormes músculos en sus piernas. Yo fui ayudado a subir por el ejercicio de mi intelecto. Mi método es cosa mía, y su método es cosa suya. Es perfectamente justo.

Pero ella insistió:

—Él *pensó* que tú subías con tus piernas, y no con tu cabeza.

Y ahora, tras esta larga digresión, necesaria para explicar cómo una pareja de mediana edad y de poca habilidad pedestre, y cargada con una pesada mochila y un pesado cesto, habían iniciado una dura caminata y luego una subida —con un recorrido de veintidós kilómetros—, volvamos a nosotros, de pie en la pequeña escarpadura y contemplando el atardecer. Cuando el cielo empezó a oscurecerse un

poco, nos preparamos para regresar a la ciudad.

—¿Dónde está tu cesto? —dije.

—Lo dejé aquí —respondió mi esposa—. Desatornillé la máquina y se quedó completamente plano en el suelo.

—¿Sacaste luego las botellas? —pregunté, viéndolas en medio de la hierba.

—Sí. Creo que lo hice. Tuve que sacar la tuya a fin de coger la mía.

—Entonces —dije, tras mirar por todas partes en la herbosa extensión donde estábamos—, me temo que no desatornillaste completamente el instrumento, y que cuando fue eliminado el peso de las botellas el cesto se elevó suavemente por los aires.

—Eso debe de haber pasado —dijo lúgubrementemente—. El cesto estaba detrás de mí mientras yo bebía mi vino.

—Creo que eso es exactamente lo que ha ocurrido. ¡Mira ahí arriba! ¡Juraría que es nuestro cesto!

Tomé mis prismáticos y los enfoqué a un puntito que se divisaba muy alto sobre nuestras cabezas. Era el cesto, flotando muy arriba en el aire. Le tendí los prismáticos a mi esposa para que mirara, pero ella no los cogió.

—¿Qué voy a hacer ahora? —exclamó—. No puedo andar de vuelta hasta casa sin ese cesto. ¡Es terrible!

Parecía a punto de llorar.

—No te preocupes —dije, aunque yo mismo me sentía bastante inquieto—. Volveremos perfectamente a casa. Puedes apoyar tu mano en mi hombro, mientras yo paso mi brazo por tu cintura, y entonces puedes atornillar más mi máquina, y nos llevará a los dos. De esa forma estoy seguro de que podremos desenvolvemos muy bien.

Llevamos adelante el plan, y conseguimos andar con una cierta comodidad. A decir verdad, con la mochila tirando de mí hacia arriba y el peso de mi esposa tirando de mí hacia abajo, las correas me lastimaban un poco, lo cual no me había ocurrido antes. No saltamos a la carretera por encima del murito, sino que, agarrándonos el uno al otro, nos encaramamos penosamente a él. El camino descendía suavemente en su mayor parte hacia la ciudad, y lo recorrimos con relativa facilidad. Pero andábamos mucho más lentamente que antes, y era ya oscuro cuando llegamos a nuestro hotel.

De no ser por la luz que había en el patio hubiéramos tenido dificultades en encontrarlo.

Un carruaje de pasajeros estaba parado ante la entrada, y mi esposa pasó primero. Fui a seguirla pero, cosa extraña, no noté nada bajo mis pies. Pateé vigorosamente, sin conseguir otra cosa que agitar mis piernas en el aire. ¡Descubrí con horror que estaba elevándome por los aires! Pronto vi, a juzgar por la luz de abajo, que estaba a

unos cinco metros del suelo.

El carruaje se alejó, y en la oscuridad no fui visto por nadie. Por supuesto, sabía lo que había ocurrido. El instrumento de mi mochila había sido atornillado a una intensidad mayor, a fin de soportarnos tanto a mí como a mi esposa, de modo que cuando su peso desapareció la fuerza de la gravedad negativa fue suficiente para elevarme del suelo. Sin embargo, me alegré al descubrir que cuando alcancé la altura que he mencionado no seguí subiendo, sino que me quedé colgando en el aire, aproximadamente al nivel de la segunda hilera de ventanas del hotel.

Intenté alcanzar el tornillo en mi mochila a fin de reducir la fuerza de la gravedad negativa; pero, por más que lo intenté, no conseguí llevar mi mano hasta él. La máquina había sido situada de modo que me soportara de una forma cómoda y bien equilibrada; y para conseguirlo había sido imposible dejar el tornillo a mi alcance.

Sin embargo, en una adaptación temporal de esta clase no había considerado necesario preocuparme por ese detalle, puesto que mi esposa giraba siempre el tornillo por mí hasta alcanzar la intensidad de elevación suficiente. Tenía la intención, como he dicho antes, de construir un chaleco de gravedad negativa, en el cual el tornillo estuviera en la parte frontal, y enteramente bajo el control del portador; pero eso pertenecía aún al futuro.

Cuando descubrí que no podía girar el tornillo empecé a alarmarme realmente. Allí estaba, flotando en el aire, sin ningún medio de alcanzar el suelo. No podía confiar en que mi esposa regresara a buscarme, pues seguramente supondría que me había detenido a hablar con alguien. Pensé en librarme de la mochila, pero aquello no conseguiría otra cosa que hacerme caer violentamente contra el suelo, con lo que o me mataría o me rompería algunos huesos. No me atrevía a pedir ayuda, puesto que si alguno de los ingenuos habitantes de la ciudad me descubría flotando por los aires me tomaría fácilmente por un demonio y quizás incluso me disparara.

Estaba soplando una moderada brisa, que me arrastraba suavemente calle abajo. Si me hubiera empujado contra un árbol habría podido agarrarme a él e intentar deslizarme hacia abajo por él; pero no había árboles. Había algunas farolas aquí y allá, pero los reflectores situados sobre ellas arrojaban su luz hacia el pavimento y no hacia arriba. En muchos sentidos me alegraba de que la noche fuera tan oscura, porque, por mucho que anhelara bajar, no deseaba que nadie me viera en esa extraña posición, que para todo el mundo excepto yo mismo y mi esposa parecería absolutamente inexplicable. Si conseguía ascender hasta el nivel de los tejados, tal vez pudiera sujetarme a uno de ellos y, arrancando unas cuantas tejas, lastrarme lo suficiente como para ser capaz de bajar. Pero no conseguí alcanzar el alero de ninguna de las casas. Si hubiera habido algún poste telegráfico, o algo parecido a lo que sujetarme, habría podido quitarme la mochila y bajar de la mejor manera posible al suelo. Mas no había nada a lo que echar mano. Incluso los canalones de desagüe,

contando con que pudiera alcanzar las fachadas de las casas, estaban empotrados en las paredes. En una ventana abierta, cerca de la cual derivé lentamente, vi a dos muchachitos yéndose a la cama a la débil luz de una vela. Temí con espanto que me vieran y dieran la alarma. Me acerqué tanto a la ventana que adelanté un pie y le di una patada a la fachada con tanta fuerza que casi crucé la calle por los aires. Creo que capté una asustada mirada en el rostro de uno de los niños; pero no estoy seguro de ello, y no oí ningún grito. Seguí flotando, balanceándome en el aire, calle abajo.

¿Qué podía hacer? ¿Debía gritar pidiendo socorro? En ese caso, si no recibía un disparo o una pedrada, mi extraña situación, y el secreto de mi invento, serían expuestos a todo el mundo. Si no lo hacía, o bien terminaría cayendo y matándome —o dañándome seriamente—, o colgaría allí hasta morir. Cuando, en el transcurso de la noche, el aire se enrareciera, era probable que siguiera subiendo más y más alto, quizás hasta una altitud de cuarenta o cincuenta metros. Entonces sería imposible que alguien me alcanzara y me devolviera abajo, aunque estuviera convencido de que yo no era un demonio. Terminaría muriendo, y cuando los pájaros se hubieran comido de mi todas las partes que fueran capaces de devorar seguiría colgando allá arriba sobre la desdichada ciudad, un bamboleante esqueleto con una mochila a la espalda.

Tales pensamientos no eran nada reconfortantes, y decidí que, si no hallaba ningún medio de bajar sin ayuda, llamaría y correría todos los riesgos; pero mientras pudiera resistir la tensión de las correas aguantaría, con la esperanza de hallar un árbol o un poste.

Quizá lloviera y mis mojadas ropas se volvieran entonces lo suficientemente pesadas como para permitirme descender hasta la altura de una farola.

Mientras ese pensamiento cruzaba por mi mente vi un destello de luz acercándose a mí calle arriba. Imaginé con acierto que procedía de la cazoleta de una pipa, y entonces oí una voz. Era la del inglés, el hombre del Club Alpino. De todas las personas en el mundo que no deseaba que me descubrieran, aquélla era la primera, de modo que me mantuve tan inmóvil en el aire como me fue posible. El hombre estaba hablando con otra persona que andaba junto a él.

—Está loco, sin la menor duda —decía el inglés—. ¡Nadie excepto un maníaco puede subir y bajar esa montaña como él lo hizo! No tiene ningún músculo, y uno sólo necesita mirarle para saber que no puede realizar la menor ascensión de una forma natural. Lo único que puede darle esa fuerza es la excitación de la locura.

Los dos hombres se detuvieron casi debajo de mí, y el que hablaba prosiguió:

—Tales cosas ocurren muy a menudo con los maníacos. En ocasiones adquieren una fuerza innatural que es algo sorprendente. En una ocasión vi a un tipo forcejear y luchar de tal modo que cuatro hombres fornidos no pudieron sujetarle.

Entonces habló el otro.

—Me temo que lo que usted dice es completamente cierto —observó—. De

hecho, yo me había dado cuenta hace ya algún tiempo.

La respiración casi se me cortó ante esas palabras. Era la voz del señor Gilbert, mi conciudadano y el padre de Janet. Debía de ser el que había llegado con el carruaje. Parecía ser un conocido del inglés, y estaban hablando de mí. Procedente o improcedente, escuché con toda atención.

—Es un caso muy triste —continuó el señor Gilbert—. Mi hija estaba comprometida para casarse con su hijo, pero deshice el compromiso. No podía permitir que se casara con el hijo de un lunático, y de eso no había ninguna duda. Ha sido visto, un hombre de su edad y un cabeza de familia, cargado con una pesada mochila, que no tiene en absoluto ninguna necesidad de acarrear, recorriendo los caminos durante kilómetros y kilómetros, saltando las cercas y las rocas y cruzando las zanjales como un ternero o un potrillo. Yo mismo vi el más desconsolador ejemplo de cómo la naturaleza del hombre más afable puede verse transformada por el desarreglo de su intelecto. Estaba a una cierta distancia de su casa, pero le vi claramente uncir un pequeño asno que tiene a un enorme carro de dos caballos cargado con piedras, y golpear y fustigar a la pobre bestia hasta que arrastró la pesada carga un cierto trecho por la calle. Sentí deseos de recriminarle su horrible crueldad, pero antes de que pudiera llegar a su lado había devuelto el carro al patio.

—Oh, no puede haber ninguna duda sobre su locura, y no se le debería dejar viajar por ahí en esas condiciones. Algún día arrojará a su esposa por un precipicio sólo por el placer de verla caer por los aires.

—Lamento que esté aquí, porque me va a resultar muy doloroso encontrarme con él. Mi hija y yo nos retiraremos pronto esta noche, y mañana por la mañana continuaremos nuestro camino lo antes posible a fin de no verle. Y siguieron su camino hacia el hotel.

Durante unos momentos colgué allí, olvidada por completo mi situación, y absorto en el significado de aquellas revelaciones. Una idea llenaba ahora mi mente. Debía explicárselo todo al señor Gilbert, aunque para ello tuviera que llamarle ahora mismo y contarle la verdad desde allí arriba.

Justo entonces vi algo blanco acercándose a mí por la calle. Mis ojos se habían acostumbrado a la oscuridad, y vi que se trataba de un rostro vuelto hacia arriba. Reconocí el apresurado modo de andar, la silueta; era mi esposa. Y se acercaba. Pronuncié su nombre, y al mismo tiempo le supliqué que no gritara. Debió de representar un gran esfuerzo para ella dominarse, pero lo consiguió.

—Tienes que ayudarme a bajar sin que nadie nos vea —le dije.

—¿Qué debo hacer? —susurró.

—Intenta coger la punta de esta cuerda.

Sacando un trozo de cordel de mi bolsillo, dejé caer un extremo hacia ella. Pero era demasiado corto; no podía alcanzarlo. Entonces le até mi pañuelo, pero aún no era

lo suficientemente largo.

—Puedo ir a buscar más cordel, o pañuelos —susurró ella apresuradamente.

—No. No podrías hacérmelos llegar... Escucha, apoyadas contra la pared del hotel, a un lado, cerca de la esquina, en la parte interior de la puerta del jardín, hay varias cañas de pescar. Las podrás encontrar fácilmente en la oscuridad. Ve, por favor, y tráete una.

El hotel no estaba muy lejos, y en pocos minutos mi esposa regresó con una caña de pescar. Se puso de puntillas y la alzó todo lo que pudo en el aire; pero todo lo que consiguió fue golpearme los pies y las piernas con ella. Mis más frenéticos movimientos no me permitieron bajar las manos lo suficiente como para tocarla.

—Espera un momento —dijo, y la caña desapareció.

Supe lo que estaba haciendo. Había un sedal y un anzuelo en la caña, y mi esposa estaba sujetando con femenina destreza el anzuelo a la parte superior de la caña. Muy pronto volvió a ponerse de puntillas, y me golpeó suavemente las piernas con la caña. Tras unos cuantos intentos el anzuelo se enganchó en mis pantalones, un poco por debajo de mi rodilla derecha. Luego hubo un ligero tirón, un largo desgarrón bajando por mi pierna, y el anzuelo quedó enganchado en la parte superior de mi bota. Entonces empezó a tirar suavemente hacia abajo, y noté que descendía. Suave y firmemente, la caña fue bajada; en pocos instantes mi tobillo fue sujetado firmemente por una mano ansiosa. Luego alguien pareció colgarse de mí, mis pies tocaron el suelo, un brazo me rodeó el cuello, la mano de otro brazo se afanó en la parte de atrás de mi mochila, y pronto me sentí apoyado con firmeza en la calle, completamente libre de mi gravedad negativa.

—No hubiera debido olvidarlo —sollozó mi esposa—. ¡No hubiera debido soltarte y dejar que te fueras por los aires! Al principio pensé que te habías quedado atrás, y no fue hasta hace un momento que comprendí la verdad. Entonces salí corriendo y empecé a mirar hacia arriba, buscándote. Sabía que llevabas cerillas en tu bolsillo, y esperé que estuvieras encendiéndolas para así poder ser visto.

—Pero es que yo no deseaba ser visto —dije, mientras nos apresurábamos hacia el hotel—, y nunca te agradeceré lo bastante el que me hallaras y me hicieras bajar de nuevo. ¿Sabes que los recién llegados son el señor Gilbert y su hija? Le he visto hace un momento. Te lo explicaré todo cuando vaya arriba.

Me quité la mochila y se la tendí a mi esposa, que la llevó a nuestra habitación, mientras yo buscaba al señor Gilbert. Afortunadamente, lo encontré justo cuando estaba a punto de subir a su habitación. Aceptó la mano que le tendía, pero me miró triste y gravemente.

—Señor Gilbert —dije—, necesito hablar con usted en privado. Quedémonos un momento en esta habitación. No hay nadie aquí.

—Amigo mío —repuso el señor Gilbert—, será mucho mejor que evitemos

discutir ese tema. Es muy doloroso para ambos, y no saldrá nada bueno de hablar de él.

—Usted no puede comprender ahora de qué quiero hablarle. Venga aquí, y en unos minutos se alegrará de haberme escuchado.

Mis modales eran tan serios y solemnes que el señor Gilbert se vio obligado a seguirme, y penetramos en una pequeña estancia llamada salón de fumar, pero en la cual la gente raramente fumaba, y cerramos la puerta. Inmediatamente empecé a hablar. Le dije a mi viejo amigo que había descubierto, por medios que en aquel momento no hacían al caso, que me juzgaba loco, y que ahora el objetivo más importante de mi vida era rehabilitarme ante sus ojos.

Tras de lo cual le narré toda la historia de mi invento, y le expliqué la razón de las acciones que me habían hecho aparecer a sus ojos como un lunático. No dije nada del pequeño incidente de aquella noche. Era un simple accidente, y ahora no valía la pena hablar de él.

El señor Gilbert me escuchó muy atentamente.

—¿Su esposa está aquí? —preguntó, cuando yo hube terminado.

—Sí, y ella corroborará mi historia en todos sus detalles. Y no creo que nadie haya pensado nunca que ella también está loca... La iré a buscar y se la traeré.

Al cabo de pocos minutos mi esposa estaba en la habitación y estrechaba la mano del señor Gilbert. Le conté lo de mi sospechada locura. Se puso pálida, pero sonrió.

—Ha actuado como un loco —dijo—, pero nunca supuse que nadie pudiera pensar que lo estaba. Y las lágrimas afluyeron a sus ojos.

—Y ahora, querida, quizá puedas decirle al señor Gilbert las razones de todo ello.

Y entonces ella le contó la historia tal como se la había contado yo.

El señor Gilbert nos miró alternativamente, con aire desconcertado.

—Por supuesto que no dudo de ninguno de los dos o, mejor dicho, no dudo que ustedes creen en lo que están diciendo. Todo estaría bien si yo pudiera dar crédito a la existencia de una fuerza como la que ustedes mencionan.

—Esto es algo que podemos probarle fácilmente con una simple demostración —dije—. Si está dispuesto a esperar un poco, hasta que mi esposa y yo hayamos cenado algo, porque me siento hambriento y estoy seguro de que ella también, podré hacer que su mente se tranquilice sobre este punto.

—Esperaré aquí —dijo el señor Gilbert— y me fumaré un cigarro. No se apresuren, me hará bien tener un poco de tiempo para pensar en lo que acaban de decirme.

Cuando hubimos terminado la cena, que nos sirvieron aparte porque ya había pasado la hora, subí a mi habitación y tomé mi mochila, y ambos nos reunimos con el señor Gilbert en el salón de fumar. Le mostré la pequeña máquina y le expliqué, muy brevemente, los principios de su construcción. No hice ninguna demostración

práctica de su funcionamiento, porque había gente yendo arriba y abajo por los pasillos que en cualquier momento podía entrar en la habitación. Pero, mirando por la ventana, vi que la noche era mucho más clara. El viento había disipado las nubes, y las estrellas brillaban intensamente.

—Si quiere usted venir a la calle conmigo —le dije al señor Gilbert—, le mostraré cómo funciona esto.

—Eso es precisamente lo que quiero ver.

—Yo iré con ustedes —dijo mi esposa, echándose un chal por la cabeza.

Salimos a la calle. Cuando estuvimos fuera de la pequeña ciudad observé que la luz de las estrellas era suficiente para mis propósitos. La blanca carretera, los pequeños muros, todos los objetos que nos rodeaban podían distinguirse claramente.

—Ahora —le dije al señor Gilbert—, deseo que se ponga usted esta mochila y compruebe cómo se siente uno con ella y lo que le ayuda a caminar. —Asintió con energía, y la sujeté firmemente sobre su espalda—. Ahora giraré este tornillo hasta que empiece usted a sentirse más y más ligero.

—Ve con cuidado de no darle demasiadas vueltas —dijo mi esposa, inquieta.

—No te preocupes —repuse, girando el tornillo muy gradualmente.

El señor Gilbert era un hombre robusto, y me vi obligado a darle varias vueltas al tornillo.

—Parece haber una considerable fuerza de ascensión en eso —dijo al instante.

Entonces lo rodeé con mis brazos, y descubrí que podía alzarlo fácilmente del suelo.

—¿Está alzándose usted? —exclamó, sorprendido.

—Sí, y con suma facilidad.

—¡Válgame Dios! —murmuró el señor Gilbert.

Entonces le di media vuelta más al tornillo y le dije que anduviera y corriera un poco. Lo hizo, primero lentamente, luego a largas zancadas, después echó a correr, y finalmente a saltar y a brincar. Habían pasado muchos años desde que el señor Gilbert saltase y brincase por última vez. No había nadie a la vista, de modo que podía hacer todas las cabriolas que quisiera.

—¿Puede darle usted otra vuelta? —dijo, plantándose de un salto a mi lado—. Me gustaría probar ese murito.

Le añadí un poco más de gravedad negativa, y saltó por encima de una pared de metro y medio con gran facilidad. En un instante había brincado de vuelta a la carretera, y en dos saltos más estaba otra vez a mi lado.

—Me siento ligero como un gato —dijo—. Nunca había experimentado nada semejante.

Y de nuevo se puso a saltar, dando pasos de al menos dos metros y medio de largo, dejándonos a mi esposa y a mí riendo de buen grado ante la extraordinaria

agilidad de nuestro intrépido amigo. En pocos minutos estaba de nuevo con nosotros.

—Quítemelo —dijo—. Si lo llevo un poco más desearé uno para mí, y entonces me tomarán por loco, y quizá me encierren en un asilo.

—Ahora —dije, mientras aflojaba el tornillo antes de quitarle la mochila—, ¿comprende usted cómo doy tan largos paseos, y salto y brinco; cómo corro arriba y abajo por las colinas, y cómo el pequeño asno pudo arrastrar el carro cargado?

—Lo comprendo todo. Retiro todo lo que pensé o dije de usted, amigo mío.

—¿Y Herbert podrá casarse con Janet? —exclamó mi esposa.

—¿Podrá casarse? —gritó el señor Gilbert—. ¡Por supuesto! ¡Deberá casarse con ella, si tengo yo alguna autoridad al respecto! Mi pobre niña ha estado llorando desde que le dije que debía olvidar el compromiso.

Mi esposa echó a correr hacia él, pero no sé decir si lo abrazó o simplemente le estrechó la mano; yo sujetaba la mochila con una mano, mientras que con la otra me estaba restregando los ojos.

—Pero, mi querido amigo —dijo el señor Gilbert francamente—, si usted sigue considerando en su propio interés que debe mantener su invento en secreto, desearía que nunca lo hubiera construido. Nadie que posea una máquina como ésa puede privarse de usarla, y a menudo es tan malo ser considerado un maníaco como serlo realmente.

—Amigo mío —dije con cierta excitación—, ya me he formado una opinión al respecto. Esta pequeña máquina que llevo en la mochila, y que es la única que poseo, ha constituido un gran placer para mí. Pero ahora sé que también ha supuesto un gran perjuicio, indirectamente, para mí y para los míos, por no mencionar algunos inconvenientes directos y algún que otro peligro, del que le hablaré en otro momento. El secreto está entre nosotros tres, y dentro de ese círculo lo mantendremos. Sin embargo, el invento en sí está demasiado lleno de tentaciones y de peligros para cualquiera de nosotros.

Mientras hablaba tenía sujeta la mochila con una mano, y con la otra giraba rápidamente el tornillo. Al cabo de pocos instantes la mochila estaba muy alta sobre mi cabeza, y la mantenía sujeta con dificultad por sus correas.

—¡Mire! —exclamé. Entonces la solté, y la mochila salió disparada hacia arriba y desapareció en el aire.

Estuve a punto de hacer alguna observación, pero no tuve ninguna posibilidad, ya que mi esposa se había arrojado en mis brazos, sollozando de alegría.

—¡Oh, soy tan feliz..., tan feliz! —dijo—. ¿Y nunca más harás otra?

—¡Nunca más!

—Ahora, apresurémonos y vayamos a ver a Janet —dijo ella.

—No saben ustedes lo pesado y torpe que me siento —dijo el señor Gilbert, esforzándose por mantener nuestro paso mientras regresábamos—. ¡Si hubiera

llevado esa cosa un rato más, nunca habría sido capaz de quitármela!

Janet se había retirado a sus habitaciones, pero mi esposa subió a hablar con ella.

—Creo que lo sintió tanto como nuestro muchacho —dijo cuando regresó—. Pero puedo decirte, querido, que dejé a una muchacha realmente feliz en esa pequeña habitación sobre el jardín.

Y allí había tres personas de más edad también realmente felices, que siguieron hablando hasta muy tarde aquella noche.

—Voy a escribir a Herbert ahora mismo —dije, cuando nos separamos para acostamos—, y le diré que se reúna con nosotros en Ginebra. No creo que le cause ningún perjuicio si hacemos que interrumpa sus estudios precisamente ahora.

—Si me deja añadir una posdata a la carta —dijo el señor Gilbert—, estoy seguro de que no necesitará una mochila con un tornillo para acudir a reunirse rápidamente con nosotros.

No la necesitó.

Es un maravilloso placer viajar sobre la tierra como un Mercurio alado, sintiéndose aliviado de esa atracción de la gravedad que nos hace arrastrarnos por el suelo y transforma gradualmente el movimiento de nuestros cuerpos en debilidad y trabajo. Pero este placer no puede compararse, creo, con el proporcionado por el vigor y la ligereza de dos jóvenes corazones enamorados, reunidos tras una separación que habían supuesto iba a durar siempre.

Lo que les ocurrió al cesto y a la mochila, o si alguna vez llegaron a reunirse en las capas superiores del aire, es algo que no sé.

Mientras permanezcan flotando fuera del alcance de las manos y del entendimiento de los hombres, me sentiré satisfecho.

Respecto a si alguna vez el mundo llegará a saber algo más del poder de la gravedad negativa o no, eso es algo que depende enteramente de la voluntad de mi hijo Herbert, cuando —tras muchos años felices, espero— abra los documentos que mis abogados mantienen en custodia.

(Nota: Será absolutamente inútil interrogar a mi esposa a este respecto, porque ella ha olvidado completamente cómo funcionaba mi máquina y cómo estaba construida. En cuanto al señor Gilbert, él nunca llegó a saberlo).

Notas

[1] Véase: *Räuber*, de Schiller, Acto V, Escena I. Franz Moor, viendo que el fracaso de todas sus malvadas maquinaciones es inevitable, y que su propia ruina está a punto de abatirse sobre él, se siente finalmente abrumado por la locura de la desesperación, y descarga los terrores de su conciencia sobre el viejo sirviente Daniel, haciendo que éste se ría despectivamente de él. <<

[2] Lazzaro Spallanzani, célebre anatomista y naturalista (1729-1799), ocupó durante varios años la cátedra de Historia Natural en Pavía, y viajó extensamente con fines científicos por Italia, Turquía, Sicilia, Suiza, etcétera. <<

[3] Giuseppe Balsamo, siciliano de nacimiento, que se hacía llamar a sí mismo conde de Cagliostro, uno de los mayores impostores de los tiempos modernos, vivió durante la última parte del siglo XVIII. Véase: *Miscellanies*, de Carlyle, para una aproximación a su vida y carácter. <<

[4] Daniel Chodowiecki, pintor y grabador de ascendencia polaca, nació en Danzig en 1726. Durante algunos años fue tan popular como artista que pocos libros eran publicados en Prusia sin planchas o viñetas suyas. Se dice que el catálogo de su obra incluye 3.000 realizaciones. <<

[5] O «Almanaques de las Musas», como eran llamados algunas veces; eran publicaciones periódicas, generalmente anuales, y contenían todo tipo de efusiones literarias; la mayoría, sin embargo, líricas. Tuvieron su origen en el siglo XVIII. Schiller, A. W. y F. Schlegel, Tieck y Chamisso, entre otros, dirigieron empresas de este tipo. <<

[6] Pompeo Girolamo Battoni, pintor italiano del siglo XVIII, cuyas obras obtuvieron en su tiempo una gran estimación. <<

[7] Jacob van Ruysdael (c. 1625-1682), pintor de Haarlem, Holanda. Sus temas favoritos eran granjas remotas, solitarias aguas estancadas, bosques de profundas sombras con fangosos caminos, el litoral..., temas todos de una profunda y lúgubre melancolía. Sus obras marinas son muy admiradas. <<

[8] Flegón, el liberto de Hadrian, relata que una joven doncella, Filemium, la hija de Filostrato y Charitas, se enamoró profundamente de un joven, Máchales, huésped en la casa de su padre. Sus padres no dieron su aprobación, y echaron a Máchales de la casa. La joven doncella se sintió tan afectada por aquello que languideció y murió. Poco tiempo después Máchales regresó a su antiguo alojamiento, donde fue visitado en mitad de la noche por su amada, que volvió de la tumba para verle de nuevo. La historia puede ser leída en *Hierarchie of Blessed Angels* de Thomas Heywood, libro VII, p. 479 (Londres, 1637). Goethe hizo de esta historia la base de su hermoso poema *Die Braut von Korinth*, muy conocido de Hoffmann. <<

[9] Esta frase (*Die Wahiverwandschaft* en alemán) se ha hecho célebre como título de una de las obras de Goethe. <<